

PRIMEROS LIBROS
(1989-2008)



RICARDO CLEMENTE

© Ricardo Clemente, 2015

Diseño e ilustración de la cubierta: © Ricardo Clemente, 2015

Los poemas aquí incluidos están registrados en el Registro de la Propiedad Intelectual

ALGUNAS CONSIDERACIONES

No soy nada partidario de los prólogos, prefacios, introducciones, poéticas y demás. La mayor parte de las veces no aportan absolutamente nada al libro que anteceden; sirven para el dudoso lucimiento del autor o de un amigo del autor, o de un traductor que pretende hurtar foco al verdadero protagonista, el texto.

Sin embargo, dado que este libro es un libro de libros y cubre una larga época de mi pobre vida, veo conveniente realizar algunas aclaraciones en la optimista creencia de que este libro se leerá, primero, y más descabellado aun, que se leerá este a modo de prefacio.

Se compone este libro de cinco obras que se extienden desde el año 1989 hasta el año 2008, aunque es posible que incluyan poemas posteriores a la última fecha, que fueron repescados e integrados en el último libro, “Turbulencia”. Si hay algún poema posterior, la gestación del libro se finalizó en lo nuclear en el año 2008, hace aproximadamente unos siete años.

Los libros que se integran en este volumen tienen de común que no han sido publicados como tales por ninguna editorial, aunque, siendo rigurosos, no son inéditos en su totalidad. Algunos de sus contenidos han sido publicados en algunas de las mejores revistas de poesía del país, en formato papel y digital. Desde luego mi agradecimiento a las personas que me abrieron sus publicaciones tan generosamente.

El primero de los libros, “Vórtice”, es el resultado de un mal consejo. Alguien me señaló que debía reunir mis mejores poemas para presentarlos, así, sin orden ni concierto, a las editoriales. Tras mucho bregar con ellos finalmente se organizaron de este modo tan poco satisfactorio, aunque posiblemente el mejor de los ensayados. El libro ha devenido una mezcolanza de modos poéticos que completan un texto incoherente en su conjunto, aunque aceptable en sus partes. Todos los poemas que lo componen son de juventud y forman parte de un primer tanteo con la poesía, por lo que pido comprensión.

El segundo libro, “Viaje a una provincia del interior”, debe su título a la obra “Bosquejo de un viaje a una provincia del interior”, del romántico Enrique Gil y Carrasco, con la que no tiene el más mínimo punto en común. La obra original describe un viaje a la provincia natal del Bierzo, es un libro periodístico de viajes, en sentido literal, y, claro está, no es el libro aquí contenido, mi obra, nada periodístico, ni tiene nada que ver con el Bierzo (comarca tan admirable por tantas razones).

Entendí que esas palabras (viaje a una provincia del interior) tenían un contenido evocador muy poderoso y una carga lírica indiscutible que podía funcionar como motor alegórico de todo el libro. Varios de sus poemas tuvieron una lujosa edición dentro de *El Extramundi y los papeles de Iria Flavia*, revista heredera de *Papeles de Son Armadans*, dirigida por Camilo José Cela, a quien debo estar siempre agradecido por esa deliciosa oportunidad. Se publicaron en el número cuatro de la revista gracias a que acudí a la Casa de Galicia, a la presentación de la misma, y allí escuché de viva voz a don Camilo ofrecer la posibilidad de publicar a autores noveles o poco conocidos, “aunque en la medida justa”. En esa justa medida entraron mis poemas.

El tercero de los libros, “Como hombre no puedo esperar”, es ya el producto de una decisión meditada de cambio, el deseo de realizar poemas experimentales que se fundamentaran en una mezcla de referencias reales aderezadas con asociación libre. Esos poemas no gustaron nada entre mis conocidos y casi todos están inéditos. Ahora los leo comprendiendo que tienen al menos tanta dosis de acierto como de error, y que hay en esa colección algunos de los mejores de siempre, con temáticas nuevas y longitud adecuada y exactitud léxica en la composición. Así que decidí salvar la vida al libro completo.

El cuarto libro es un compendio de poemas que aspiran a ejecutar la vanguardia al estilo del primer tercio del siglo. Aunque su título, “Muestra creacionista 2”, remite a Huidobro o a Gerardo Diego, a su manera de imaginar la acción poética, contiene cosas que no son en pureza creacionismo, sino más bien surrealismo y futurismo, pero me parecía mal guardarlas en un cajón para el olvido. Apruebo cada cosa que hay en él. Varios de los poemas fueron publicados, hace ya mucho, en la maravillosa revista *Barcarola*.

Por último, está “Turbulencia”. Más o menos en 1999 o 2000, no lo recuerdo bien, entendí que tanto rechazo por parte de las editoriales debería tener un fundamento en mi mediocridad, y paré. Escribía muy de vez en cuando, casi como el que suda y, claro, no puede impedirlo. Pero hacia el 2006, por razones igualmente poco claras, comprendí por contra que lo que soy, aquello que me define, para bien o para mal, tiene que ver con mi locura por la poesía.

“Turbulencia” es el resultado de una suelta desordenada, casi violenta, de la poesía no escrita en esos años. Había leído mucho más y, de resultados de una larga digestión, empecé a cambiar en cierto modo la forma de versificar y de sentir. Mi vida profesional se derrumbó y mucha de la gente que me rodeaba no se cansó de recordarme mi naufragio. “Turbulencia” contiene poemas llenos de amargura, otros, de esperanza infantil, y algunos de amor por mi mujer y mi hijo, los pilares de mi cordura.

En definitiva este volumen es la historia de un fracaso, del aislamiento y la desconexión con el mundillo literario al que aspiré a pertenecer. Es además un pecado (imperdonable): la autoedición.

Pido disculpas a quien corresponda por esta conducta tan desordenada, pero, pero... denles una oportunidad a los poemas. Hay cosas buenas en estas páginas, estoy descarnadamente seguro de ello.

Enero, 2015, Córdoba

VÓRTICE
(1989-1996)

“Hoy sabemos que es inexacto; el vórtice es un fenómeno altamente estructurado, en el cual millones y millones de partículas se insertan en un movimiento extremadamente coherente”. Por otra parte “un sistema en equilibrio no tiene y no puede haber tenido historia: no puede más que persistir en su estado, en el cual las fluctuaciones son nulas”.

Ilya Prigogine.

EGOMAQUIA

“Glauco, mira. Ya el mar profundo en olas se encrespa
y un alto nubarrón se eleva en los montes de Giros,
indicio de tormenta. Nos ataca, de improviso, el terror”.

Arquíloco de Paros

Los fragmentos de lo real son como hojas:
parte de ellos engarzada
a la rama del tiempo y parte
a los pies del tronco de la Historia para su rarefacción.
Los suspiros, como ballenas que hasta el filo
del oriente se deslizan para no reaparecer.
Para no dejar huella en las olas de espera,
ni en las tempestades de gozo.

En las ruinas tengo silencio:
pasan coches como un roce entre sábanas
muy cerca del oído,
como un soplo a bocajarro en el auricular.
Y así me rehago:
apilando finas películas de serenidad,
pliegos más gruesos de coraje,
papiros de amor,
hasta lograr un prisma compacto con lo cierto.

Ahora estoy en mis habitaciones.
Reconozco todo.
Los objetos, mis ideas,
pinzas delicadísimas para tomar mariposas y sueños.

2. SUEÑO

Meses hace que sobre mí no hacen mella
las endorfinas,
sufro de narcolepsia,
mas aun sedado no me deshago de esta mítica.
Cruzan más águilas sobre mi vientre
interior que sobre el horizonte verdadero,
y tan pronto dentro de la habitación respiro
como me confundo con un espejo.

A estas metamorfosis oriento mis pesquisas.

Posibilidad de que una flor sea fuente de cianuro
o que esta escena —la presente— esclarezca la obtención
de un excipiente universal.
La Gran Obra, en mí,
lo sería no volver a estar perdido.
Por tanto, ¿cómo se sale de esta especulación?
Mi apuesta es embestir de frente
y apenas puedo impedir la trayectoria en círculo,
detalles que un segundo antes me anuncian
que repito emplazamiento.

Árido estiaje

y sobre mí las hojas forman una gruesa película,
mis brazos leñosos tienen memoria de tamarindo,
debido a lo que el mar en mis ensoñaciones
me propone signos de signos que preludian cábalas.

Así viene todo a comparecencia:
casi en una avalancha me atropellan las alucinaciones.
Carmín y rimmel, fragmentos
de bisutería encuentro sobre la cama deshecha.
Flores de Wells, son prueba de la erección y la descarga,
de su irrefutable realidad. Tritones,
sirenas que encontraba en las playas con voz de hombre,

estelas de faro que extraviaban mi navegación.
Casi lanzado sobre las escolleras y un viento
que azota sin una eficacia definitiva.
¿Vivo me aguanta para sus juegos?

Una existencia vertiginosa.
Una afición por los objetos cortantes:
zafiros con rasgos de puñal no necesitan tinte sanguíneo,
pero sí tus manos.
Me hurgan.
Pueden llevarse entero mi corazón.

Todo (virtualmente) está tan deshecho,
tan deshecho en detalle,
triturado y ajado antes de tiempo
que ya ni siquiera aflige.

Hay persecuciones más tenaces que toda lucidez y toda pereza.
Me persigue después de muchos años todo lo deshecho
y triturado y ajado antes de tiempo.
¿Qué querrá que haga con ello?

Vivo este invierno largo
como si fuera el último año de mi vida.
Falsas premoniciones, diréis,
pero es inquietante que yo no tenga dudas.
No sólo es la química ácida
con que se suceden las atmósferas de mis actividades,
ni un vicio melodramático que me estimula.
Es el sabor de la muerte.
El sabor sucio, que no se olvida,
de una pornografía del sentimiento.
La ducha aumenta la sensación
de no llegar a estar del todo limpio.
Las dulces conversaciones al abrigo del whisky
no garantizan suficiente júbilo.
No, los cuerpos.

Esta es mi tristeza:
agarrarme dedos y uñas al transcurrir del año;
esta es mi tristeza:
agarrarme con horquillas al ocaso anticipado del alba,
porque levito o pendo de un traspies sin tiempo.
Decir que estoy roto no es mi límite,
buscar los zapatos olvidados,
besar los enchufes calcinados, el pelo ardid.
Ácido es mi límite;
o el límite es sólo un ardid
y para decir que estoy roto
ni siquiera infernales hipocampos o focos
verdes como mis ojos hacen mi pecera.

Ahí estoy.

Me aterra descubrir en las calles concurridas
—yendo de tu mano—
con ese flash súbito de certeza insumisa
que estamos perdidos.
Desconocer los escaparates revisitados,
saber, por un instante, que el mundo va a desordenarse,
la memoria
va a desaguarse y sólo quedará desconcierto.
He temido quedar desasido
a mi historia
—tanto me vale todo este sinsabor ya vivido—,
suspense en la incomunicación.

Al final todo se ordena:
de vuelta a casa te sorprendes de mi júbilo.
Sabes que al extremo de los labios me sangra una duda.
Intentas coagularla besándome.

7. DESIERTO

Mas no el desierto de arena y rosas pétreas,
no el desierto arcilloso en que se hallan
restos semiborrados de anónimas huellas.

Desierto absoluto.

Sólo podría aportar imágenes auditivas:
se percibe un sonido
constante, no igual a un angustiado grito,
no igual a una letanía.

Más bien es ese cero de sonido por el que las notas
vienen —así y sólo así— a manifestación.

La antesala de la cualidad de sonoridad.

Sabor cinábrico en la papila imposible.

No tengo pechos a los que asirme, lenguas
a que colgar mis pensamientos.
Comprende que esté tan perdido.
Extraviado de mi infancia vagamente circulo
de mis obligaciones a mis arriesgados desasimientos.
Acostumbradamente por vía oral
demasiado he comido hostias de salvación nunca admisibles.

Ya no tuvimos más aurora que palpar
con los dedos fríos.
Tanto perdura en nosotros como quemados
cohetes un ansia estival con que quisimos ahuyentar
el invierno.

Vamos a hablar de ese límite sin fondo de la nada,
de los espacios desorganizados,
de esas piezas que se ensamblan unas con otras.
Hablemos de tus cabellos
o de las gotas,
los lavabos morosos que no acaban de desaguar la vida.
¿Qué tengo aquí?
Hablemos de lo que tengo aquí:
ni una nada,
ni un espacio,
ni una pieza que se ensambla con otra.
Una disputa de amor
o un feo diente de cocodrilo.
Hablemos de los dientes de cocodrilo.
¿Qué tengo aquí?
Aquí tengo un agujero candente
con los bordes candentes
y el interior candente.
Al fondo tengo un suspiro.
Tengo un dolor.
Y nadas sin límite ni fondo,
espacios sin organización,
piezas, al fin y al cabo, que se ensamblan unas con otras.

Dicen que el ciclón
está por las calles. Soma
mía que se desmembra con el estruendo
porque explota el coche bomba de mi impedimento
y dispersa todos mis miembros.

Comprendo que repugne
a quien es alcanzado por ellos.

El informe fraudulento
que suministra el contable de mi razón
oculta las cifras más escandalosas,
la bancarrota total y su inminencia,
la falta de salidas.
Decir, por lo pronto, que estoy seco
y que me duele
no agota el sentido ni es de gran expresividad.
Podría utilizar metáforas:
una tristeza más honda que mi origen,
más arcaica que muchos de mis genes,
una imagen de gruta frente a mí
y la sensación de haber incumplido todos los plazos.
Podría utilizar sinédoques:
que mi herida reemplace a mi entereza,
que el hígado enfermo, a todo el sistema.
Podría utilizar gritos.
Podría utilizar la luz.
Apagarla.
Y en adelante ya no decir nada.

Soñé que mi alma es como un pozo seco
y, sin embargo, frente a un mar embravecido
soñé que te quería.
Soñé que una gran ola reformaba la costa,
la volvía más agreste, elemental.
Luego tenía un sueño de selva
y un viaje aéreo por encima de un país
de secuoias.
No he visto una secuoia más que en sueños.
Lo mismo me ha ocurrido con la felicidad:
nunca creí que fuera ella.
Así, que la sueña,
me pone a salvo del efecto devastador de no tenerla.

Estoy preso por maromas
y por nudos férreos que me atan al dolor.
Todas la cuerdas tensas
y todas las partes del cuerpo y del cerebro sometidas.
Todo en espacios cerrados y cuadrangulares
y es de vez en cuando,
sólo de vez en cuando,
cuando dan un vuelco.
No puedo entonces ni sujetarme la cabeza.
Y casi ni decir nada.
Digo: “rezaré”.
Y rezo.
No para estar libre,
sino para que este espacio cerrado
y cuadrangular (otra vez)
no dé un vuelco.
Para que luego no tenga que sujetarme la cabeza.

15. LUZ DEL SOL EN EL 27 DE ENERO

Imaginación, verás
que estoy cojo y varado en el silencio,
que estoy tibio.

Es lo peor estar tibio,
a esa equidistancia del éxtasis
y la miseria,
a esa equidistancia del cero.
Pero no presto a estallar.
(Eso es estar tibio).

Imaginación, verás
que esta luz tibia y tardamente amarilla
(como si viniera atardada de tanto
vacío interestelar)
no alumbra con suficiencia.
Sólo ampara los peores recuerdos.
Sólo estas cavilaciones.

A veces es mejor estar a una gran distancia de uno mismo,
tal vez, pienso,
espero, en otro cuerpo.

16. MIEDO

Permaneceré tal vez inmodificable,
habitado por los mismos espectros.

Explico que en las extensiones
de atmósfera interior pobladas de globos sonda
y de escorias orbitales a altísima velocidad,
también se asientan lemas firmes.
¿Hay mayor firmeza que una mano tierna
o una hoz con herrumbre?
Hay salinas.
Hediondos campos en los que no ha crecido nada,
aparte de engendros.

Permaneceré en el terror inmodificable,
habitado por los mismos espectros:
latas,
cansancio de tras muchas horas
ver facturas,
miedo paralizante y hondísima tristeza,
grandes tumoraciones que devoran lo firme,
lo cambian por temblor.

Recuerda que asusta más lo minúsculo discordante,
que lo ciclópeo extensísimo,
asusta más la pequeña coincidencia,
el presagio sentido un momento:
que hay salinas
dentro de mí,
en las que se pudrirían los árboles más gruesos.

MEMORIA

“Todo me queda muy lejano
y ya no lo recuerdo...”

Pere Gimferrer.

Vuelvo a la infancia:
con quejas, metralla de una explosión
en mi corazón dolido de hombre hecho fragmentos.
Y es, tal vez,
que estas alas sean mi avería
y yo esté forzado a ser un animal terrestre.

Anda,
se desplaza a discreta velocidad,
y especula acerca de las estrellas:
la distancia y el género que las asocia.

Por unos minutos he vuelto a tener ojos de niño,
y oídos avezados de adolescente.
He pasado los dedos por el relieve de la mesa
y he podido saborear el postre.
Lento, lo voy ingiriendo,
pasando los sabores por cada ángulo de la lengua.
En la televisión programan “La conquista del oeste”.

Entonces, recuerdo,
no necesitaba dormir,
ni pasar a papel estos anhelos.
Era uno.
Liso como una superficie suave y pulimentada.
Y estaba aquí, tan sereno,
que podía haber asegurado que iba a durar siempre.
En compañía perfecta de mi sola familia,
sin aditamentos.

2. MI MADRE

Todas las noches
la he visto reclinarse y recoger las piernas.
Con una queja y el ceño fruncido
la he visto cerrar los ojos
entre arena de un largo cansancio
y dormirse.

Estaba Mamá a mi lado y planchaba
y alguien, creo, decía que pasaron blindados por la Plaza Elíptica
—aunque yo sospecho que fue un sueño o una mentira
creída después de mucho tiempo de mentir—
el día que por la radio se oyeron los disparos.
Aquí todo pasa así,
con un grado de irrealidad casi intencionado
y una teatralidad bastarda de pueblo demasiado acostumbrado a la Historia.
Verdaderos, en realidad,
eran los domingos de mañana
en que desayunábamos todos —hasta Juli— huevos.
¿Qué podía pasar luego?
Con militares o sin ellos estábamos dispuestos a ser felices,
a llegar hasta el final de la felicidad
en cumpleaños, fiestas, contra todo acecho de muerte.
Así fue que no pensamos que todo casi se destruiría
y que papá iba a morir,
sin otro aviso que el de sudar mucho y quejarse
de un costado algunos días.
Yo estaba al borde de mi adolescencia y ni siquiera
pasó un año desde lo de Tejero y no había besado
—de verdad, todavía— a una chica, sí,
desde luego, había palpado algún cuerpo.
(Hasta para eso he ido a contracorriente).

De aquel año lo recuerdo casi todo
y del año siguiente.
Me acuerdo de Suárez y de los fascistas contentos
de haber echado al suelo a todos los demócratas.
De Gutiérrez Mellado y la vergonzante zancadilla.
Venían, decían,
a arregalarlo todo (supongo que en paredones, porque
un militar es creado y adiestrado para sólo matar sin más adornos).
Dos años después, o sólo año y medio,

se llenó el país de banderas rojas
y creímos que llegaría la justicia, después
de todo un milenio de totalitarismo.

Lo creíamos.

Lo importante es que lo creyéramos hasta 202 escaños,
más de la mitad de los posibles, aunque luego no sucediera.
Nada sucede como uno lo espera,
pero pocas veces tuvimos la sensación de que esa vez sería cierto.

Y lo cierto, ¿qué es?

Cierto es todo lo desaparecido.

Nuestro padre, las mañanas
de domingo de los *american breakfasts* y Juli, de niño,
desnudo frente al televisor.

El entusiasmo del 82, un 28 de octubre.

Yo preguntándome qué
serán las chicas.

Y ahora las recuerdo con un cariño impotente
porque corríamos peligro y no sé qué habrá sido de ellas.

(A mi padre, a mi madre y a mis hermanos y a las niñas que luego no he visto siendo mujeres —Paloma, Loli, Beatriz, Julia, Maribel, Marisol, Maricarmen y todas las demás Marías).

Para desactivar los lunes
he tramado distintos métodos:
puedo contar hasta cien
y hacer un verso.
Porque con estas manos
no hay trozo de aire que no pueda ser atravesado,
ni aeroplano que no pueda ser fingido.

Puedo, así, con palabras,
contrarrestar el frío,
ir a verte cuando estás libre.

Juntos damos una vuelta. La perra
camina delante de nosotros,
de vez en cuando nos mira. Tú
dices que nos pastorea
y será cierto,
porque adivina todas las veces que he estado sin centro.

Hay algo en este silencio
que es duro como un martillo.
Golpea
en la parte inferior
del andamiaje del día
y hace, sin compasión, que yo tenga esta duda.

O toda la vida la he tenido.

Puedo enumerar: Siena, Segovia, Salamanca, Roma, Ávila, Florencia, París, Reims, Bourdeaux, Montecarlo, Nice, Nápoles, Granada, Londres, Córdoba, Madrid, Sevilla.

Y siempre con esta duda:
temiendo el derrumbamiento de todo este mundo,
porque, esencialmente,
he permanecido en una antesala.
No demasiado inmiscuido
en el presente
he evitado combustionarme con los días.
He evitado ponerme en otro sitio
(o en otro yo;
no sé,
parece que no haya existido Europa).

El bienestar pesa menos que una pluma,
es fino como un hilo de seda.

Pero el hombre que está bien
no se detiene a decirlo.
Sus ojos miden el transcurso del ocaso
o esperan serenos al amanecer.
Y en la noche
pulsas su corazón a compás del grillo.

Yo,
que he medido todos los vientos
y calibrado todos los soles
no he encontrado esta paz
y busco conjurar con verbos.

Correr, dormir, amar, esperarte.
Detestar el invierno,
vivir con exaltación la primavera
y caer.
Caer detrás de las cosas,
sin las cosas,
donde el vacío.

7. LOS OJOS DE SONIYA

El viento asiático
que se esconde en los templetes
vuelve a soplar en el fondo vítreo de una gema.
Las mujeres de ojos turbios
lucen en el espesor de jungla
de sus pieles bronceas.
Mas, ¿cuál es después la realidad?
La realidad acaso es como una hiena.
Cobarde a pesar de tener los mayores dientes.

8. 3 IMPROVISACIONES PENSANDO EN NORA

I

Hay 3 paraguas en el paraguero.
No digo 3 palabras en mi boca,
ni tres pálpitos de confirmación en mi pecho.
Digo probablemente que 3 signos
arcanos se traducen como certeza.
Digo seguramente que 3 lunas pasan sin constancia ni luz.
3 soles velados 3 días por las nubes.
En el prado.

II

En el prado hay 3 hombres
y 3 cabezas de ganado que dejan pastar.
Hay hierba verde
y los paraguas que llevan los hombres tienen franjas blancas y rojas.
Los hombres visten de gris.
Mí ojos contrastan en negro.

III

Un libro de lomo pardo en que releo a Dostoievsky.
Un libro de piel.
Unas páginas de papel biblia.
La acción impresa a doble columna
y ese aroma que se aspira en los libros viejos,
que huele a emoción,
 a recuerdo,
 a mí en otros años,
 a lectura.

Mido el alcance radial de mi espacio íntimo:
con un compás de sueño o la fiel
cadencia del contador de espectros.
Los años pasados y los por venir
son bolsas de pintura estalladas en la pared,
azar y caos, promesa y conjetura
de una vida mejor, mas, pregunto:
“¿qué es lo que realmente quiero?”.
Quiero fuerza,
manos delicadas para medir el relieve exacto
de mi espacio interior,
y que el recuerdo no me destruya,
sino que me disuelva en una gran transigencia.
Por encima de todo que yo transija conmigo.
Como ahora:
me autocomplazco con música
y diciendo: “¿qué
es realmente lo que quiero?”, sabiendo
lo que es.
(Tú,
una medición precisa de mis adentros).

Este ejercicio simple de posponerlo todo.
Y sólo contra estas palabras
y a favor del *vibrato* de estos violines
y a la irrupción de una trompa muy atrás en el cuerpo de orquesta.
Ver la cama deshecha,
encender el televisor,
escuchar la radio.
Marcar un teléfono para hablar contigo.
Y siempre alguien que a esta plenitud
le llama pereza,
que precisamente impide que paladee el así estar vivo.
Con las palabras,
la música,
los fatuos entretenimientos de la programación matinal,
la siesta sedante al murmullo del telefilme.

Hay secretos que no he contado jamás.

Como un eco
—esa galería vacía del pensamiento—
vienen a rememoración esta noche. Primero,
primero, una ola de vergüenza,
algunos segundos de indignidad
y luego
un frío racional: todo tiene motivo.

E indiscutiblemente
la noche es un zarzal de sombras.
Paso de una a otra con dificultad,
no puedo evitar hacerme algún rasguño.
Porque al fondo,
al fondo de todo
—de la galería, de la vergüenza
y de la indignidad—
está la certeza de no valer nada.

“Perdón”, pido
sin nadie a quien dirigirme
y así permanezco incio
imaginando o deseando
—qué más da—
grandes espacios abiertos.

Podría hacer un poema sólo de camas
diferentes telas
extensiones ortogonales a cuyos vértices
asoman aparecidos.
Mis recuerdos se confunden con imágenes subconscientes:
cabezas de león con ojos de pato
y el recurrente motivo del armario abierto
sobre el que difusamente me reflejo antes de retirar las sábanas.
Blandamente
y sí, casi de una bocanada grande,
de un respiro me entrego al sueño tras desconectar la radio.
Los párpados, llenos de pequeñas bisuterías.
¿Qué figuras asociamos a los números de los desaparecidos?
¿Qué salmos modernistas a las mentes calcinadas
de los muertos por accidente de tráfico?
Soledad,
pero no es soledad tan sólo
sino la impaciencia de todos los segundos
que evitan atropellarse en el orden riguroso de la fatalidad.
¿Será que no queda por hacer nada?
Amasarse las manos,
tantearse el vientre henchido de leche indigesta.
Es justo a esas horas;
con la ventana traspuesta —casi metálica—
por la luz de las farolas confundida con el alba.
El alba eléctrica
y un hilo musical de timbres:
alguno, traducciones de Mozart,
otro, el pulso inconsciente de un corazón partido.
Así es como hay que vivir.
Naufragando en cada instante
aunque con el gesto soberbio de haberse impuesto,
valiéndose de hipérboles soñadas para resistir.

El poeta sostiene en sus labios
en un verso con temor de extraviarla
una porción de mundo en trance.

Vuelvo siempre a la misma narración.
Incompleta,
añado perspectivas y matices.
El título, sin embargo,
(y todo aquel caos de personas que le quisieron
nunca lo suficiente
o le consideraban una víctima propiciatoria;
el llanto sobre las camas plegables
y la tragedia a que sigo asociando
despertar las mañanas lluviosas;
un entierro,
en el que nunca, ni siquiera
en sueños, estuve...)
el título —decía—, sin embargo,
sigue siendo el mismo:
mi padre ha muerto.

15. DESPEDIDA

Solíamos estar vivos,
podíamos aparecer por carreteras,
alzarnos rápidos con el día
y en las rutas
(de la codicia y la suerte)
estar pronto dispuestos a disparar.

Disparábamos flores,
versos, jardines, frutos diversos de mediodía
y una señal:
no hay cuerpos muertos en la noche negra.

Porque vivíamos.
Y es que éramos secretos de puerta entreabierta,
espera de nada frente a la chimenea. Épica diminuta:
la del hombre que respira y trabaja,
aguarda el momento vespertino de la conversación
—o del silencio—
y le viene el sueño.

En todo momento sonaba música.
Existíamos sinfónicamente,
operísticos
(preludio y actos, cuarto movimiento de la novena)
o éramos —y esto es lo cierto—
un pequeño tema pop.

Hablábamos
(mundo transfigurado por las ópticas)
y hombres y mujeres
a las 12, que toman el aperitivo,
convencidos de su plenitud;
todo un país de sombras aprendiendo a ser burgués.
Y yo, funesto,

enojado al no tener el envés de las cosas.

Luego fuimos noche:
escuché el disco de *Beck*,
los álbumes de *King Crimson*.
Y te conocí.
Había rodado mucho,
todo, varias veces, había cambiado de sitio
y yo sentía la amenaza.

Era saber la geometría de centros dispersos,
la lírica vaporosa
y no el adjetivo que suena a golpe seco.
No sabía dudar
sin dejar inalterado algo muy íntimo:
tiempo, ardor,
cuerpo de mujer,
la memoria,
el poso subjetivo, último de los hechos.

DESEO

“Hoy miraré tu esplendor hasta insaciarme,
y el deseo volará como el ave más grande de la tierra.”

Luis Antonio de Villena.

“...y después un recuerdo de haber vivido contigo.”

Pere Gimferrer.

A Carolina.

Es difícil volver a la patria de uno.
Volver así de solo,
para estar solo en la patria de uno.
¿Esta patria es la soledad?
Si es la soledad nada se explica,
porque hay compañía en el barco
y algún viajero que pregunta por sólo hablar.
Para hablar del cielo
azul, que es siempre y sólo azul.
De un cielo azul que no puede ser de otra forma
más que un cielo gris de día gris que ni siquiera acaba en lluvia.
Siempre está a punto de llover
y no llueve.
¿Por qué será?, pregunta el viajero amable
realmente sorprendido de lo acertado de la afirmación.
Por el regreso, afirmo, viajero
amable.
Pero he aquí lo insólito primero:
es una mujer ese viajero.
Lo insólito segundo:
esa mujer eres tú.

Eso que quisiera no lo tengo.
Hay manchas de grasa, en la casa, por todos los techos
y eso lo digo para despistar.
Porque en vez de mirar para arriba miro por la ventana
a ver los coches,
digo, de nuevo, para despistar,
porque no hay más que un patio a la vista por mi ventana
y en mi cuarto hay sólo libros
y una radio y olores atroces.
Desde entonces no ha vuelto a oler bien.
Tampoco a llover,
a pesar de que siempre parezca que esté a punto de hacerlo:
“llover”, musito,
mientras miro por la ventana,
y, “eso que quisiera no lo tengo”.

Yo no estaba buscando a los hombres sin cuerpo
en el mediodía de la Fantasía,
ni a las mujeres sin pecho que no paran de celebrar,
tampoco en los cócteles a los diseñadores de vestidos para mujeres solas.
Yo estaba buscando a una mujer.
No a una mujer concreta ni concretamente a una mujer.
Buscaba la soledad y la fruta madura,
el perfume agrio que como una mujer sin pecho
como una mujer que viste diseños de hombres
y que no encuentra cuerpos en el mediodía de la Fantasía
come fruta y viste diseños y busca la soledad.
Yo la estaba buscando:
y corría sin piernas,
gritaba sin voz
escribía cartas de una sola línea como
“yo no andaba buscando a los hombres sin cuerpo y a las mujeres
de mirada fría”.
Y esperaba.
No digo cómo esperaba,
ni dónde esperaba.
Cuándo esperaba era a todas horas.
Lo mismo que escribía cartas de una sola línea como
“te espero”.
Te esperaba allí,
aunque esto es lo más que esperaba verte.
Y luego recordaba la palabra “nunca”,
no se me ocurría la palabra “siempre”,
ignoraba la palabra “fruta” y el vocablo “mujer”,
“mujer a todas horas”
y “mujer sin pecho”
o “vestido con transparencias”,
aunque no veía y no oía y no olía ni tocaba otra cosa más que estas sin nombre.

Esperaba.
Ni dónde ni cómo sino a todas horas.
Puede que te viera en cada par de ojos
y puede que te oyera en cada haz de viento,
puede que te oliera cada noche
en la almohada
e imaginé tu nombre.
Puede que sin sílabas y sin acentos,
sin retórica de luz ni sensaciones
porque fui a verte
y allí estabas.
Sólo diré que allí (dónde ni cuándo,
cuándo ni cómo),
en la galería de los hombres sin cuerpo y las ruinas sin luz
bajo aquella puerta.
Alguien entonces me dijo que habías estado allí a todas horas.

Tú,
con la nervadura tensa del presente:
entro en ti como se entra en una fantástica cueva.
(La misma sensación de paredes estrechas
y luego el deslumbrante *hall* rocoso).
Espacios amplios
y la precisión geoplástica de las floraciones cristalinas.
Tú como gema.
Tú como espacio.
Tú como labios,
cuerpo mórbido y músculos temblorosos,
en tus ojos se lee como se lee en un estanque de agua,
como en un agua quieta muchos siglos:
sin limo,
sin impurezas,
sabe a cal y a yeso,
no se apaga esta intensidad y fuego,
ese rojo aliento que acrece las aguamarinas.

Tú como agua:
miro en tus ojos como se mira en un mar nítido.

Están bailando ahora los elefantes.
Y en un plano panorámica yo
soy ancho y experto,
semejante a una llanura,
aunque ese punto de desazón
es como un árbol muerto en el ángulo derecho.

Todo se desinfla:
ruedas horadadas por un clavo,
sinfonías maltrechas al 3^{er} movimiento,
y pasado en los países que hiede a fascismo.
Así un pétalo muerto aja la dalia nueva
y no hay nada que imponga su afirmación redonda.
Ni las esferas, ni los círculos,
ni la intempestiva promesa en labios del primer amante.

Están bailando los enanos.
Y en una esquina del salón ancho
luce perceptiblemente una luciérnaga.
Esa luz, la que débil luce y débil
pestañea como al borde de su última extinción,
es mi maravilla.
Pero, ¿qué sorpresa hay que mostrar
de la colección de insectos?
¿La intimidadora mantis
o la perfección de la araña minúscula?

Todos mis insectos pronto
serán polvo. Arena turbia
en milenios —tan poco— mis amatistas.
Y yo me desinflo.
Aunque es flojo mi pinchazo y aguantará el parche.
Aguantarán los deseos de besarte
y contendré las ganas de escribirme elegías.

Yo, cuando era más joven,
amaba las noches de verano,
incorporado en la cama,
mirando por la ventana no dejaba de soñarte:
esos primeros rasgos difusos
que he creído ver en muchas mujeres.
Hay todo en ti de eso femenino,
y, al mismo tiempo,
algo de decidido y no de lánguido
que me explica que al declive hay que imponer fuerza:
tirar las dalias ajadas,
ignorar los planos panorámica de uno mismo
y dejar bailar a los elefantes,
dejar bailar a los enanos,
tenerte cerca.

A los que creímos
en que se podía abrir un corchete
que contuviera una subexistencia
precaria de amor
sólo nos fue concedido el cuerpo.
Pero los sueños de zonas más brillantes
se nos seguían apareciendo de noche.
Sobre las aceras desprovistas de muerte.
Bajo los neones del túnel a tu corazón.
A los que creíamos
en que nada nos iba a tocar besando
y que el cielo se componía de brisa
nos llevaron al filo del poniente.
Allí era imposible que no hubiera más luz.
Creímos que sería también nuestra invención.

Ahora que estoy más cerca de ti
son unos días ventosos,
lluviosos
y hace que no llovía.

Digo: “lluvia,
con la terca blandura de una bala quieta”.
Digo: “con sabor a plomo”.
Escribo: “un justo calibre”
y creo que esa bala, calibre, lluvia, libro
o plomo
son como tú,
ahora que estoy contigo.
Para mi pecho.

Y verdaderamente
hay un rimero de pueblos en los que estuve:
orillas de África,
viento del Mediterráneo
y dices que el invierno en Sousse es más húmedo y frío
y afecta a los huesos.
Noche preambular:
hablamos hasta las dos, las tres de la madrugada,
en ruta incitante por los espacios de la memoria
antes nunca compartidos.
Es esa novedad e indiscutiblemente
los labios que llevabais pintados y el acento
más dulce, mixtura francesa, árabe y castellana,
todo lo que pude ver través las voces
y que es mucho.

Cuánto extraño viento me mueve el coche en las salinas
y cuánto extraño verbo describe esta acción.
Besar.
Es posible y suave,
exótico como sólo en el lienzo de lo cotidiano
lo es una mezcla de texturas.

Pienso en cuadros.
Los pintados y los por pintar.
Los por pintar tan sólo:
uno en el que tú —la chica— y yo nos dábamos un beso.

Quiero ser más rápido que el propio tiempo.
Amarte en horas no oficiales o predichas.
Y esa ansia por consumirlo todo,
sacar tuétano al hueso de la simple espera
hace que hablarnos
sea fluído.
Que merezca la pena para recomponerse hasta verte
estar tantas horas roto.

Vivir exige caída,
rebajamiento.
Ligereza de vísceras y de ideas.
Así no sujetarse a tus ojos,
a tu cuerpo,
a tus elogios y abrazos (intensos,
intensos),
vale para seguir.
Pero, ¿seguir qué
o hasta dónde?
O es acaso para durar más,
para un cómputo al final de los días,
de años (muchos), meses (muchos)
y días sujetos para no estar loco de RUINA
o FELICIDAD.

Probemos a viajar por estos adentros,
piel con piel,
a un palmo tan sólo de un ansia de lucidez.
Pero no volvamos: sé
que ni tú ni yo
lo queremos.
Sino plácidamente y para que el cuerpo tenso,
trémulo alcance sus últimos temblor y tensión,
mezámonos.
Que este crujido de tablas nos lleve,
así, con los vueltos ojos,
o perdidos, del placer.

Amor,
¿qué ha sido de tus labios simples
y frescos,
y qué de tus manos que extienden
o atrapan
hojas?

Diré,
¿qué ha sido del verano?
Ahora que todo en este invierno
se entorna,
¿qué hacemos sino acostarnos juntos?,
¿qué hacemos sino querernos?

(A media voz,
en la subcapa de las confesiones,
confesamos estar con vida,
para amar
deslumbrados o inquietos).

“Toda mujer hermosa es cruel...”
Vladimir Holan.

I

Temo que ya vuelvo a creer en tus sonrisas
y en tus confesiones.
Será sólo que vuelvas a pasearte por los jardines
y te reflejes
en el agua o el agua
de las fuentes se refleje en ti.
Será que me saludes
o que mientas una voz de lila o almendro crepuscular.
Bastará con una caricia o un desdén
bien distribuido en la conversación.
Te temo.
Y no temo de ti que seas tan dulce
—engañosamente—
sino que oigas o veas otra voz o cara que te guste más.
Y dueña como eres
de ti, no dudes más de un beso abandonarme.

II

A los amores pasados les dedicamos inútiles horas,
pensando qué otras combinaciones de actos
lo habrían remediado todo.
Sólo nos queda tiempo para esperar
o encontrarnos en la calle cuando ya nos confunda el olvido.

FINAL

No sujetan las ventanas tanto resplador de día,
no sujetan los párpados apretados tanta luz.

Pero te miro.

Miro tu cuerpo sin pausas de deseo
y sin valles de placer.

No sujeta mi razón tu cuerpo
y suelto voy hasta una sima.

Donde creo que aún me podría inflamar.

Ese fuego.

VIAJE A UNA PROVINCIA
DEL INTERIOR
(1994-2008)

I

1.- ESCENA PRIMERA

Se descuentan los últimos minutos.

Ruedan como esferas por el torrente de mercurio, flamear de una vela desprendida en el momento de la crisis. Se descarta oponer fuerza a la fuerza y se acepta esa corriente que vacía de sentido cada figura.

Aun algo más. Consistencia física que diluida se extiende por el suelo, a la luz plúmbea que se filtra por los huecos de la persiana tendida. El turno de una comprensible renuncia, mixta con las primeras brisas turbias del sueño.

El conflicto del silencio y la elipse, la campana afligida que cede en un rumor de hélice. Falso metal, madera fraudulenta que el cristal finge. Contradictorias texturas, rivalidad sustancial en la trabazón de lo aparentemente imposible. Definitivamente aletea el lepidóptero fúnebre que es valija de este mal.

La sombra que no es posible limpiar de los rincones de un mosaico, donde se retratan en esquema escenas de una poco relevante existencia.

2.- INFANCIA

Trataré de describir mi infancia.

Una tubería da a ese tiempo, una suerte de chorro gris en el callejón de la primera conciencia, aquel niño que pasa la yema de los dedos por las fachadas de ladrillo, donde con tiza se escribían los nombres de púberes enamorados.

Junto al portal pasaban coches, a veces demasiado deprisa. Era peligroso jugar allí, no en vano hubo atropellos. Desgracias populares, la aflicción de los que poco tienen.

Brumas.

Tuve que acceder a mi razón en un tiempo invernal; el mundo era ya viejo cuando cruzaba las pequeñas plazas. Entonces regalaban pegatinas de perros o mariposas. La belleza. Eso era lo que luego entendí que era la belleza, los cromos pegados en los azulejos blancos y ese olor a pan. No a horno, sino a la harina que impregnaba la parte inferior de las barras.

Enumero. El aprendizaje de la lectura, fragancia del primer libro, las películas de Tarzán en la vieja televisión Askar. Mi padre tendido en el sillón ya muy tarde viendo un combate de boxeo y las voces de la calle resonando como ecos de lo que ya era pasado. Un presente vivido para ser pasado, en cuyas nieblas anidaba la identidad como un espectáculo melancólico. Oblongos sonidos. Alteradas ondas.

Las cosas sencillas. La luz, con la consistencia de una gasa, y el pasillo de la casa de Brocado, que hoy visto es minúsculo, y entonces parecía un túnel fantástico e interminable.

Añoranza. Cruza como un bólido humeante la cúpula de un espeso cielo.

Sé que entonces estaba limpio y era puro. Que en mí podía anidar cualquier dosis de felicidad. Y me duele reconocer que algo se torció en algún punto irremediamente. ¿Sé con precisión qué punto fue ése?

Ceden mis cimientos desde entonces como hormigón con alúmina. Pero aún en pie, como una reliquia que un soplo podría convertir en cenizas, intento recordar mientras pueda hacerlo.

Es la escena final; el héroe intenta correr mientras el edificio se derrumba. Logra salir, pero, ¿a dónde?

3.- TU PIEL, TISU

Descubrir cierta épica: trama de callejones, larga cabellera compuesta de calles de asfalto.

Tu piel, tisú que se remata en dos broches oscuros, que amaso con las mismas manos que manejan píldoras peligrosas. Converso en el rincón de la luz lunar, marco exacto del cráter de Galileo. Esa velocidad determina la elasticidad del tiempo, indiferente para cualquier curso de acontecimientos.

Quiero explicar que la confusión en la que habitualmente uno se desenvuelve es un collage de revistas musicales. Mal maquillaje en los rostros para ocultar el peor humor y la mala conciencia. Colores intensos, gamas de azul que plastifican el ánimo.

Puesto que nos criamos entre materiales sintéticos es muy probable que nuestro horizonte no alcance más que un par de metros. Los objetos inmediatos definen una vaga enfermedad y el lujo es de mero plástico.

Por eso digo que tu piel tisú es el tejido de un viejo traje, que rememora caducadas glorias.

Derrotados, germinamos en frutas anómalas, néctar que impregna los adjetivos.

Sin embargo, cañerías, charcos, orín y acera, nos atamos con abrazos que precipitan soluto, extrañas tierras, sustancias dañinas.

Escupimos palabras que son ácido de dolores futuros, pero que son, tan naturalmente, la verdad. La verdad tan trivial, que suena como un mar de fondo, sobre el que se desarrollan los fingimientos.

Tu piel, tisú, el abrigo insuficiente para resistir esta noche.

Sí, tal vez no hay luz porque está el mundo encendido. Llamean cuerpos en las salas de espera, primero a mi lado y luego a cientos de kilómetros. El país entero es como un gran hospital en que se hubieran apagado el 50 % de los fluorescentes. El mundo, como una gran hoguera. Y yo, como un ascua inofensiva, víctima inmediata de mis evocaciones. Sí, tal vez, no hay luz porque está agotada toda la energía y el corazón del pueblo es como una gigante roja: se traga planetas antes de la brusca contracción. Las tropas de Hitler: arrasan Europa antes de la definitiva bancarrota, del nuevo marco devaluado. Devaluación, tal vez, esta inflacionaria oferta de promesas ha hecho caer el valor de las conversaciones. Sí, decimos: “verte, pero enseguida te estás yendo”. Duele recordar como lo último su espalda y que no haya luz. Que nadie repare las estrellas.

Viajar, propiamente dicho, es olvidar la mugre en los quemadores. Tren, piano y la banda de Duke Ellington. ¿Qué hicimos en estos 64 años? ¿Qué hicimos para merecer que las calamidades cesen? *A coffee advertisement* vale por tu cara serena, sedación que se demuestra en la persiana tendida. Yo ya no soy el que vivía en los pueblos, aquel niño de las sobremesas veraniegas, que vaga a la sombra finísima de los garajes verdes. Sospecho que he sido extraído, aunque, ¿de dónde? Viajar, propiamente dicho, es recobrar algo de esa inocencia. Por el método de ensayo-error, en agencias turísticas que prescindan de sutilezas por mil duros. Tren, piano y la banda de Duke Ellington para anunciarlo, para correr la voz. He vuelto.

La cantante y la muerte forman un dúo inescindible. Brilla una amenaza en cada verso perfecto. En las notas un hacha virtual que alguien visualiza. Por eso el revuelo, el aplauso. Nada entusiasmo más que la sangre, el contrapeso de la felicidad. Y tú y yo sí que somos felices: bebiendo este vodka en la noche del sábado porque mañana es domingo y me amarás. Y tú y yo sí que estamos vivos. Un sol privado y un aire encrespante que entra por las ventanillas. ¿Sabremos que ahora hay que tener hijos? Escribir la breve postal: “Hoy estuvimos en la Vía del Corso, pero no hablamos siquiera de Jaime Gil de Biedma. Hablamos de ti y compramos esta postal. Luego el autobús se estropeó junto al río”. Viajar, en propiedad, es huir de la cantante y la muerte, rehusar la verdad precisa.

Buscar la ruina es la metodología de las flores rojas. Los cristales partidos en los pisos ardidos del Bronx. Razón de este juego hallar la pista perdida de Viktor Lazslo. Razón de esta vida hallar la expresión más perfecta de la pérdida del amor. Los paraísos expropiados faltan en mis ojos tristes y sé que no hay tratamiento. Hablo, eso sí, a todas horas. Así me encanta estar vivo. Para recolectar con la vista las flores rojas y evocar lo que fueron las ruinas. Siempre acabamos oyendo las mismas frases esperanzadas, acabamos viviendo en las ciudades derruidas, sin fuerzas. Hasta que en el bar inédito se me acerca una mujer, y empiezo a hablar con ella. Sabe de la existencia de las flores rojas. Y de las ruinas. Sabe que la ciudad se mantiene.

Ese estar íntimo con lo no concedido es lo que más me mortifica. También fui pequeño y redactor del primer verso, pero su esencia seguro que ya está perdida y además apenas lo recuerdo. Debía de estar en el instituto, pensando en el dolor de enamorarme, íntimamente con la ridícula contrariedad. Puede que el sol luciera especialmente en aquellos días. Fue un periodo de intensa actividad solar, luego leo, y no conecto el espacio inmenso entre la estrella y planeta con la vida corriente, con la llama que me llenaba el pecho. Luego leo una noche, en relación a las depresiones, que la claridad las cura. Me parecen muy largas hasta el amanecer las horas que me quedan.

Con el ansia.

Ya repuesto, con la duda.

Es el violín como un producto de limpieza. Pone el alma en los salones barrocos o por los dulces jardines de una Viena que agoniza, en la que se suicidan grandes hombres. Boltzman ciego que sabe que ya no podrá defenderse de los empiristas. Y la familia Wittgenstein se acomoda en el matadero. Todos son, quizá, mensajes atroces, hallazgos turbadores en las mesillas y avenidas soñolientas. ¿Coches de caballos? Encuentro una relación entre la casa y el amanecer, cuando parece que esté más solo. Podrían sonar entonces los violines, opúsculos podrían quedar escritos y admitirse que en el fondo no hay tal dificultad. Abogando por los pequeños disfrutes, los tríos y cuartetos de cuerda. Gimferrer en mi escritorio. El vendaval.

10.- OPEN DOORS

Lentísima urdimbre; así van enlazándose todos los hechos. Van ligándose palabras a actos como etiquetas. Siempre en el mismo cuarto en el que acabo escribiéndote. Puedo no acordarme de tus ojos u olvidar tus transformaciones, pero hay un olvido más conjunto, que sospecho que se refiere a tu alma, al tinte peculiar que tomaban las cosas y que aún se medio olfatea desde este balcón.

En realidad, la semana que pasé en Roma no estabas tú. También recuerdo que no pude decir (a nadie) lo eterno que me pareció *San Pedro*.

Debo de tener columnas apolíneas en mi pecho, un ansia de estatismo y viento sereno para parar esta aceleración. Se producen con precipitación todas las pérdidas, en un corto periodo de tiempo. No hay margen para con palabras poder resumirlas, hasta que vuelvo a encontrarme en un escaparate, en los espejos de las zapaterías, rodeado de otros clientes. Quisiera explicar que no soy yo. Es mentira que me haya crecido la barba, porque soy más antiguo. Constante desde mi primer uso de razón: aquella vieja instantánea de un sereno, de noche, a través de la ventana abierta. El calor irrefutable del cuerpo de mis padres, aún tan jóvenes. Jóvenes como lo soy ahora yo mismo y sin embargo tan arcaico. Me parece haber tenido las mil vidas de inconsciencia hasta este mismo segundo, en que escribo: "*No soy yo*".

Idéntica certeza negativa la de no tenerte en cuenta. La de hacerte accidente, no parte esencial de este irradiador centro, que es mi yo. Yo oculto en la intensa contingencia. Porque hay aire matinal que podría entintar toda mi vida y hacerme el mismo hombre desesperado, cobarde y extraño que soy ahora. Sin embargo tengo notas de días felices, en que los plazos juegan a mi favor. También la promesa en las caras de mujer con las que soñé vivir y, la verdad, sería tan fácil.

Cúpulas. Veo ahora cúpulas, capiteles, un delineado casual que se hace consistente. Ni una sola influencia de algo que no sea yo mismo y ese ser antiguo que lo sabe todo, pero que prefiere no revelar. Porque otra catástrofe, una más de muchas, entorpecería el sueño, la ficción que traman las endorfinas, que llamo ambiente.

Puedo ser paciente.

Descarnaría el globo

terráqueo con una sola uña. Y ahora no podría contenerme. Porque el arma entre mis manos manda ira a mi cerebro. O justo al revés tengo ira retenida que manda al arma. Pero también iracundo, puedo ser paciente. Planear en los largos días, detallar cada ínfimo acto, desde forzar la puerta hasta la misma cama en la última habitación.

Hay cuartos de experiencia en los que no entrarías, en que he estado las fatídicas noches, como para sin una duda volarse los sesos. Eso —y más— te distingue de mí. En realidad son pocos los que estando tan heridos han preferido vivir.

Puedo ser, en cambio, y, a pesar de todo, paciente. Puedo ser calmado en el dolor, despegando las pieles de mi cuerpo, que descubren ese otro ser más fuerte, que jamás aullaría. Y tengo ímpetu moral para aún sonreírme, saludar a los míos queridos. Ellos saben lo paciente que puedo ser. Lo minucioso. Y ese blindado perfecto es el que ahora uso para viajar.

Te sorprenderías de esta ruta. Nada te sorprendería más. Estoy, en efecto, purificado, pero eso tampoco niega que calmadamente sonría y sea paciente. Hablo en la larga noche sin aurora, con mis compañeros. Y después de agotado el tema de la vida (de los otros) busco un poco de calor. Puedo incluso soñar que es como fue contigo o, en extremo, experimentarlo. Creer que ya he vuelto o que no me fui. Que estaba equivocado y que ni siquiera estuve herido. Pero, mira la cicatriz.

12.- ALDEA

Sensiblemente, se han reducido los macizos de hortensias. Mas aun la misma poesía, intensa por el recuerdo, perdura, pero sigue encubierta.

En estas condiciones he regresado.

No están ninguna de aquellas personas que se apuestan a la entrada de los pueblos y les dan identidad. Por eso estas pocas horas, para beber, comer y marcharme.

Voy a anotar que en estas condiciones he vuelto, que están todas las casas vacías y que los habitantes han muerto. Se puede entrar en todas las salas

de estar, pero sin objeto. Más que encontrar las paredes sucias con recuadros limpios por la estancia prolongada de retratos. La lluvia, en este instante, nos pone banda sonora.

Y paradójicamente todo parece estar complacido. Hay ruinas adecuadas a los versos más tristes. Aunque no sólo la melancolía sino otra aridez, más profunda, se instala en los oídos y en los ojos, que no dejan de oír y no dejan de mirar. Cumple su función la materia muchos más años, aunque carezca de sentido, y hay vida aparente, yo la he visto, ansia aparente que igualmente lo simula.

Que estamos vivos, de viaje. Aunque no aseguraría si es un retroceso, una vuelta atrás ridícula. Este pueblo tampoco

es mi tierra natal y no sé si ya la encontraría en otra dirección radial. De la costa al interior. De la sedación a la reciedumbre.

Mi conciencia cubre más kilómetros que mis pupilas. Pero no muchos más. Soy solidario con todas esas voces que cantan en los compactos a lo perdido. Amistad, entonan, y lugares que ha transfigurado el tiempo. Hay, en cambio, un periodo cenital en el que parece infinito el incremento. Luego ese final asintótico en que sólo cubrimos los huecos. Tanto desearía tener esas retinas bloqueantes y no gastar el día por el uso de emociones intensas. Mi placer se extiende más minutos que mi ansia, pasa a una fase horizontal de espera sin más fundamento. Entran las imágenes en el alma —¿confundiéndose?— con enorme nitidez. No es que sublimes líneas pudieran redactarse y su pertinencia en salones o para conferenciar, es que simplemente podrían no ser escritas. Tanto querría enfundarme este gratísimo abrigo o mejor desnudarme. Irme a ciertos paraísos, a los que no ha llegado aún la urgencia. Donde jamás se hace balance de pérdidas. Elevarme en los globos fantásticos que viajan a las aristas del planeta. Selva confusa, nadie desde allí me divisaría, subiría a los árboles a espiar en la sabana el vuelo de los flamencos. Inmenso horizonte que no deseo trasponer. Porque esa es la estancia, por excelencia el estado de constancia artística, cuando no hay que redactar frases, no hay que cavilar dedicatorias, no hay, por supuesto, que contabilizar deudas.

Todo revienta a estas horas. Revientan no sólo los cuerpos sino las esquinas para desnudar casas. Revienta el cielo como si quisiera desnudar algo y estallan mis ideas. Parece que el mundo está, torpe y mal, metamorfoseándose. Aun así yo acudo a mi cita y explico sin aplomo que el mundo revienta y que sé seguro que está metamorfoseándose. Sin embargo a la luz del bar parece que sólo estemos a punto de entrar a ver una película. También seguimos a salvo en la sala de proyección, y a la salida hay una masacre brutal; a mí es a quien sólo altera. Los demás hablan indiferentes. Yo también finjo indiferencia. Y digo, para introducirlo, como un tanteo: “Ya hace tres horas que está reventando todo”. Y ellos dicen: “¿También has reventado tú?”. Y es verdad que se me salen las tripas. “Sí” admito “pero no me importa nada”.

Luego, durante toda la noche, cuando se hayan ido, podré libremente llorar.

15.- MUJER, RECUERDO Y LITERATURA

Hay normas que refuerzan la influencia gravitatoria de los signos, la tendencia centrípeta a encerrarse en ellos. Muebles descuartizados en las alcobas del pensamiento, donde una insinuación vale más que cien páginas impresas. Piano, flauta, viola y horrísonos laúdes. Días futuros sin verte, verdad tangible.

Hay ojos que me apuntan como dos revólveres humeantes y después de escuchada la detonación nada se interrumpe. Las parejas siguen ignorándose en la noche lenta. Lluven paracaidistas. Y hay ese silencio cósmico como de bombardeo sin final. También cenizas en la cama mía y cenizas en tu pelo. Hay en los troncos huecos fogatas extintas o es la carcoma.

Escríbeme en el centro de la frente, escíbeme en el pecho. Escíbeme en los tímpanos palabras sonoras. Escribe rimas y mírame como si esos dos revólveres humeantes apuntaran a un cuerpo. Escíbeme sangre y luego límpiala. Y escribe. Hay reglas que refinan el crucial momento. Límpiame la herida, ábrela más y límpiála a fondo. No dejes rastro de ella.

Apúntame con tus revólveres u ojos detonados y mira hacia adentro. Donde la desdicha.

16.- HASTA AQUÍ SIN TI

Los redondos espacios, los espacios esféricos, los caminos sin luna, las ciudades en las luces del amanecer, los olivos con fruto, las palmeras, las playas en las que aún permanezco, galerías siniestras de alimentación, pagodas chinas, templos derruidos en Angkor, pobladores del Polo, vientos que naufragan en el desierto del Sahara, una pequeña cabaña en el interior de la selva, un retrete inexistente en un palacio de Viena, salto al *vaporetto* en Venecia, un baño sedante en el mar de Liguria, la visión del Atlas deformada por el espejismo, la inmensidad de Andrómeda, el castillo en los Cárpatos, la sombra de la secuoya que es como un día sin brillo, las verdes praderas en Kenia, lo imposible que es soñar con Montevideo, los redondos espacios, los espacios esféricos, las colinas piramidales y hasta donde alcanza la vista los cúmulos cárdenos, los fuegos atroces en los bosques de cedros, el hurto de almendras por una ardilla, las sirenas de los coches de bomberos a las 15:30, pasión mucha pasión por los valles ínfimos, las quebradas de Huesca, el cauce casi marítimo del Amazonas, la altura de los cóndores andinos, las ruinas en cien años de nuestros parlamentos, las ciudades iluminadas con luz infinita, las migraciones de ñúes, helada cerveza y olivas junto a la Giralda y los ocasos agraces hasta aquí sin ti.

17.- UNIVERSO

He oído nombrar el cielo como metálico, aleación de sueños, majestad y muerte. Aunque siempre haya habitado donde no había espejos. Frigor podrá tan sólo avisarme de la letal venida y eso que un lomo de leopardo alfombra estas cuevas.

Fuera hay sol. Sospecho jardines y los elementos previstos para un mundo convencional.

He oído anunciar el cielo como un titán. Luz, más luz, la claridad de un pensamiento distinto materializado en auroras. Materializado en géneros de libertad, como para poder conjurar tu nombre. Tal vez nada me ampare frente a tu veneno, pero ¿cuándo podría haber asegurado que tenía refugio? Nunca. Y ese nunca más definitivo me ha lanzado como un bólido. Aunque yo diría que en el fondo he permanecido quieto.

Cielo, cielo, andamiaje invisible que pesa sin otorgar del peso medida consciente; probable causa de esta pesadumbre, aunque también de esta esperanza. Hay posiblemente escaleras que se hunden en los espacios vacíos. Es paradójico, pero no existe mayor gozo que el de lo infinitamente hueco, que el de aquello a lo que no se imagina límites ni estructura.

Tarde es ya, sin embargo, para lamentarse. Porque la detonación ya está hecha y porque he oído nombrar al universo con un respeto, como si no tuviera final y no hubiera forma de darle nombre. Tampoco ya me asusta lo indefinido, que el espacio se retuerza en túneles energéticos que dan a otros espacios plegados y serenos. Que verdaderamente estuviera perdido, sin posibilidad de volver a mi Tierra. Nadie volvería a hablar del cielo y yo ni siquiera lo dibujaría como me han dicho que es el cielo de Nigeria: metálico, aleación de muerte, majestad y sueños.

Un cuándo sin un dónde, más turbio que si ocultara un secreto.

Curiosa procedencia, para pertenecer a otro dominio que el de la imaginación. Seguramente es que ya ha pasado el tiempo de formular preguntas, de interesarse por el futuro de mi cuerpo. Sí, reconozco que estoy inservible. Produzco fábulas. Sin clave para alcanzar una básica intelección.

Entender, pregunto, ¿para qué? Si no hay interés personal, a cuenta de qué el interés por mis productos. Soy de ellos indiscernible y así los tengo en estado de abandono o renuncio a su promoción. Esto es indudable: que existen. Cuándos sin dónde, dónde sin porqués, con la estructura de los peores delirios, la incomodidad de lo inaccesible. Se detestan.

Podría decir que noches en que fantasmales golondrinas rozan la superficie del río o en que hay hechos que no se han fotografiado nunca y a los que no hay acceso retrodictivo. Es particularmente importante esa idea de conocerlo todo. Lo pasado y lo futuro y no más que por un perfeccionamiento de la decepción, el descubrimiento infalible de las tendencias entrópicas.

Nacimiento, vida insatisfactoria y muerte. Tres conceptos que agotan todos los tiempos, con exclusión del lugar, la morfología, la índole de los genes o el ansia por volar. Con exclusión de todo lo bello. De lo eterno. Y los vocablos con los que se urde una teología tramposa: discursos que describen cómo volverás. Que será para siempre y será bello. Que abundan en los absurdos procedimientos.

Patria especular, con la deformidad que resucita a Janis Joplin y nos devuelve a aquel verano.

He visto, oído, olfateado pero ciertamente hay poco de todo aquello. No hay urnas lo suficientemente sutiles como para guardar atmósferas, sí, en cambio, para guardar terrores y por pequeños detalles traerlos a sistemática rememoración. Piezas muy tristes, como esa arpa estremecedora que alguien, con descuido, graba en algún microsurco y que espera por mi ajusticiamiento. Ese poder destructor es el que tienen nuestras fotografías.

En verdad, nunca pasó nada. Sólo se cocía en la cocina pestilente de mi pecho. Y no tengo método humano de desalojar tanta basura. Por eso me alejo y por el camino concibo mundos sin clasificar. Mezclas de mi yo y paisajes que me describieron o supe inventar.

En verdad, nunca pasó nada más que aquello de nuestros cuerpos y la narración exhaustiva de nuestras biografías. Aquello de nuestra desnudez integral a las tantas de la madrugada. Los cafés. Madrid. Los cines. Y las palabras bellísimas que tú sabías dirigirme y que, ni siquiera con todas mis fuerzas, recuerdo.

20.- ESTE ES MI FINISTERRE

Justo así, con la agonía de la última herida, lo sospecho. No me alivian ni sus manos de seda, ni sus ojos de fuego. Ni el sueño a tan altas horas que es como una gran cúpula.

Y en ella se proyectan filmes en 70 mm, imitaciones del vértigo. Sutiles escorias, verdaderamente de vivencias remotas.

Indigna que al final la palabra congele el instante, lo confine en previstos sentidos. Eso pasa con las imágenes. Banales, incompletas, muestran sin embargo la continua enfermedad agravada con el tiempo. Justo así, con la agonía de la primera herida, lo recuerdo. Que siempre estuve convaleciente.

No me aliviaban ni sus manos de seda ni sus ojos de fuego. Y el sueño, a altas horas, era como una gran cúpula.

Bosques, posiblemente bosques, son los espacios libres en mi temible memoria. Pero, ¿qué sentido tiene recordar todo aquello a estas alturas? Supongo que llueve y no puedo salir de casa. Reaparecen los mismos espectros. Reaparece la vida

vivida y sin posible remedio. Eso subleva: lo irremediable que parece todo, la impracticable redención de actos que no fueron sino pecados contra el destino. Me condujeron a estos versos y a estas imágenes, a que las mismas filmaciones ocupen todas mis noches sobre la misma cúpula.

Ahora sufro de insomnio.

Veo pájaros voraces en el cielo nocturno.

II

1.- RECIÉN CASADOS

Jóvenes como fuimos, alguien pudo confundirnos con estrellas. Me sorprende mirando aquella traducción de Derrida en *Anthropos* como quien observa un raro elixir.

“Quien lea estas páginas experimentará una benéfica transformación”. Las palabras son adoquines que llevan al destino dorado de esa extraña serpiente, la vida. También recuerdo que frente al espejo, sosegado, mis ojos ardían de ira.

Lo torcido habitaba en mí como una especie de esqueleto. Armazón sobre el que se colgaban no siempre desagradables cosas. El abrigo con que protegerse del aquilón de puro hielo. El sombrero que tapa las ideas fuerza. Las botas con las que sobreseer abismos.

Y la lámpara sobre la mesilla que alumbraba el rincón de angustia, precaria piedra angular de la última dosis de equilibrio. Son las tres en el reloj y parece insalvable todo este tiempo hasta la primera candela, ya el sol... Sin embargo, embolsado en cierta dramaturgia puede hacerse atractivo este miedo. Poemas.

Parecíamos dos animales pletóricos circulando por el mundo como ciudadanos. Junto a Christian Bale en la Capilla Sixtina. Mi rostro podía verse a través de un ventanuco en el Puente de los Suspiros. La última mañana cruzando en lancha el Adriático hasta Mestre bajo un cielo falsamente amenazador. Habían caído tres días antes las torres en el gran artificio. 2001. Queda el rastro de ti, bellísima en los jardines de Tívoli.

Podían confundirnos con vectores de una clase de triunfo. La pasión había vencido sobre todos los socavamientos.

2.- ÉXODO

No estoy hecho para el regreso, pero admito auxilio. Tal que pueda alterarse el gradiente de sueños o que se desactive el miedo. Tal que la arena o ceniza no se instale en mi cuerpo. Que todo lo quemado y dejado atrás, lo consumido de un solo aliento, no me constriña. Porque, así, constreñido, no puedo aguantar la lluvia. Y llueve.

Qué cortina acuosa impide los regresos y qué metrónomo tenaz o tiempo me empuja.

Me empuja a saltar. Escapo de cada día como si huyera de una demolición, como si tú, amor mío, descubrieras algo de mí muy secreto, que trato de ocultar, o como si bestias —leones o perros—, como si yo a esas bestias no les prohibiera —en modo alguno— que me persigan.

De ese modo soy el perseguido, o el héroe de la desactivación de bombas, en los últimos treinta segundos frente al detonador de cada explosivo. Y al mismo tiempo el autor: notario y tasador de todos estos desperfectos y viajante, pero no hecho para el regreso. Por eso admito sugerencias. Tal que mi sol hurtado pueda reaparecer y los días, con su peculiar tinte de hecho único y veraz.

Porque ahora, ahora me parece todo mentira, falso escenario y pura máscara que oculta un infierno. Y yo, por el momento, sólo soy el hombre con sensibilidad para saberlo. Que más adelante, dos o tres semanas, me cubrirá la lluvia o la arena o ceniza o es que seré yo mismo, hecho llamas, quien se quemará.

Seguro. Vosotros lo veréis a vuestra espalda. Será un rápido fuego.

3.- SEGOR

“Mira, ahí cerca está esa ciudad donde me puedo refugiar: y ¡es bien pequeña! Permite que pueda huir a ella (bien pequeña es, ¿no?) para salvar mi vida”.

Génesis, 19, 20

En esta ciudad pequeña, y cercada de oscuridad, he de reponerme de un duelo. Porque, confieso, creí desde siempre que habría más vida

que gastar, o más lechos tibios. Creí que, suspendido de los labios de ella, podría esperar. Pero fui llevado a lugar próximo, mientras demolían otra parte de mí. Ya lo veis, mi memoria quedó cristalizada, inapta para mi deleite y muerta, sé que juega un papel definitivo en mi sed. Y este ancho desierto, que va de mi espíritu a mi Nínive, del templo al cuartel de invierno, es mi único paisaje. Cielo abierto es mi cúpula y caen rayos de sol tan pronto como aerolitos, como lenguas de fuego el día de mi huida. Tal que desde entonces, proscrito, no he podido cobijarme más que aquí. Mas sospecho que hay algún Paraíso: sé que sin desierto, sin rocas y sal, y con memoria, soy el hombre completo. Porque quiero forzarte, mi ruina, tengo para partir voluntad y hoy he lazado mi hatillo. He reunido a mi mujer y le he hablado quedamente, y ella quiere seguirme. Creemos que el sitio puede que llegue a morir, contigo como está a la región destruida, y es que lejos será más sencillo vivir. Con mis hijos, como éste, que ahora os nuestro, como mis mañanas templadas por la brisa y el destino claro de estar acorde a tal programa y naturaleza. A mi dios.

Necesito libertad, justo para operar este repliegue a lo básico. Como el almuerzo de uvas y queso en la mañana del primer junio, o que yo espíe en los baños algún cuerpo de mujer. Emoción continua: necesito condiciones simples para el gozo y la negligencia de no considerar ningún pasado y no tener ningún porvenir.

Balneario, fue cuando en tus brazos no accedí a ningún porqué y todo lo oculto —habitualmente— estuvo explícito. Así los montes rehechos del primer diluvio se ven llenos de amapolas y hay perdices por los caminos hasta el grado de poder recolectarlas. Te miro: en ese ángulo en que puedo observarte sin ser visto, pero es muy corto el lapso en que guardo silencio. Tú verás, soy libre atado a ti, encuentro la facilidad idónea para plantear viajes (o para permanecer), para explicarte mis aspectos más oscuros. Pero, ¿qué? Soy sólo esta boca y estas ganas de besar. Soy estos ojos que desean la curva de tu figura, yemas de dedos que temen la trama mórbida de tu piel, y oídos para escuchar, una tras una, tus crónicas. Soy este sensorial estado volcado hacia ti y el mundo en estiaje cumple su función de aureola imperial en torno nuestro.

Transparencia, se descuentan los minutos a un ritmo frenético, del que me ausento tras arrojar el reloj. Luego en la cama bebemos y comemos fruta. Todo a media voz, ahora ya es hablar por hablar, hasta que estemos repuestos. Es decir, tengo libertad, la que tú, solar e higienante, me otorgas.

5.- VICTORIA SOBRE LOS AMMONITAS

“ Él les respondió: ‘Haré un pacto con vosotros a condición de sacaros a todos el ojo derecho...’”.

I Samuel, 11, 2

Y ante tal amenaza todos temblamos y tembló el Cielo. Tal vez ese fuera mi último capítulo y que no me esperara la redención, pero no iba a soportar la intimidación continua. El recuerdo de mejores tiempos, la horizontalidad crítica de la noche y el soplo inestable del viento, lo dudoso y, a un tiempo, benefactor, es decir, lo dudoso, hace que partamos hoy.

Viene a besarme la mujer de trenzas rubias.

Salvación, vendrás, y un lecho amoroso tras la batalla diurna será mi confortación. Dicen que luce el combate como luces tras los cerros y se oyen alaridos y, así, transido, el pueblo nuestro, todavía en paz, no tiene ningún sonido. Parece que se hubieran cobijado los pájaros, y los perros cruzan raudos por la calle desierta. Las mujeres se quejan, porque un fragor de armas magnetiza los oídos. ¡Niños, venid!, hay que arrinconarse aquí, que los pequeños ni suspiren, y todos apretados al colchón, que así se detiene la onda expansiva.

Pero la guerra, con su rastro de viudas soñolientas o iracundas, de cuerpos muertos, a decir verdad, no llega nunca. Sin embargo, vivimos sus rituales: la alarma, sirenas, el zumbido de los bombarderos demasiado altos y los hombres, mujeres solteras —yo mismo— saliendo al amanecer. Hay que enfrentarse al imperialismo del dolor, a la invasión de la rabia y al poder devastador del miedo. Para salvaguardar la vida, digo, la rutina.

6.- INSTANTÁNEA AL BORDE DE UN DESEO

Nostalgia orbital: me rodean las iluminaciones, túneles al corazón de la certeza, mas un fondo de amenaza enferma sus toponimias. Deshilacho las tramas del día, desgajo la noche, transito por la tarde cubierto de arena. Y las rumbas que no paran de sonar: cuerpos femeninos, lúbricos tropicales y palabras sugeridas. Boleros que relatan el binomio amor-dolor. Todo mezclado, todo *pa'dentro*. Cosas acumuladas en lo hondo del sueño, mobiliario barroco, imaginería aborigen, condiciones de posibilidad de lo cierto. Y además negación; el simétrico de lomas, árboles, mesas camillas, hamacas ardientes en el centro de la playa. Verano. He llegado hasta aquí a los lomos de Cronos, partiré sin retraso a la grupa de un fin. Y fin, verano y tiempo se conciben como uno, porque hay planes inasibles que conectan los hechos. Hay, lo juro, codicia. Querencia por lo múltiple, varios escenarios simultáneos con igual grado de realidad, cielos contradictorios que ocupan distintos sectores del cielo. Porque es un adentro: paisaje interior, devastación volcánica se combina con bucólicas orillas, ocasos ardientes.

Quisiera estar fuera, ir contigo a bailar, confesarte mi vacuidad absoluta. Y beber mi gin-tonic; entregado a las delicias del paladar y a la tímida euforia, esperarte, con las manos en los bolsillos a la puerta del bar. Puede ser que hoy te vea por vez primera, enclavado en el punto medio de mi existencia. Todo lo andado equivale a todo lo que queda por andar y sé que esta mismidad enfermiza, hecha de variedad, es mi yo; la misma baraja engendra distintos tanteos, estados lunares, solares delirios, grandeza de ansia, pequeños vacíos, pues cada diez horas de la mañana siento idénticos deseos.

Quiero decir, abarcar mi vida.

7.- QUIETISMO

No todo es convertible a emociones

ni a procesos. Algo se escapa a cada operación metafórica, a simulaciones que transforman lo tangible en su tangibilidad, lo cierto en su certidumbre. Mundo reflexivo, túnel de espejos. Pasa cuando hago mi ronda con el caleidoscopio y os menciono. Exactos (no turbamulta) y discretos (no transfinitos). Árboles con perfiles: como si el entintador eterno hubiera hecho ejercicios con su plumilla. Pasa cuando miro, cierro seguidamente los ojos, miro, cierro seguidamente los ojos. Cuando guiñan las luces del raciocinio en mi cerebro y cesa mi inteligencia.

No es que me pare: sin más detengo el deseo de entender, de encadenar causas y efectos, convertir los ambientes en eslabones.

Tampoco es que vuele: permanezco quieto, ausente de todos los énfasis, resuelto a no resolver, tal que se ensancha la nevada falsa de las gramíneas y se agita el filtro de luz en los paseos. Vientos más sencillos. Corre el aire limpio como un mar de corrientes y se despeja. Coches aparcados parecen sujetos a sí por una chincheta, pueblos en la llanura coinciden con su esencia y no ansío. El público que circula por las calles es tal automatismo y sólo yo (tal vez tú) puedo moverme con genuina libertad. No es encrucijada el libre albedrío, sino equidireccionalidad, posibilidad de hacer en sentido absoluto. Árboles, coches, personas, todo lo enumerado, y, en última instancia, mundos. Razón de ser, no me abandones nunca, yo no me ausento de ti, porque lo bello y bueno son ese alfa y omega ineludible, siempre que tenga este segundo disponible para no pensar, para no sentir, para no decirme “he sentido”. Sino que quieto y sereno, como una nube, puedo naufragar en el ponto estabilísimo del cielo,

de la austeridad.

8.- CAROLINA

Para el hombre fugaz que sabe que no está en sí mismo y para el tornero, que nos gira a gran velocidad, hasta hacernos borrones cilíndricos, equidimensionales, temo esta ruina. Temo que el mar, más idéntico a su ser, nos sepulte en su vientre masivo, y que el olvido sea prístino en relación a la memoria. Porque yo, como buen derechista, hago culto a todo lo que vino primero y busco del presente aquello que se le asemeje. De ahí mi fracaso en días, la mal mitigada soledad.

Pero tú, nuevo amor, haces cada día nuevo. Y en la novedad insólita de ese cada nuevo día yo voy desbrozando un sendero. A la búsqueda. No a la búsqueda de qué, sino a la búsqueda. Viajero curioso, de mi cuello cuelgan dos lentes potentísimas (digo que para ver claro lo que se me acerca), de mi mano, un machete afilado para aligerar la fronda. Fuera tipejos, malas compañías para un viaje de iniciación. Fuera sombras, no quiero ánimas en mi armario, alcanfor hediondo sobre toda mi ropa. Quiero tu boca (pero no porque esa boca sea mejor a otras bocas) sino porque esa boca la tienes tú. Y yo, sumiso, no soy más que el huyente y retornante, el que encuentra al volver tu puerta abierta.

Me esperas. Has puesto la mesa para cenar.

9.- ARITMÉTICA

No soy sólo mi suma: no únicamente grumo celular, ni sólo deseo. Tienen mi impronta las lunas en las que estuve, también los espacios vacíos en que permanecí. En cierto modo fui; posiblemente todo esplendor mío sea pretérito e imperfecto. *Estaba* dormido, *iba* solo, *tenía* miedo. Y no *estuve* dormido o *fui* solo o *tuve* miedo. Mal transitorio y bien provisional, de todo aquello hice muy pocas fotos, tiré las cartas y ahora negaría que escribiera. Negaría que pensaba en qué a todas horas, ocultaría que estuviera en algún instante desnudo (antes de entrar en la cama o meterme en la ducha, antes de abrazar, gemir o encogerme), sin duda me opondría a mí, negaría el contenido de las columnas de números. De ser un nombre, soy incontable, no reducible a cuantificación, pues ¿cómo se computa un sarmiento?, ¿cómo, una mirada rota? Se cuenta con ceros, o con miles, todo impreciso. Se acota: tal cantidad corresponde a reveses, a heridas que no se borran. Y surcos: fui por esos surcos a rítmica de deseo; a compás de ansia me enlodé. Hay cómputo de segundos y miro ahora que abarcan casi toda mi vida. Y si es para destruirme (que preveo), dime, ¿para qué contar? Ábaco fatal, adiciona todo para una gran sustracción. Que estuve en el límite crítico de desaparecer, temblaba y crujía, fui sometido a fuertes contracciones, mas perduré. Y sé que no hay magnitudes negativas, no se puede ser menos que humano, menos que carne y menos que sueños. No se puede involucionar, por demasiado tiempo desexistir. Más cuando se tiene el recuerdo poblado de celindas y el lecho florecido de claveles, cuando se toca piel o se teclean teléfonos o se llenan estas hojas. Nunca se puede invertir uno a favor de los adjetivos, cuando se tiene para todo un sustantivo letal. Cuando se mata pena a fuerza de tiempo y resistencia, de vivir.

10.- SIETE SEGUNDOS ANTE EL CUADRO DE GENOVÉS

Todo son exclamaciones. El malestar de lengua azul de la codicia y los secretos. La envidia. Todo, pecado capital que reflejado en ti es una herida y los secretos. Los secretos de un ángel, la algarazca de alas, picoteos y la suerte. Suerte de tal vez, usted verá, mañana. O suerte de pasar. Creo que la vida está incluida en un cieno y creo que este sol. Pero mirad, ahí tengo la mujer con su pelo suelto, (ahí tengo las horquillas). Toda mi alma son cómodas, armarios, cajones. Y ya sé. Que la muerte se infiltra gota a gota.

Todo son interrogatorios. Hombres a mujeres, flores a cometas, detritus a hielo. Ángeles a cornisas y suicidas a Lucifer. Porque para estar aquí (mi casa) y mirar por la ventana, hay que estar en silencio. Callar. Escuchar pacientemente el monólogo del tiempo, tomar nota de sus características: procesos y transformaciones. Bestias y númenes, sabios y santos al principio de la noche por un primer sueño. Como ese en que huyo por una galería, o en el que escapo de (cómo) y salto sin más de un alero. O aquel en el que nunca apareces tú.

Todo son signos positivos. Totalidad. Sumas sol a brisa y tal caricia a este beso. Parques amplísimos donde no puedo dejar de correr y mis secretos. Toda maniobra oculta bajo las sábanas, más el núcleo de algo imposible de reprimir. Hablo del llanto, de esas lágrimas de actrícula abandonada que provoca Dorian Gray. De este poeta cretino que aún escribe y de un novelista. Todo crecido a más y los secretos. Adiciones de gente a multitudes y ya como manchas negras corremos por esta intemperie, para hallar abrigo en otra sombra. Camuflaje. Escribimos y leemos, todos del mismo gris.

11.- EL NUDO CONDUCTUAL Y RABIA QUE ANUDAN LA TRAGEDIA

Tal vez ahora pueda retenerlo, pueda parar, pueda impedir que todo se precipite al fulgor de su destino. Porque luz hay más de la que puedas mirar y aire más anígeno de lo que puedas quemar. Podría ser que fueras ciego o que ardieras, podría ser que no oyeras ni estos susurros. Ni estos susurros firmes en el panteón vacío de tu entendimiento. Porque más, en buena lógica, te podría matar. No aguantarías luz, mar, qué sé yo, recuerdos. No aguantarías rubíes como labios o labios como cuchillas, más femenino, pecho florecido, pubis, no aguantarías sal, cúbicos cristales, perfección. Ahí tendrías que parar, en los medios tiempos. Tendrías que amar con reservas (amar, pero con reservas), besar pero con reservas, copular rendido. Mas podrías arder. Tu cuerpo podría ser pira y ella, ignífila elemento. Tu cuerpo, cenizas, podrían ser tus palabras fracasos y que tus verbos no volvieran a designar, que tus adjetivos se desvanecieran. Podría ser (hablo claro) que murieras; y no sólo que organizaran tu entierro, asistieran familiares, transportaran el cajón, sino que languidecieras, involucionaras, en tu ocaso, escoria desdeñable en un rincón inaccesible del columbario, y todo por querer ir más allá. Deseo. Deseo, dices, y hasta éxtasis, música atroz, convulsión última del cuerpo. Pues piénsalo. Créeme que al decir que no hay ruta más que esta calle baldía y tierra más que esta tierra seca, no he mentado. Que he sufrido mil veces la languidez del cuerpo, la esclavitud de la primera hora matinal, las rutinas, el mismo café y una náusea incontenible al beberlo. Porque yo, es decir, tú, pasaste de largo, te fuiste, ibas más allá de la vida, donde el vacío, el nudo conductual y rabia que anudan la tragedia.

Baja esos puños.

12.- JORNADA DE TRANSICIÓN

Estábamos serenos.

En su pecho ensangrentado crecían camelias rojas.

Crecían flamencos o rojos faisanes en su cuello.

Rimaban poemas o abstractos proyectos en su lengua.

Y yo, en coche. Estábamos serenos, pues Castilla es la alfombra infinita de estos pies.

Quería hacer fajines con tus brazos.

Necesitaba bailar.

Pues Castilla o tú, alfombra infinita, fajín perfecto, parecíais huir, parecíais callar y yo, preguntaba, “¿tierra mía, qué pensamientos? ¿Qué flamenco o faisán, pecho ensangrentado o camelia roja florecerá en este pecho? ¿Es que acaso olvidaré París?”.

Todo ha quedado muy negro, simultáneo y brillante, en la oscuridad del cine. Vemos “The reflecting skin”. Todo depende de que encare el cielo y que, así, serenos, tú y yo, decidamos que besarse — apasionadamente— no es bueno, que recorrerse los labios no es perfecto y que morir. (Que morir es llenarse de ángeles y plumas, no de camelias y faisanes, no de flamencos.

Que es dormir).

13.- NIHILIDAD

De este modo poco probable se desprendían. Tímidas, cortas, en trayectoria parabólica en el instante de caer, para perderse en el profundo túnel de tiempo.

Horas. Y es que los objetos se disipan en el fracaso íntimo que es la corrosión de la memoria, esquemas básicos, fotocopias que se estudian a la luz de una lámpara negra.

Y sin fin, una tras una, yo pedía que murieran, no quería creer, deseaba no estar enfermo, que mi vida evacuada volviera toda, porque, esencialmente, ¿qué otra cosa podía esperar?

Interrumpía mi estudio. Luna llameante, el cielo se incendiaba de rojo y negro puro. Anaranjadas cortinas, púrpura tricolor. No quería sospechar que algo estuviera cediendo. Pero el mar, tal y como hoy lo vemos, no existía, quiero decir que el cielo y las horas no existían, no existía yo. Hubo un tiempo en que todo se retenía previamente a cesar. Reflexión, color, todo perduraba. Y ahí vivíais, antes de que yo, artífice de muerte, apareciera.

De ese modo murieron las cosas, primero abstractas, luego concretas, las laderas obtusas del atardecer, y los barrancos sin musgo, los cuévanos remotos en la profundidad de un eco. Yo moría. Moría yo, como acaban los desfiles en su distancia, con esa música, las palabras de la gente, al despedirse, y la soledad de la plaza que ahora queda vacía.

Brota amor en la promesa de una nueva vida. Por sorpresa se borra la chillona polarización y cobran los objetos cierta naturalidad lumínica.

Es sencillo esperar. Fáciles, las mañas para impedir las dificultades futuras.

Me recuesto. “Este sueño” me arroja a un confort olvidado, pero no desconocido.

Lo que fui, no creí que se pudiera recuperar; no sospeché que existiera conjura a ser un maldito.

COMO HOMBRE
NO PUEDO ESPERAR
(1994-1998)

RAZÓN DEL HOMBRE

COMO HOMBRE NO PUEDO ESPERAR

No puedo esperar a vivir en el silencio de las magnolias,
ni esperar a morir en el ruido de los bombardeos.
A mil kilómetros de aquí,
a diez mil,
cien mil
crecen esas flores rojas.
Espero.
Y no puedo esperar a dormir en las Tocatas de Sibelius
y este canon
dice que he de salir.
Hombre
es todo aquel que es sorprendido franqueando una puerta,
que es abatido por un misil,
volatilizado por una granada,
demediado por una mina,
hombre es todo aquel que con mirada serena
puede augurar que alguien cogerá un rifle
y dirá: ¿quién no hará caso de esta ley?
Ley del llanto:
sólido en el lagrimal,
se convierte en un nuevo vidrio.
Hombre es todo aquel que tras una ventana
mira y teme los desfiles.
Hombre es todo aquel que teme los gatillos
y el músculo hinchado que implica superioridad.
Lucha,
defiende
y no mata sino como último recurso.
Dice: a mil metros de aquí,
diez mil,
cien mil
crecen esas flores rojas,
como cisnes.

MANIFIESTO ANTIEMOTIVISTA

Hace falta tiempo.
Para hallar gemas
y luego colocarlas con toda delicadeza
en anillos.
Hace falta tiempo para que el césped,
los vasos desgastados por el uso,
el telescopio Hubble,
la órbita del cometa,
tú y yo
seamos convenientemente consolidados o corregidos.
Ansia de mejora.
No tengo nostalgia de la época de las viejas películas,
abjuro de toda pasada intensidad,
pero no me precipitaría.
Lo perfecto
pasa por contar los mil metros cúbicos
de esta piscina,
por revisar la colección de fotografías,
por pisar mil veces las mismas aceras,
conocer la ciudad.
Averiguo cosas:
que en el Rastro hay una vieja tienda
y como un gozo exclusivo
obtengo viejos muebles,
los sillones de la desolación,
los cuadros de la desolación,
las mesitas de teléfono de la decepción y la pena.
Pero un buen coleccionista...
Hace falta tiempo,
para calibrar los anticlímax de todas las comedias,
los viandantes harapientos junto a la palabra *FINE*.

EL HOMBRE SALE EN LA NOCHE PARA (...) 1

Se encuentra
con los noctámbulos y sus reinventiones de la noche.
Es un factor muerto,
como la mesa
(cubierta de vasos mediados y cervezas vacías).
El factor muerto lleno de deseos:
pezones que desafían el grosor de la espuma,
elásticos evidentes que presionan la nalga,
axilas rasuradas entrevistas desde atrás.
Y este ritmo.
El tambor metálico en la bóveda del cielo,
como el pulso (a cuyo compás se aman
otros) procedente de las sienes.
Bebe tequila,
sin estúpidos manierismos.
Vaso tras vaso,
acodado en la barra.
Se le acerca una chica.
(El top ceñido no oculta del todo
la tira del sostén, contiene a duras penas
las esferas mórbidas,
el cuello de cisne —del mármol trémulo
con que se hacen los cuerpos—,
los brazos,
las piernas desnudas bajo la falda de vuelo).
Pregunta la hora.
El hombre bebe tequila.
Es el factor muerto
(lleno de ansia).

EN VÍSPERA DE UN MADRID-BARCA

Los caballos de la noche,
cuyos relinchos hieren el aire de premura,
y los sueños
—o debería decir los sumideros por los que se evacua
(lentamente) la enfermedad.
La posición del hombre es por entero débil:
lucha contra sí,
por que los caballos de la noche no hieran sus oídos
y los sueños
no sean convulsos.
Sueños, enfermedad, noche y caballos debilitan la posición del hombre.
Por esa razón puede verse al hombre haciendo música
(en sótanos en los que a duras penas entra y sale el aire),
en que hombres y hombres, mujeres y mujeres, hombres y mujeres
se besan, palpan,
establecen plazos precisos para copular,
besarse, palparse.
En estos interludios el hombre sujeta con tres dedos el vaso
relleno de ron
y hielos
en los que se encuentran los elefantes y espectros de los publicistas,
las extensiones de nieve a las que volaremos por efecto del alcohol.
El hombre (sueño, enfermedad y noche)
amanece en Chick Corea con diamantes o notas,
porque el piano lo quiere.
Porque el piano lo quiere no hay caballos,
se ha conjurado todo mal.
Es posible salir al aire libre:
a la calle estremecida por el breve chaparrón,
dar un corto paseo
y tomar el taxi.
Transfigurado,
el hombre escucha en la radio el programa deportivo,
porque mañana el hombre amanece en un campo de deportes,

a la luz de los focos,
por la hipnosis del verde del terreno de juego,
que irradia esa apoteosis de lo roturado
que es el fútbol profesional,
donde sucede el milagro del caos en un *dribling*
que rompe la férrea defensa.
Y luego la explosión,
el júbilo que llega a los edificios colindantes de 20 plantas,
porque amanece,
y es imposible estar solo si gana el propio equipo
y luego en casa espera el disco de Chick Corea
(notas y diamantes)
la charla dulce en el lecho,
el encuentro en que estallan cohetes como bengalas
para hacer algo de claridad.
El orgasmo es la lámpara de la noche:
luz en tu espalda mojada por el sudor,
en el cuerpo relajado que reclama líquidos.
Agua con hielo que traes en una jarra, que compartimos.

Hombres solos
buscan el diccionario de latín en cada estantería,
la luctuosa sirena del acordeón del silencio.
Mujeres quietas,
tras el escritorio sobre el que el teléfono suena,
junto al monitor en el que se desliza el protector de pantalla.
Todos nos retratamos una y otra vez en la foto fija de la decepción.
Rellenos de arena
nos vaciamos en las aceras en obras,
nos esparcen a paladas por el suelo.
Inmaculada alma:
olemos al partirnos a la humedad volátil que llevamos dentro.
Salen gritos,
se electrifican callejas,
brota de las cloacas el puré o hedor del destino.
(Si te fueras,
yo me hundiría en mi cuarto,
saldría de cada nudo mi mano en garfio.
Pidiendo auxilio:
¿es que nadie —Vera Lynn— va a darme noticia de tu cuerpo?

EL HOMBRE SALE EN LA NOCHE PARA (...) 2

Dios nos visita frecuentemente;
la mayor parte de las veces no estamos en casa.
Sujetos con grapas a la pleitesía del deseo,
embarcados en el viaje subterráneo que da a otro lapso de tiempo.
Miramos las nubes,
el cielo almibarado previo
a las noches demasiado intensas
y buscamos un hombre, una mujer.
Alguien sentado en la barra con cosas en la cabeza.
Un ritmo para bailar,
con el vaso entre los dedos, al fin
con la mezcla de vodka y naranja demasiado caliente.
No buscamos el orín etílico en un wáter público.
No buscamos el taxi a las seis y pico y en Cibeles,
el búho refrigerado que avanza despacio por la calle Arenal.
Chicas vuelven,
las chaquetas sin cuadrar, y el carmín
juraría que ha desaparecido.
Todo está deshecho en la luz escasa de la madrugada,
porque imaginamos que la oscuridad es eterna,
el aire, fumigado de un naranja pernicioso procedente de las farolas.
Paso ante un *sex-shop*,
una joyería escondida tras un cierre metálico,
el aparcacoches de *Joy*, los *mercedes* y *bmw*s en doble fila.
Es cierto que esta hora carece de lógica.
La rutina del amor tiene estos picos reconocibles de pasión:
ya que la primera contemplación oblicua de unos pechos
que no se tendrán
empujan a usar la sintaxis.
Hablamos de cosas,
no de besarnos v lo que haremos después, sino
de estudios, sentimientos, la cosmética emocional demasiado sabida.

Días en que cuestionar la ley que nos hace morir tantas veces.
Y esta vigencia crítica que nos da el fulgor de un fósforo.
Sopla el viento.
Si pudiéramos, nos asiríamos a la esquina de un minuto,
justo para evitar extinguimos.
Todo acaba siendo cuestión de anclajes,
ideologías,
visillos que se corren y descorren contra la voluntad.
Si pudiéramos, nos ataríamos a los trazos de éter de un beso,
a las gasas circundantes de este confort.
Persianas metálicas
y cierres brutales que impactan a la hora en punto.
Puntualidad del dolor
y ciclo exacto de las extinciones.
De nada, ya lo sabréis, vale evocar la belleza del mundo.
Y sin embargo
este acto estéril de resistencia puede otorgar alguna paz.
En general para tener un sueño reparador basta con quererlo.

¿QUIÉN QUIERE SONAR CON LAS AVES MIGRATORIAS?

De algún lugar procede la música religiosa
que nos corta por el vientre,
con su finísimo diente de sierra.
Nada va a impedir que la languidez adolescente,
los cuerpos echados en la hierba,
para los que brilla el sol,
sean conmovidos por esta descarga eléctrica.
Ser joven provoca estas confusiones entre el cielo verde y el amor,
el mar rojo y el amor,
la tierra cobalto y la muerte.
Tener dinero es lo que nos coloca en nuestro centro,
pasar diez veces la banda de la tarjeta por el datáfono,
gastar un millón en una hora.
Anudar la corbata de la dignidad en nuestro cuello.
Sólo respetamos el uso indiscriminado de la fuerza,
a los chulos que se tienden en las pieles
de cebra sobre las que violan a sus putas.
Ahora me enamoro con la intensa melodía de un móvil,
la dodecafonía de los tonos multifrecuencia
con la que se compone a veces qué y para dónde,
como un vals de columpios con niño
y el balancín chirriante que agrieta la tierna nalga.
Pero la foto del colegial en el extremo del camino gris...
La foto de ese flaco niño al que atormentan los juegos de damas,
las tardes de parchís y chicles de fresa.
Lo que más añora es el amante velludo
que todavía no es, que acostumbra ensuciar toallas de semen.
Vive a la mujer como un divino infierno,
en el que se niega toda tentación de letanía.
Los cuernos amplían la extensión del valle.
¿Quién quiere soñar con las aves migratorias?
No hay nada más inalcanzable que un árbol,
no hay nada más inalcanzable que una piedra,
nada más intangible que una estación de ferrocarril.

Si aprendes a mirar no tendrás oído para los diálogos de los hombres,
siempre rebasarás imprudentemente el sentido,
te pasarás el día husmeando un porqué.

El hombre evoluciona según leyes astronómicas,
cree y violenta los oráculos,
guarda a las mujeres en armarios roperos,
quema sus casas.

Colecciona postales de *pin-ups*.

Maldito vaso de whisky que aviva mi fuego,
que impide que haya otro en mi sitio más que yo.

COMPOSICIÓN #01

Una vez que los amantes han muerto,
en esa suerte de eclipse de tiempo en que
los niños visten sus pijamas,
queda por completar las misiones atrasadas por el amor
—escribir un libro.

Queda por girar los rostros al compás del día,
con la filigrana ideal de corzos en el sotomonte —tal vez
Space oddity sonando en la radio, los viejos éxitos años 70—,
por soñar (¿simular una vida?).

Los edificios de cristal, diques ciclópeos contra el ansia,
en la ciudad vacía de sonido,
desde donde presumiblemente se difunden los haces
de microondas que hacen a los amantes viudos,
de que hablábamos, soportar el tiempo,
inspiran unas pocas líneas del excurso de la soledad
—el hombre, tan solo.

El hombre, tan solo, que llena la vivienda de símbolos,
analiza hasta la pulverización las metáforas de que es reo
por voluntad propia,
llega a arrancar el cable de teléfono,
para alimentarse únicamente de ondas hertzianas,
programas alemanes con temática sensacionalista y
obreros de la metalurgia del recién caído telón de acero
y pelo rubio cortado a capas.

El hombre podría llamarse Peter Handke.

La cuestión es: ¿está genuinamente triste?

No basta con derramar lágrimas:

éstas deben ser acompañadas de una herida interior,

tal vez deben trenzarse de elegías,

bordadas de oro sobre el lienzo blanco

en la mantelería en que servimos el café antes de morir.

Pero esta no es una perspectiva doliente.

La música nos dotó, casi en exceso, de fanfarrias,

la poesía de versos finales tan rotundos,

el cine de frases inmortales pronunciadas en el aeródromo
y la novela de últimos capítulos
en que decapitar a Milady —junto a un río— y
descubrir con horror el tímido pájaro huido que es el alma de Constanza
—envenenada.

Por suerte, los coches vuelven a recorrer la autopista a 150.
Las industrias arrancan de nuevo la cadena de montaje,
se produce a un ritmo adecuado,
sin crear *stockage* que arruine la economía,
la suerte de empacho del mundo real,
cebado de técnica.

Es posible remontarse a distancia de estratosfera:
el planeta sigue siendo ese gigante inmutado,
bello hasta el estremecimiento, el genuino dios.

TÉCNICA DE COLLAGE

La pluma negra,
cargada con la tinta de la elocuencia, escribe:
esto no es experiencia personal,
tampoco la anónima constatación de un deslumbramiento.
Poemas que pudieron ser abandonados;
primero de toda atención, luego materialmente,
hablan por sí solos,
con habilidad de orfebre,
de orbes, especies animales, rarezas astronómicas,
mediante enumeraciones espurias sin rigor de género.
Hablan de cajas plateadas, cepillos de pelo
de roedor, monedas portuguesas o coronas noruegas
fuera de circulación,
relacionadas con aquellos filmes de espías de los 60,
cuando James Coburn solía aparecer con jersey de cuello alto.
Zíngaros de la explanada,
hablan con la melodía de un violín atávico,
hecho para la idea de una cierta Europa (la Europa,
se aclara, oradada de obuses).
La motocicleta convive con el autillo.
Los túneles de metro, con la heroicidad dudable de Silvia Plath.
Y es el eterno regreso al tema de las suicidas,
al culto al lánguido hedor a jazmín de su aliento extinto,
ausente del color añil de la lengua recogido en fotografías
por los forenses.
Medición.
Cierta manía de estudio,
tasación, enumeración, etiquetado,
el lirismo torrefacto de los organismos públicos,
que se superpone incluso a las especies vegetales
y a los recuerdos.
Porque, en cierto modo, la realidad
se trama con la gasa de la memoria, con la filigrana
envejecida o bordado de hilo que se ensucia con el simple polvo.

El tiempo imita al betún de Judea, a la cera
en el listón leñoso, y al hollín en el ladrillo cerámico,
más que como condición del ser, como límite ontológico,
motivo de decepción.

En primer lugar socava lo estético,
lo hiere de equivalencia, y luego la geometría:
porque la duración aborrece a los polígonos y se ensaña con los prismas,
se empeña en esferizar o desintegrar,
escandalizada de aquello que hace enardecer a la vista
y a la inteligencia (por esa causa
además vaporiza la certeza).

El tiempo y los pájaros son constantes enemigos:
Insisten —los pájaros— en dar frescura a la intuición.
Piensa en la avenida nocturna en la que saltan
de golpe los aspersores, se refrescan los magnolios.
Amor y flores acaban por residir en libros y misivas,
secos tal que manos de momia y ligeros.
El néctar de todo acaba por ser drenado
para que esto (y señala) sea como hoja de tabaco,
materia foliada (textura gris).

UN ESCENARIO IDÍLICO (COMPUESTO DE TÓPICOS Y DE POSTALES)

El hombre feliz tiene el hábito de volar cometas
en extensiones desiertas,
playas ilimitadas al fondo de las cuales
se encuentran arrecifes.
Pasea a su perro,
lanza piedras al mar para que reboten en la cresta de las olas.
El infinito tiene relación con la banda blanca de los reactores
y es en la lejanía donde tienen lugar los prodigios
—frutas semianimales
que se estremecen al ser mordidas.
No es necesario insistir en la importancia de la brisa.
Las casas blancas,
punteadas del índigo de sus ventanas y puertas,
son la morada del hombre
que come tomates con sal, verduras,
asa el cabrito aderezado tan sólo con un hilo de aceite.
La mujer feliz tiende las sábanas limpias del matrimonio,
por la argolla dorada en su dedo anular
y otros motivos que tienen que ver con Mendelssohn.
¿Ninguno de ellos sabe lo que es escapar?
¿Escapar de qué o a dónde?
Bajo carpas improvisadas se celebró el banquete de boda,
en el que también los niños bebieron vino
y los ancianos volvieron a bailar aquel pasodoble.
El hombre feliz trata de olvidar el crimen involuntario que le hizo llegar a esta isla.

ERÓTICA

SÍNTESIS DE IMAGEN CLÍNICA Y LÍRICA
DE UN NAUFRAGIO CON VÍCTIMAS

Elga,
que en su juventud
fue una excelente nadadora,
acabará por ahogarse en el naufragio de su balandro.
Bucólicos *replays*.
El rubio ceniciento de su pelo en la ceremonia de entrega
de medallas y toda esa soledad
en el ralentizado salir del agua tras la victoria,
brazos en alto.
Y Hans,
el ingeniero de minas,
tenuemente enamorado de Elga,
en otro tiempo montañero,
también ahogado,
como un cachorro amoratado en un océano de pieles.
Imágenes submarinas:
los cuerpos se sumergen a velocidad de montacargas,
para dar vida a la fauna del arrecife de coral.
Sin dramas;
porque en el fondo de las aguas no hay *sinfónicos crescendos*,
sonar de trompas,
no hay golpe de platillos,
sino un leve adagio y un efervescer salino igual
a una estola de viento.
En realidad los cuerpos, melodramáticos peles,
sólo son glaciales si nos aproximamos lo preciso,
si los extraemos del agua,
trepanamos sus cráneos en la mesa de autopsias,
pesamos su hígado,
metemos los dedos enguantados por la boca para hallar restos de algo a medio tragar.

ELEGÍA: COSMIC GIRL

Fuiste un símbolo.
Todas las aceras pisadas por tus zapatos de plataforma,
la tela lisa donde el pliegue íntimo,
el halo de *eau de Lancôme* demasiado intenso,
la camiseta ajustada
que ninguno de nosotros habría dudado levantar.
Oigo la percusión excesiva en todos los garitos,
sorbo el poso caliente en el tubo de cerveza. Bailo.
Y recuerdo que en *Vórtice* —el libro de poemas—
siempre quedará aquella errata.
Que quedará una errata indeleble en cada
frase que te dije
(gritada al oído en este mismo sitio;
yo, acodado en la barra,
tú, de espaldas a ella).
Un líquido exudado por las paredes
del local ha cercado (definitivamente) el cartel de David Bowie,
la gira *Ziggy Stardust, Starman,*
Rise and Fall, aquellos temas,
un aire exhalado por ambos
aún flota en las bocas de Metro,
donde casi lo hacíamos, de camino al hotel,
flores imposibles sobre la colcha acrílica,
agua caliente e inodoro en cada habitación,
las paredes recién pintadas,
dices, el espejo idéntico al de tu cuarto.
He escuchado hoy veinte veces el tema de *Jamiroquai*,
de cuando en cuando me topo con el vídeo, el *Lotus*
sobre esas colinas al mando de *Jay Kay*.
Y he resistido,
provisto de dientes romos, inaptos para rasgar el telón
de realidad, carente de ánimo para romper este ciclo de serie B,
de horas parado frente a la pantalla del ordenador,
el grillete de platino forjado de llamadas telefónicas.

Me consuelo en Soria, de camping,
al silencio de la vaguada en el cañón del Río Lobo,
abrazado a un cuerpo que no es el tuyo,
aguardando un alba que no es la nuestra.
Luce tu estrella, la brisa
gélida entra por los huecos de las cremalleras.
Y temo la distancia existente hasta el sistema Sirio,
temo la velocidad de los días,
las estaciones completas de hipotecas por pagar, la mitad
del piso en Getafe regalado por mis suegros,
los libros colocados por orden alfabético
en la librería del salón, los compactos de salsa
en el mueble comprado en *Ikea*.
Y ahora en el coche,
esperando que el semáforo se ponga verde
puedo ver a una chica idéntica a ti,
aunque disfrazada de nuestra época,
justo como tú habrías procurado hacer.
Lleva hasta tu mismo pintalabios. Diría incluso
que eres tú, si no fuera porque me repito que llevas siete años muerta.

RETRATO DE MUJER CON BLUSA BLANCA

El cuerpo más deseado es el cuerpo oculto.
Tras la blusa
la medalla se caldea con la caricia del pecho.
Piel oscura,
la seda conserva su presteza al roce.
Cada suelo, mar, cielo, qué sé yo, cosa
concuera en color y forma.
El aire se mantiene.
Hay una atmósfera especiada alrededor de cada músculo.
De soñar, soñaría contigo.
Abro un libro al azar. Leo:
“De soñar, soñaría contigo”. Otro:
“En cambio, que el ser soporte sus determinaciones no es únicamente
razón de esencia”.
Te deseo.
De soñar, soñaría contigo.

MANIFIESTO ANTILÍRICO

Y ahora que me siento aquí,
con un vaso de refresco
(en una sima o en la cima del mundo)
sobre el posavasos con forma de aguacate, de madera,
ahora que tomo el bolígrafo
y oigo a Duran Duran,
observo el anuncio a página completa de *Hugo Boss*,
don't imitate, innovate,
descubro que la verdadera lírica (oh, Arquíloco de Paros)
está refugiada en los eslóganes publicitarios,
en las señales de tráfico,
en las envolturas de dulces,
en las publicaciones femeninas.
Veo que los niños mueven los labios, sin sonido,
a propósito de musicales ripios,
de frases inconexas,
los automóviles del sueño se pierden por llanuras infinitas,
perspectiva caballera,
dos puntos de fuga,
que reproduzco con mi ojo de pez.
Los octaedros o diamantes en el volcánico paisaje,
un camarero que vuela con una capa blanca o mantel,
y una niña negra con tutú,
cien fotografías señalizadas de la misma virgen sonriente
y yo, consumidor.
Este bolígrafo incorpora las últimas tecnologías
y ahora que me siento aquí,
con un vaso de refresco —no diré marcas—
que sabe a cerezas y azúcar,
no cometeré la perversión de pensar.

Nada podrá matarlos.
No, la rosa lanzada suave a la cara
de fulgor cárdeno, espeso perfume
luctuoso de las emociones a la postre fúnebres,
ni la lenta, lenta música que les hace más tristes y felices,
amargos degustadores de lacónicos mensajes.
La gota golpea en el plato de la ducha, toda tiempo,
metrónomo de la espera y latido oculto de las cañerías agraces.
Allí, en esa debilidad inocultable del raptó místico,
podría cometerse su homicidio, pero ni eso,
ni los titulares de gacetilla vecinal pueden extinguir-
los, la lumbre suya ardida al blanco. Fijos,
así, en el instante perfecto,
en que el símil de epifanía puede malnombrarse gozo,
los amantes sazonan con su flujo aromático, quedan
retratados, filmes, sepia espíritu de enseres olvidados,
huéspedes de plegarias.
Nada podrá matarlos.
No el desafío o afán de llegar a algo,
ni el amor.

RAREZAS DE LO COTIDIANO

Y es que en esencia,
cuando estudiamos lo habitual hasta ese punto de vaporización
del sentido descubrimos
un exotismo sobrenatural.
Desde dónde cantan las divas del soul
y qué corazón de nata batida no habita en su trémulo escote.
Carol, no es necesario que llueva
para paladear esta inocua tristeza
(¿de niños solitarios de vuelta a casa,
de coches de reparto a la hora en que se hacen visibles las luces eléctricas?),
no es indispensable el sol para la alegría de corchetes liberados,
el júbilo de piel cálida suelta de la ropa
(que cae a los lados de la cama).
Precisamente,
este edén infravalorado de ocio
que es irse de compras sin otro propósito
que comprar sitúa al hombre en un tópico de gloria:
cantan ángeles eclipsados por el hilo musical
y es sábado y es tan fácil besarse.

UN POEMA QUE NO PUEDO ELIMINAR
(A PESAR DE LA HASTIANTE PRIMERA PERSONA)

De las crónicas de lo perdido —a cuya fértil
cabalgadura han desenhebrado mis lágrimas su cabellera—
queda un canto.
El prolongado berrido del ciervo encelado preso en la gaita.
Elegías,
con cuyo *armagnac* destilado me he sumergido en cogorzas o versos,
en libros plenos de lo que —por siempre—
añoraré, como si lo presente no bastara.
El llanto,
de melancólico contenido,
implica toda una celebración de lo vigente: mi mujer, junto a mí,
en la terraza sobre la ciudad vespertina engarzada de farolas,
en la que crecen antenas y torres de comunicación
desde las que avistamos mundos.
El mensaje,
es fácil verlo, no puede ser más sencillo:
todo lo tenido,
como monedas que cayeron a un pozo artesiano,
y el ahora,
con cierta ortogonalidad ciclópea, conato
que apenas con labios trémulos puedo referir.
Tengo, es cierto, cada día la oportunidad de redimirme en la materia,
cuyos ilimitados diseños debo alumbrar en múltiples pesquisas.
Pensar debe ser más grande que conectar causas.
Vivir debe ser más grande que recordar.

Hechos que se acumulan:
y sin el tímido poder de olvidarlos.
El hombre abandonado en la autopista
en la noche de la lluvia de estrellas.
Verás;
junto al espejo de la cómoda

hay un sobre donde se acredita una vida.
Hechos que se acumulan,
que en realidad caben en una hoja.
El pliego único
donde se graban rubias maquilladas,
tardes frente al poniente,
finales de día por los que viajar en taxi.
Ahí tú.
Y las imágenes minerales con que te describe.
El resto está escrito con una especial tinta roja.

UNO SE OBSESIONA CON LA LUZ CUANDO ESTÁ CIEGO

Sé que todo el mundo está esperando que hable de la luz.
Si alguien me escucha, está esperando que hable de la luz.
Yo quisiera hablar de la luz.
Incluso estuve unos años queriendo hablar de la luz.
Me ponía al sol.
Creía que por osmosis el sol
se convertiría en palabras.
Me concentraba en los haces polvorientos procedentes de las persianas.
Quería estudiar los faros y las bombillas,
el rastro de imagen —la última— que queda al apagarse
en el televisor cuando hay un corte eléctrico,
las lámparas con pantalla de tripa
al lado de las cuales nos anuncian una muerte.
De mí dijo una persona que era muy triste.
Qué chico tan triste, dijo.
Concedí que lo había sido innecesariamente.
Escribí que era triste por la cuestión de las endorfinas,
insistí luego en la causa de la ansiedad,
me convencí de que no tenía verdaderos amigos.
Prometo que quería oírme a mí mismo hablar de la luz.
Crear en las pinceladas diminutas de violetas sobre fondo de líquenes.
En cierto modo sabía que la luz
era una de esas pinceladas diminutas de rojo sobre fondo de hiedra.
Yo, en realidad,
quería quebrar las cosas.
Decir algo simpático, mordaz, oír
y esperar a que luciera.
La luz.
Porque sospechaba que la luz le sorprende a uno de tertulia, en un café;
en la vez que copula como un pasatiempo.
Ahí,
cuando uno se rompe de placer,
en el único momento en que es por completo libre.
Sospecho que sí,

que eso es la luz.
El olor intenso que brota de un horno pastelero,
esa materia sutil de la que están hechos los caprichos.
Yo soy tan idiota
que soy capaz de pasar todo un día sin hacer nada.
A veces estoy tan dolido
que soy capaz de pasar todo un día sin desear nada.
Deseo hacer el amor.
Contigo.
Por mi adicción a la luz.

APUNTES ADICIONALES

La armonía de todo depende de las cosas que pesan poco,
de una micronesia de detalles sin importancia.
La volátil belleza transformada por los siglos en antigüedad,
miembro del panteón de lo impregnante.
Ideólogos u orfebres fabrican los barrocos broches de aire.
Y el viento
es ese obstinado Abaddón para lo intrincado.
En realidad, lo único duradero es la brutalidad de la piedra,
la rocosa permanencia de los prejuicios.
Vigencia de los nacionalismos y sus supercherías folclóricas.

COMPOSICIÓN #02

Tallado a escala de hombre,
1:1 humanidad, mas sin alma, para la quema.
(Elizabeth, querida,
ten la cofia en la mano mientras me desnudo).
Y es que frecuentemente este mundo defectuoso,
con árboles secos,
caminos muertos,
postes de teléfono de otra época
y chicas maquilladas, 22 Margareth Astor,
rimmel, carmín, el lento beso que sabe
a Ponche Caballero y Cacaolat,
mientras Apollo Four Forty, Electro Glide in Blue,
luego Oasis
y el largo amanecer sobre el puente de Praga.
Huele a detritus.
Mas la belleza esplende en el estercolero,
pasan coches,
y este estruendo madrileño es como un verdadero silencio.
Te amo, amor,
con la fijeza de un cierre de velcro,
el tacto correoso del remache en la tela vaquera,
con mi boca y mi cuerpo,
justo antes de saber que estoy vivo para saber,
para esta diacronía de vértigo (días),
para la quema.

¿DÓNDE FUERON LOS PÁJAROS?

Pues la noche,
lacada del oscuro marengo en que se ofician
los sueños agitados, las bocas sedientas
por la pesada digestión, sólo está poblada de lacónicos taxistas.
Unos labios pronuncian: “no te olvidaré”.
Las esquinas son lugares en que las parejas se separan:
en que cada par de amantes cambia su vida por algo inferior.
Desde aquí la calle parece inacabable,
un prodigio de perspectiva caballera cuando los pasos
resuenan en la bóveda de la noche
—los satélites, meros puntos, dividen en dos el cielo.
Todo va a peor.
La ciudad sin pájaros,
la amante sin amado,
las horas tiemblan como niñas privadas de flores,
aúllan como perros desnutridos.
Sabemos que un soplo derrumbaría el andamiaje del mundo,
así que mejor no respirar.
Sin embargo,
esta pasión contenida, ese pecho dolido de la amante
abandonada, ¿cómo no lo destrozará todo?
El mundo nos apacigua con silencio;
la noche, con alpaca lunar crespada en el asfalto húmedo.
Se escucha un trino:
y es que el horizonte se incendia de azules.

La realidad,
tal corcho amargo para tal cariada dentición,
gotea entes.
(Cápsulas de la verdad,
mentiras pavorosas).
La realidad flexible.
Pide viajes
y volverás a tu sitio.
Será mejor que abras los ojos.
El tiempo, la permanencia
en un tiempo, esa
decisión de vago,
es el único modo de engranarse al hecho.

Este espacio de sentido es como ese mar de plata:
barcos planean en el fondo de la retina o impresionan
los conos con los que he de verte.

Tú dirás:

“con los que he de verte en fotografía”.

Dan ganas, la verdad, al oír eso, de deshacerlo todo:
el espacio de sentido,
este mar de plata,
y los barcos ínfimos
que desafían al sol en el crepúsculo.

Estar quieto,
al espacio abierto de la ciudad tranquila.
Para ajustar el paso de las horas o tomar
cada minuto como un leve canapé de aroma.
Estar presto,
la tensión de los músculos indica alerta.
Y hay un fuego:
el del ocaso sobre los edificios acristalados de nubes.
Ese incendio.
Ese incendio crepuscular que acusa
la incertidumbre.
“¿Tanto dura la noche?”, temo y digo,
“¿o es que es eterna?”.

TRANSCRIPCIÓN DIRECTA

Vamos a estrellar el cielo de luceros,
enlosar este túnel de metal,
a golpear.
Vamos a golpear muy fuerte esta roca dura,
a secuenciar el ansia con guitarras eléctricas.
El sueño y sus trapecios, sus pianolas,
tiene la calentura del horno,
el primer rechazo inconsciente a la azúcar o almizcle.
Los ojos sellados con silicona
y los pies sólidos con el cemento
en el caleidoscópico ocaso al borde de la marisma:
agua azul cobalto,
consistencia plastificada de los arbustos lejanos,
néctar insufrible,
la boca pastosa.
Estrellemos el cielo de luceros,
tomemos con la papila carnal las gotas de resina,
coleccionemos polen,
restos macerados de pétalos húmedos.
No hacemos más que añorar
cada filme maestro por primera vez visto.
Creímos.
Es difícil sostenerse ahora porque creímos.
Plenitud de fiesta incluso en cada lunes.

MARCO DE POSIBILIDAD DE UN EXPERIMENTO

Puede habitarse en la boca de una mujer muerta.

Puede botarse el velero que nos une al dolor.

Se puede volar por encima y por debajo de las ruinas.

Puede que yo esté dentro y fuera del fuego.

Puede combustionar una célula filomarxista.

Puede amarrarse una cometa con besos.

Y se puede escalar.

Puesto que estos pasos se llevan a cabo, y en este orden, ha de lograrse que el grillo transforme en monje o persona pero sin ojos.

MARINA

Tener el cuerpo esmaltado de conchas:
oler este viento submarino,
que trae hipocampos como ingrátidos jazmines,
como silindas saladas con aroma de percebe.
Y asentarse.
Pronto estar por completo cubierto de coral,
bajo el poso entre calizo y etéreo del recuerdo.

Viejos libros
y ese mismo polvo obtura los sueños.
Duermo en esta esfera Pascal, Spinoza,
paso a esta estancia tras Wim Mertens.
Minimal certeza.
Grito minimal certeza.
Pozo, minimal certeza.
Al fondo de este túnel chapotean.
Soy yo.
Con el mismo gesto fiero de Staffordshire Terrier.
Con los mismos dientes hundidos en su mismo pecho
y digo al descansar que la quiero.
Que la quiero a ella más que al azar,
que pudiera llevarme al éxito definitivo.
La quiero más que al éxito definitivo.
Viejos libros
y ese mismo polvo obtura mis sueños...

La pasión se hace respetable cuando se convierte en furia.
Edificios envueltos en llamas
hacen que ame el hongo alveolar que purifica.
Tirar paredes,
no tener empacho de usar tropos modernistas,
recurrir a la épica.
Tened miedo:
resulta impredecible el efecto de la onda expansiva
del léxico.
Cuerpo del prejuicio,
debe estallar como un globo de helio,
con la primera saeta en forma de metáfora.
Secuencias celestes se mezclan con perspectivas urbanas,
aire con cieno,
soma convulsa en que se fraguan mixturas de sangre y linfa
para que todo explote.
La llanura arrasada, pero no para el futurible óptimo,
sino porque yo
odio.

MUESTRA CREACIONISTA DOS
(1989-1998)

No tengo pechos a los que asirme, lenguas
a que colgar mis pensamientos.
Comprende que esté tan perdido.
Extraviado de mi infancia vagamente circulo
de mis obligaciones a mis arriesgados desasimientos.
Acostumbradamente por vía oral
demasiado he comido hostias de salvación nunca admisibles.

Ya no tuvimos más aurora que palpar
con los dedos fríos.
Tanto perdura en nosotros como quemados
cohetes un ansia estival con que quisimos ahuyentar
el invierno.

No la síntesis que todo lo anuda,
sino el fervor que late de oxígeno puro,
aturde y emociona,
en una colección de objetos que son claves.

No sé resucitar y de persona me traduzco a ceros,
pero sigo aparentando alivio o porque acaso,
porque este "acaso" es el conflicto de los seres muertos.

Si por un equívoco pronto estaremos vencidos
por qué no atajar la espera expeditivamente,
no huir o complacerse en abismos —escribir
another waste land/

Phlebas, fenicio, de rictus carcomido por los peces—.
Si por una estúpida margarita o perro bóxer
pronto estaremos condenados o perdidos;
si por un detalle o muestra mal oculta,
por qué no criar alas o desarrollar placeres
inequívocamente prohibidos;
por qué, amigo, no volar como dices que sueñas,
brindar con copas galantes por tu absolución.
Por qué, en cambio, siempre y en dirección
al destino, ser materia afín al sumidero.

Ya no más traidores en cuclillas,
no querrán tus sentimientos, Isabella,
y al cabo un mar sorprendido entre dos montañas blancas,
algo así como el milagro del crepúsculo,
mas si no has visto jamás los ojos
de los operarios empleados del Metro
que trabajan cuando y donde
aún hay servicio y junto a los raíles, cerca,
aunque es muy posible que nadie
haya visto o nadie haya oído —especulo—
al tren agazapado en el estruendo de las perforadoras
y demasiado cerca, inminentemente,
grande cuando hombres sin prevención,
que trabajan,

cuando la muerte esa gran indiferencia
del ser
constatada sólo y a causa de una indagación
fría y perspicaz de los párpados y de la mandíbula
delatora/desprendida,
y quién me dijiste que de cáncer, carcinoma o colon,
quién de guerras y donde el golfo
pérsico de la gran congratulación,
esa paz como añoranza póstuma
en otras bocas.

Supuestamente todos los versos recuperados en una gran alegría de revelación (¿y fingimiento?), supongo que tú dirás —consiento— en boca ajena qué bella o buena mujer de calceta y hábito de virgen o de sepulturera de sus alegrías, porque ahora —puesto a ello— y yendo ausente, triste y vagando todas las fotografías de tu pensamiento, que apenas comprendes y ves lo cierto, supuestamente, que incorrectamente han hurgado tus nalgas, y no jamás las juderías imaginadas de tu falsa comprensión de los libros de Historia.

*Y algo más que la admiraré, señorita,
disculpe, a su mamá de usted la admiro mucho también,
aunque, usted —dulce, oh, desconcierto— me comprenderá,
(corrijo), siempre amar es más conveniente.*

Si te busco son o reconquista
si te busco rosa o lunanueva
si te busco sombra haz o doble filo
 recompénsame
reconviérteme búho loca o sobre tiza
 enharíname
que vez en vez y comúnmente
vuelvo a contestarte que tanto o más y que no.
Está visto.

Dudable preceptor de mis misiones alejandro
estimada muerte del género puerco
rápida voz que despierta y pronuncia
irguiéndose:

lo sé en absoluto
y lo sé de forma torcida
confieso.

Y esa *nostalgia* que respeta la mudanza de color,
y ese presente que respeta las traídas,
las arrebatadas y las concedidas,
ese ánimo que promueve y confiere,
y que inestimablemente simplifica,
esa arrebatada solución que respeta las aptitudes
de colaboracionista o de sabio,
y esa rabia que desborda y que me impulsa
—a pesar mío— a matar y a descuartizar
y desposeer de probetas,
esa impresionante —disculparás— tracción a las cuatro ruedas
de nuestro automóvil.

Yo ya estoy vendido
yo ya estoy vendido mil tristezas
yo ya estoy cerrado tres paredes
y no soy
libre sólo un hueco para irme
libre sólo un hueco para muerto
volver a resucitar.

Nunca del todo me sacia agosto la textura
nunca del todo mayo
o no del todo junio
nunca del todo muerte y resucito
casi del alma roto y resucito
pero quizás inservible.

Por qué todo negarse un cielo subterfugio:
como título.
Como letra:
por qué todo negarse un alma. Y una flor
de vida como reseña.
Vamos, abrázame.

Cualquiera puede o no espera
ser símbolo de qué
un borrador
un alcanfor con pelos y pelusas adheridos
un ámame con tiza
o una espera —se piensa— desenlace.
DEFINITIVAMENTE.

Me he reencontrado grande, abismo
pesar sin púas
y sólo te puedo ver tan desde lejos
y tan desde cerca temo
que ahora sé que no podré ciego recuperar.

Supongo que habrás comprobado que en el martirio
que en la pasión
que en la mirada de una mujer
y en la mirada de un enfermo
tantas veces la Soledad.

*Tanto porque estoy dolido me preguntáis
o porque estoy curado y los lagartos
sucios que en mi vientre me sobreviven.
Tanto porque estoy sin ojos me preguntáis
o porque en mi boca la ruina sabe a esplendor
y lejos, detrás de mí la luz de un imperio.*

No es la noche la que nos guarda inquietos
sino el lecho tibio
y no la fría luz de las farolas
sino una paranoia de espejos o la casa a oscuras,
víctimas frontales de los ojos del gato.

*Tenemos los sueños guardados como celadas de la conciencia,
por lo que el armario abierto que contiene la fantasmal camisa,
la incertidumbre de una franqueable puerta
y ese aire atómico y browniano de la noche, que espera la aparición.*

*Por qué no tener súplicas estériles de santa aureola
o de hígado al 40 % de tejido bruto
o de eterna recapitulación.*

*Amigo dime por qué
injustamente insultar a las parejas
del nocturno teleconcurso cuando vamos
sentados en la calma del sillón hacia la noche y cae la helada.
Vienes.*

Es el placer de tirar con honda,
de dormir con sueño de tres vidas,
y por qué otro sino el amanecer o la consciencia
cómoda y briaga de los gozos incumplidos y de los —además— presentes.
Es el placer de tirar con honda.

Pido el jarabe macilento de las confesiones
cuya goma y rastro indeleble.
E inspiro.
Pido el jarabe macilento de las confesiones.
Y en tus cabellos negros
y me doy de rodillas en sierras
y me retuerzo de dolor
pero es algo cretino mi sufrimiento.
Pido el jarabe macilento de las confesiones.
E inspiro.

Mas cómo saber que el roto
o que la costurera,
cómo saber que el rostro y la caída,
cómo impedirte que voces
dañinas, dentro de tu cabeza, paranoico.

El fino hilo de los violines también corta gargantas.
No sólo cuernos que crecen donde había ojos.

LA IMPOSIBLE RESPUESTA

Las dunas en que son palmeras
la confirmación de los vientos
las ruinas en que son sillones
la aparición de la espuma
y los cercos en que son sulfatos

Porque compartimos estancias distintas
que se juntan se conjugan se reúnen
y plantean una intensa interrogación.
La imposible respuesta.

Haz, si quieres,
filetes con mi corazón.
Trínchalos y sírvelos tibios.
Yo mismo me los comeré.

Los jóvenes escritores

que aún no han conseguido una buena línea
piensan como sibilas sin cierta precognición.

Los cantantes de medio tono

que al forzar desafinan
sienten como felpudos descosidos.

Yo siento como una tricotosa:
nunca acabo de tejer todos los hilos.

¿Cuál es la proporción del mal? o
un libro más directo que un tiro en la boca
o un verso más hondó que una ola abierta al borde de romper.
Así eres lanzado:
contra riscos en asta o bultos con perfiles de mujer.
Así eres recibido:
con abrazos efusivos y golpes en la espalda.
La evolución y el grito aplazaste
porque para más tarde ya haría dos horas de la muerte
y alguien te estaría buscando.
Por eso —aseguran— te escondes,
alargas la conversación,
sujetas con dedos tensos el vaso y olvidas vaciarlo.

Darle sección, seccionarme
y no la aorta sino el respiro
—ese que tomo para no estallar.

Me dices que darle sección a mi alma imaginaria me beneficiaría.
Me dices que darle sección a mi cuerpo material me estabilizaría.

Estable y beneficiado te escucho.
Cuentas que esa proporción del mal en nuestras vidas
es como una proporción de bien dispersa en el mundo.
Y yo creo que riscos y mujeres, olas nos conmueven,
hacen que atragantarse sea digno.
Hacen que morir sea lento.
Hacen que besar sea eterno.

Pinta lo real con trazo firme, traza
círculos y regiones convexas,
aleaciones de círculos, elipses, cónicas
perfectas y discontinuidades
y di que es real.
Di: lo real (real) es que su olvido
(el olvido de lo real —real—)
da paso a la belleza,
es decir, a lo real (ficticio).
Pinta lo real.

Estar hecho de carcomas
y de plazos concluidos
hace que serrín recojas del suelo.
Hace que un temblor nervioso
te impida pensar.
Pienso en el chirrido
de mandíbula pequeña y madera
que se deshace.
Lo oigo.
Oigo además que estar lleno de carcoma
es tener los días contados.
Pero qué si los plazos
están concluidos.

Somos mis amigos y yo en la piscina
hace mucho tiempo.
Chicas recién hechas en bikini
y jóvenes musculosos se cortejan.
Los demás miran o juegan.
Pasan bajo el agua con los ojos muy abiertos.
Parece, sí, que el mundo
emerge imparablemente.
Que se prometen días
y no toda esta *soledad*.

Tensión.

Frases acabadas en axiomas-límite,
tu cuerpo aterido junto a la piscina sola.

Tensión que deriva en reposo.

Todo aflojado:

barcarolas que suenan y flotan en la deriva ideográfica,
meras bagatelas.

Soy frío.
Frío como los perros congelados de los campos sin fruto.
Frío como una lluvia sin verdor.
Y soy caliente.
A veces:
cuando te beso.

Bordan los hilos voces, bordan
signos.
Bordan silencios.
Y yo voy si tú despides malvas,
si despides voces, hilos, signos.
Si despides luces.

Bordas signos.

EL POETA SE VALE DE IMÁGENES MARITIMAS

Voy a la deriva sin pilotar un especial balandro
tras haber dejado el comando de una corriente goleta
gusto los vientos
pero no hay más por saborear que las raídas velas
el timón destartado
cabos inútiles que han perdido su tensión prístina
ahora tendré que hablar del mar
antes tendría que hablar del río
sucesos cruciales dan justificación a mi azaroso hado
las nubes

sonámbulos huéspedes indiscernibles
como esos estados que se comprenden
meses después de haberlos sufrido
están ahí siempre
quizá más últimamente como una semiesfera muda
carga que va de sien a sien o simboliza un azorador recuerdo
queda un anestésico rastro
en la noche sufro estas molestas presencias
bien dos días seguidos en popa
simultáneamente a sentarse de tal modo o dejarse
guiar por una desaconsejable dirección de pensamientos
bien una tarde a babor tras rescatar los ácidos peces

el ansia coloniza irrespetuosamente los instantes
explota sin lucro todas las riquezas
ahora creo que siempre he sido pobre
pobre cuando tuve ese inflado velamen
hinchado de deseos que no se repiten en mi memoria íntegros
tal como si no hubieran existido
pobre cuando fui el primer amante
ya rota la indefinible espesura de sargazos
tropicales sitios
sorprende que agrade todo el sudor corriendo
por la espalda
después tumbado en el lecho benéfico
son casi bellas las frases que se pronuncian
por eso digo que ahora-ya-siempre he sido pobre
aunque supongo que aflige esta luz de candelas
claridad que más se asemeja a la bruma
es este naufragio de vacío, el mar abierto
e inconcebiblemente lejos todas las estrellas
con el consuelo único del próximo Hesperus
borrón circular que divisó con el catalejo
y claro,
que creo que me engaña la perfección del mecanismo
el sistemático invento de mi percepción cósmica

un orden del que destacaría la curva estadística
que me sumerge en terreno de la perdición
la ausencia de islas —no digo ya continentes—
simples amarraderos
urde la sospecha de estar cometiendo un error prodigioso
enhebrar de un solo intento la aguja invisible
acertar una combinación de 51 dígitos
estrictamente morir tras haber vivido.

INICIA EL POETA UNA BREVE NOVELA

La muerte.
Como si fuéramos morfologías de orbital
cuántico, nos disipáramos
pasando de la esfera a la hélice
en breve tránsito por la interrupción o nada.

Gente nos contempla:
en torno a la cama postrera que suplanta al mundo
a la gran distancia de los dolores que no se pueden compartir.

Y LA CONTINÚA

Capítulo dos, la muerte,
como tantas veces, deja bien claro
que esa pincelada fina de las chicas en bikini
que siempre hay en sus labios
nos garantiza el contagio de una plaga arrebatadora;
la muerte, capítulo dos,
como tantas veces, deja bien claro
que el retoque fosforescente de las postales desvaídas
nos incluye en la lista de obvios desaparecidos,
inocentes destinatarios;
capítulo dos, la muerte
apaga la luz profunda en las angostas pupilas
y quizá por una razón no tan seria:
el azar que nos guía a las latas adulteradas

de magro de cerdo.

CÚPULA

Cualquiera,
cualquiera de los movimientos de mi cuerpo
y las ideas de mi mente,
los deseos de mi pecho
y las quejas de mi boca,
cualquiera
es más pequeña y no se afirma.
Sin embrago, qué sedación,
qué falta de abajo-arriba,
diestra-siniestra, de magnitudes.
Una cúpula.

DOMINGO

Mi corazón terrible
—que almacena terribles deseos—,
mis manos terribles
que escriben con sangre sobre las paredes.
Las mujeres con perro
y los niños en los parques tan recientes
que trastabillan.
Tu corazón terrible
enlucido de bellos sentimientos
cuando atruena aclarativamente el tren en los túneles del Metro.
Tus manos terribles

que sirven para hacer caricias.
Inventario, diremos,
el que completo cada tarde de domingo
cuando los programas deportivos y de variedades suenan a todas horas.

UNA NUEVA SERIE

*HOY, EN EL DÍA EN QUE ERES YA, Y DEFINITIVAMENTE, UN 0, PERO EN QUE TAMPOCO IMPORTA
QUE SE APAGUEN LAS LUCES Y YO DEJE DE SOÑAR*

Blandamente
como con zarpas de tigre y aroma
de celinda
se me acerca la insatisfacción,
en el reverso (emocional y emocionado) de los cuartetos.

*EN ESTA OSCURIDAD TAMBIÉN HAY PERMANENCIA Y ANUNCIOS, NOTAS QUE DEJAN EN
POLÉMICOS SOBRES CLAVADOS EN LA PARED POR UNA DAGA Y LA SERENIDAD DE MIRNA LOY
JUNTO AL HOMBRE DELGADO*

Juntos estamos dormidos
y distantes despiertos
con un eco remoto de en carne viva
corazón y labios.

*UNA INSCRIPCIÓN NO ESTUDIADA DEL SUMERIO TOTH Y ESAS CHOCOLATINAS USADAS DE
ENVOLTURA MUCILAGINOSA QUE LOS INDIGENTES A VECES COMEN*

Vuelve la misma realidad
con un ciclo de carrete oxidado
y ojos obsesivos,
confusión
de ver lo mismo repetido dos veces
y no sólo por estar de veras loco.

ESE ESPÍRITU DE ALPINISTA POR LAS TARDES SOLAS

Fría gama.
Azul sobre violeta
de modo que no se distingue la división.
Igual que mis días
azules y violetas, difíciles de distinguir entre sí,
difíciles de superar, forman mi gama fría.

SEXUALMENTE, UNA ANTINOMIA

Asignar a cada hombre su tortura,
asignar a cada madre su desidia
y arrancarse las marcas.
Casi a la piel pegada
arrancarte la ropa.
Y así piel nuda, cálida que dilata el deseo,
lo transforma en proceso,
raudo descenso por un gran tobogán,
complicarse en caricias, en suspiros
y en empellones.
¿Estar aquí sin ti pero aquí contigo?
Desear irse, pero aún permanecer.
Asignar a cada objeto su etiqueta,
aplicar a cada hecho su sutura
y arrancarse las marcas.
Sí, con sangre.

*UN AMANECER FAUVISTA EN QUE CIELO VERDE Y SUELO CLAN, CON PERFILES MAGENTA,
DEBILITA A UNOS NIÑOS*

Dura el nombre en la boca lo que un suspiro
débil y casi inaudible,
como el crujido -cric- de una fina rama,
como el sabor agraz de una lengua enferma
siempre que en voz alta y clara te refiero
porque todo lo suprimiste.

TURBULENCIA
(2006-2008)

NOTICIA DE UNA ÉPOCA

Todo un movimiento musical empezó en un garaje, en una casa de un barrio residencial y seguidamente tras una poderosa campaña en los medios todos llevaban aquellas cintas para la frente que usaban justo antes sólo los tenistas. Lo mismo pasó con los monopatines.

Tal vez era el peculiar grano del sistema SECAM con el que se rodaban las *sit-com* y en la que se inspiraron teleseries posteriores. Con temática policíaca. En ellas existía un ambiente postnuclear, con gente agotada que se amaba sin esperanza, con cuerpos imperfectos, o que acusaban el paso de los años en una aspiración de realidad.

Ese grano, esa desesperanza podrían parecer más reales que el desenfado o los chistes enlatados, o los vaivenes cómicos —el clímax y el anticlímax turnándose para crear el falso sentimiento de incertidumbre que es certeza de que todo saldrá bien. La chica se abrazará al chico y acabarán besándose.

Pero no eran así las cosas. Había rostros desesperados o cansados de personajes que simulaban portar el peso del mundo y era sobre nuestros frágiles hombros de espectadores sobre los que pesaba el peso del mundo, aplastándonos, en un territorio sin escapes, ni siquiera como el sol que luce en *Blade Runner* en la última escena. Cuando fuimos a verla (*Blade Runner*) supimos en ese final que había demasiadas cosas mal para ser felices.

Eso nos pasó el resto de la década: teníamos esa acrílica sensación de falso paraíso asociado a la sombra de ojos azul o verde o al lápiz de labios con brillo. Demasiados jerseys oscuros y ceñidos y faldas tableadas en mujeres maduras, los tacones masivos en los zapatos de punta cuadrada.

Por ese motivo la derrota era algo con lo que se contaba de antemano.
El hombre (en general) no triunfaría.

Y aun así, ahí estábamos todos, incluso en un país de tinieblas como España. Donde la bruma que caracteriza todos los recuerdos de esa época, la constante inercial, sólo dejaba ver por debajo las pantorrillas uniformadas de las fuerzas del orden y la subnormal afición al gas butano.

País tóxico,
calles nevadas y tejidos electrostáticos hermanados con el vinilo.
Pero la permanencia, ese misterio, ese don, que corresponde a quien es menos sensible a los ataques implacables del arte y la metafísica, impulsaba a seguir en un tiempo futuro cuya existencia dábamos por imposible.
Idénticos a vampiros hemos desafiado a la muerte y seguramente sepamos que estamos usurpando una existencia y un impulso vital que no merecemos y que tampoco acaso tengamos.
No obstante, aquí estamos,
desesperados y cansados,
con el peso del mundo sobre los hombros como
en premonición nos indicaban aquellas teleseries,
vivos y amándonos con desesperanza, con ese cerco de ojeras
que simboliza un esencial descreimiento de ser.
O tal vez hemos quedado atrapados en aquellas metáforas
y baste con deshacerse del falso desasosiego y mirar, ya sin cristal,
y sin proyectos, hacia delante, y sobre con disfrutar de un tiempo,
no sólo en lo meteorológico, más propicio.

MADERA HÚMEDA

Eran los animales con gran decepción los que gritaban,
entre las cuñas del valle, hasta el lugar donde se despega el forro
que hace las veces de cielo, y que es el cielo.
Se revelaban los objetos como receptáculos de lo vivo y
pretexto de los amantes que miran con esa llama donada que todo lo anima.

La violencia del verde,
hojas por doquier que se agostan en el ocre furioso de lo que cesa
y lucha.
No es tan simple que un tiempo desaparezca.
Razón por la que cada sensible pieza del todo se estremece y convulsiona para permanecer.

Principalmente los metales. Sangran óxido como el horizonte
sangra cirros. Como los cedros sangran resina y el ámbar por fin
se enturbia.
Pero esa cesación no sale gratis.
Ni en términos de sonido, ni de luz:
flamean los bosques cuando arden y liberan
toda la costosa energía.

Los órganos, envueltos en una tela metálica
y el corazón nos late con un sordo sonar de timbres. Ingenio desajustado,
que continúa en funcionamiento.
Y son los comensales en la vieja casa los que se aprietan a la chimenea tras la cena
y aprecian la calidad de vidrio checo y el amargo
poso del vino.

Por un instante se apagan las furias, la muerte y el viento,
se apaga el sonido como si le apretaran una almohada y todo
se juega en el lugar doméstico.
Traen el café.
Se conversa acerca de una modesta conspiración.

OBJETO POÉTICO NÚMERO 1

Con cada sueño se reduce el espacio destinado a la vegetación,
el deseo destruye el tejido de las cosas vivas y propietarias del porvenir,
se asesina a través de la pretensión y del ansia,
la belleza natural es incautada con cada acto real o pretendidamente artístico,
con cada relato edulcorado se apuñala en parte a la inocencia.
Se escuchan frases como estas cuando no hay tesoro alguno fuera de peligro.

El locutor apasionado que habla con emoción de una canción antes de escucharla es el homicida.

OBJETO POÉTICO NÚMERO 2

Los ojos de tigre con los que me miras para ignorarme
y lo que te cuesta hablar,
poseedora del arsenal completo de gemas en forma de cuerpo.

La premura por quitarte la camiseta,
(desnudos) estar así la noche entera.

TRISTEZA

No nos equivoquemos:
ninguna realidad está libre de esta tristeza que cada átomo petrifica.

No es posible ninguna estrategia de defensa,
cabe apenas aprovechar los periodos saludables destinados a gozar
de los hechos tal como fueron y deberían ser.

Ni el barniz que cubre las manzanas, ni tampoco
ese sentimiento al entrar un martes de mañana en una librería sin temor
a gastar demasiado.
No el olor del polvo en “El Conde de Montecristo” o las obras selectas de Hammett.

De ahí la utilización de grises.

OBJETO POÉTICO NÚMERO 3

De las paredes azules en las que se confina a las vírgenes,
cada una con su joyero,
y de las estridencias del deseo apenas oculto,
esa tendencia a descarrilar.

De viajes y estancias demasiado cortas en la soledad,
cabeza abajo,
para cabeza abajo hacer recuento de las vírgenes,
las habitaciones empapeladas en azul,
para detener el deseo, sus estridencias,
esa tendencia a descarrilar.

LA CIUDAD

La anécdota, mil veces contada,
consistía en un cúmulo de equívocos, una mezcla
de alcohol y sexo, con coches averiados y
surtidores de gasolina que no dan combustible sino dolores
de cabeza y un cruce de teléfonos que finaliza
en un tibio roce de labios en la madrugada helada.

La historia queda detenida en los brazos de ella.
“¿A dónde vas ahora?”, pregunta,
y responde: “Esta es mi casa”,
un trueno de guitarras nos señala que podremos alcanzar una de esas cimas.
No importa esta sucesión de grises, ni las eventuales calles desiertas,
los *graffitis* que nos recuerdan que el dolor aflora como una incontenible cosecha.

Pero si nos centramos en una instantánea precisa,
con esa cualidad semejante a la de escuchar en el estruendo una frecuencia particular,
es decir, eliminar los olores desagradables, las escenas
desalentadoras, para ver exactamente ese cuadro que ignora
todo lo demás y en el que florece la esperanza,
nos damos un breve respiro.

La belleza nunca se impondrá en este lugar,
pero, ¿dónde hay más acción?

UN LUGAR DE DESOLACIÓN

El chico gravemente enfermo vuelve al lugar donde experimentó los primeros síntomas. Uno busca en el lugar donde lo perdió todo porque piensa que no lo ha perdido todo.

Hurga en el corazón de lo que le destroza, sube y baja, va y viene, se hunde en la desesperación o se deja caer por la cascada tibia del llanto. También ríe y proyecta sacarle todo el partido a los días que le restan, consiguiendo los versos que conmoverán el corazón más sólido.

Escribirá: “el joven gravemente enfermo vuelve al lugar donde germinan los milagros, bajo la luz, a despecho de la noche, contra las entropías tenaces que imponen la decadencia de las cosas vivas”.

UN NUEVO ENSAYO DE ÓPTICA

Cada elemento que se instala atraviesa una fase de correcto funcionamiento, a lo largo de la cual apenas echamos cuenta de su existencia, aunque alabamos su utilidad. Las comodidades que proporcionan acaban por ser triviales. De igual modo las personas queridas sufren una metamorfosis y es cuando empiezan a proliferar las conversaciones compuestas de monosílabos.

Las personas queridas acaban por sonar a radiación de fondo, el eco inactivo de épocas cuyo cenit nos grabó a fuego nuestros límites, aquello por lo que crecimos e impide que crezcamos más allá.

No nos tenemos, la verdad, por dispositivos de tan crudo progresismo, hechos como estamos, además del clima y las disposiciones de elementos del vecindario como los jardines, el kiosco de prensa, el descampado, las calzadas bacheadas por los camiones terreros, hechos como estamos, decía, de la cúpula del cielo y las personas que por azar vamos hallando a lo largo de las distintas actividades. Esto es lo que consideramos nuestra biografía.

Y aquellos elementos que nos impelían a un funcionamiento óptimo acaban por acusar fatiga de materiales y así como fuimos el potencial que se desplegaba en cada vigor adolescente, acabamos por ser nuestras disfunciones. Cómo sufrimos...

Las manos engarfiadas van ocultas convenientemente en los bolsillos del abrigo y los dientes prietos tras los labios que apenas despegamos para saludar. Qué menos que saludar.

PHILADELPHIA: LA CIUDAD INVERNAL

Para aligerar el tránsito del invierno se organizaban espectáculos deportivos, supuestas fiestas revestidas de épica donde los espectadores, todos habitantes de la ciudad helada y circundada de hierro, eliminaban el vértigo de quien atraviesa un túnel, por divertirse del odiado tránsito.

El túnel que se inicia con el otoño y llega hasta el primer deshielo.

No obstante esos espectáculos acababan por ser nuevos motivos de angustia, citas, para los participantes, con el destino y con el dolor, en el cara o cruz que buscamos evitar y nos persigue con insistencia de timbre.

El personaje principal acaba por zambullirse en el reto y algo está pronto a romperse, como un miembro semiamputado que sólo cuelga de restos de músculos.

El inconveniente de las lesiones internas: nadie se interesa por ellas.

TO THE TOP

Emocionados
(como estamos)
llenos del ansia carnívora de proyectos y sobre
la montaña de los prodigios,
miramos hacia la ciudad de los restaurantes donde sirven los ricos platos,
se brinda con el vino de la concordia.

El recuerdo es la uva amarga sobre el plato,
el sumidero del río de lamentaciones.

Pero así,
abrazados unos a otros y sujetos a nuestro propio cuerpo,
en el rizo de este viento,
pueden escucharse las músicas de juventud:
las caricias,
noches largas en las que ensayar el discurso del absurdo y la certeza
de conseguir la victoria.

NUEVA ELEGÍA

No volveremos a recorrer la avenida en el coche, ni
a brindar en la terraza del hotel desde el que se ve Venecia, junto
al amarradero del Lido, donde estaciona el *vaporetto*.
Esa cortina de luces, el vómito iridiscente de toda la gama cálida como
un inmerecido telón de fondo y la seguridad
de tus brazos cálidos bajo las sábanas de la habitación del hotel
no la tendremos.

Esperamos mucho más.

Merecemos juntos, ser eternos,
de vuelta a los caminos de tierra por los que nuestro amor circula,
difícil geometría,
envolvente de hierba hasta el puente sobre el pequeño río.

La voz
se escucha como una goma densa
perteneciente al rincón,
posiblemente al día.

Ángelus de la pasión que cancela el recuerdo,
interruptor de una nueva cuenta atrás.

EL POEMA

Tal como Leibniz imaginaba la materia en forma de estanque lleno de peces que a su vez contiene en cada gota un estanque similar, con esa imagen de aquello que no tiene ventanas y no da a ningún sitio sino a sí mismo, tal vez el sonido que se limita, como un hecho fugaz y curvo, de ese modo irrefutable y casi rotundo, existe.

El poema.

(Surge esta idea en ocasiones al volver una hoja).

* * *

De esa manera casi dejada se producen algunos cambios.
Imposible, la luna reina sobre el cielo, a distancia de amor o muerte,
la diana de la espada afilada de lo a punto de suceder y finalmente impedido.
Los hechos se asoman por el quicio falaz de la puerta del tiempo,
bultos que pasan rápido y sugieren algo.

Cada sombra entrevista tiene referencia a nuestras heridas
y a su cura.
Uno se entrega con toda facilidad a los dulces engaños,
la mentira, como una baya exquisita
luce desde lo alto de la colina,
se impone como imagen única al volver el recodo.

Bebe en tus sueños como licores amargos las escenas
más torcidas,
la metamorfosis del objeto amado en pesadilla y
el vello más oscuro en el borde del slip que tapa apenas el extremo del vientre,
un pecho descansa sobre el bíceps, el pelo rizado sobre los hombros,
donde los tirantes del sostén ya lacios.

Pon la mano en la ancha corva,
comienzan los breves minutos del completo olvido.
(¿Qué otra libertad?).

VENGANZA

Inmediatamente se supo que algo personal estaba
detrás de las atroces heridas,
la víscera luminosa bajo el satélite argénteo y el hueso teñido
de rojo tras la fractura abierta, la ya
irreparable mueca de dolor grisáceo en el rostro convulso y deforme, alimento
del grito en la calleja.

Como consecuencia se cobran los distintos seguros:
la hipoteca, los créditos al consumo y la tarjeta de crédito que
usaba la víctima para ciertos gastos.
Un rastro de velo y paño negro en el cementerio municipal en el acto
de dar la silicona, lacrar el nicho, colocar la losa,
al que también acude el asesino.

Impasible.

MARINA

Contemplamos los barcos de la despedida, el rayo
verde que confirma estar ante el amor verdadero y eterno.

Los círculos descritos por las aves marinas fijan
este baricentro, tu cuerpo,
la virtud de hundirse en las gasas del placer, tú.

Si diera cualquier paso, me desplazaría hacia ti,
con consistencia de barro, fugaz primer actor de esta corta pieza.

Bajo el cielo, suceso azul, envés cobrizo.

CAMBIO EL BRILLANTE POR LA ZIRCONITA
(PORQUE EL DIAMANTE ES DEMASIADO DURO)

El atardecer brilla como una moneda falsa,
amarraco que desnuda la gran epopeya finita del gozo:
sinfonías, poemas simbolistas —*a quien montreux rosetón-
delosópaloslacustres*—, óleos que retratan la carne de buey desollado, perspectivas
desde una azotea de Atocha, justo donde se dinamitaron los trenes de cercanías, dicen
ahí abajo justo, la gente asomada a las terrazas arrojaba mantas con que
ocultar los cuerpos despedazados.

A Carol le quedaba un mes apenas para dar a luz.

Luego todo fue redondo, qué paradoja, recuerdo que nos
trajeron a Mario con una gasa sobre la cabeza, era pequeño y parecía
haber estado aquí siempre, indiferente a tener unos minutos de vida.

El futuro imponía una prórroga poderosa, en la ciudad
de los ocasos, en la que amanece tarde en los *after hours*,
llovió torrencialmente esa misma tarde.

Conjugada en presente, la realidad es dueña de su prosaísmo de parques y
vías colapsadas de taxis y furgonetas, de coches cerrados con climatizador
en los que se escucha el tema de *Arctic Monkeys* cuando
suena el móvil.

Recopilo los besos de amor que di a mujeres que me querían
aunque provisionalmente —como se quiere
al tema de *Arctic Monkeys*, erosionado por el uso a los quince días— como
cada promesa hueca.

Y, sin embargo, ¡qué gloria!

El sorbete emocional en las avenidas del centro, difícil de describir
qué éxtasis de éxitos literarios y sexuales de los que tuve esa kamikaze seguridad.
No ha habido nada de eso, sino
la plácida estancia en los márgenes donde el triunfo se traduce en *minima cottidiana*,

Televisión, viajes, los poemas anónimos en el cuaderno de Londres.

Ahora soy ese otro transeúnte
(conservo ese extraño fondo en los ojos),
círculo por las calles oníricas de la misma ciudad.
Vuelven tímidamente las hombreras y el punk
(en versiones más comedidas),
porque la libertad que escupe a los ojos sus errores hoy
se encierra en marcos,
las bellas mujeres se retratan a cuerpo completo, los párpados
no se han vuelto a maquillar en azul,
pero regresa la estética de bar nocturno y sucio, algo falseado por los perfumes.
Cuelgan las llaves del cuarto secreto de una botella
(sobre el viejo estante con el canto de zinc).
La nostalgia conserva cierta vigencia,
incluso es posible que vuelva a publicar —*lentisimaurdímbrasivanenla-*
zándosetodoslosbechos—, regresaremos a Roma para
continuar siendo eternos y pequeños,
los turistas que comen un helado fantástico, sentados en un banco.

Los pájaros —incluso ellos— deben aprender a contrarrestar la tendencia a convertirse en elegía.
Nosotros también.

(Quiero decir) yo.

CHUECA

Míticos días,
con la ciudad incendiada como un cuerpo ardiendo (que
desesperadamente busca apagarse y termina
por morir).

Aquellos días de tequila y ardor
de estómago y sucias palabras en la barra, las medias
rotas, la ropa interior gastada por el roce
y un furor.

La furia de saber la enfermedad de lo próximo.

Basta de detrito y besos, whisky falso, queremos
salir. Dabas voces
bajo la ventana abierta de un piso de ancianos y olor a col.
Tenías esa cara elástica y los ojos bovinos
como de irte a desmayar, la raíz del pelo ardiente, los
oídos brillantes y por el escote
asomaba tu pecho traslúcido.

Qué tren vespertino corre por las calles quemadas de aquel tiempo.

DESDE AQUEL DÍA

Eres la chica del vestido estampado,
que baja los últimos metros de la calle Génova y en ti
luce metafóricamente una flor.

Son tus labios.

Desde esa tarde soy transportado por una sonrisa
hasta hoy.

Cuando el verano comienza con un misterio de arcos sobre los árboles
y rayos de sol entre los edificios.
Me pregunto cómo voy a bajar desde este alto
sin tropezar ni sugerir
que las noches no pueden ser más abiertas.

LOS AÑOS DE LA TAXIDERMIA

La década empezaba con el regreso de las guitarras eléctricas y en paralelo se comenzó a hacer una música 100% sintética cantada por mujeres hastiadas que incluso fumaban en el escenario. Falsos *blues* y una estética estudiada de destrucción que al fin ponía de moda no sólo la muerte física sino además la muerte emocional, el cinismo, el escepticismo, ¿qué más? Y lógicamente no es de extrañar en aquellos que llegan, pero se daba en aquellos que parten, tan jóvenes que cuesta creer en semejante ruina. Dice el personaje epistolar: “Ya no tengo ilusiones; las perdí en el curso de mis viajes”.

Pero ya no hay viaje interior ni exterior. Hay simplemente el convencimiento de que las cosas (en todas sus ópticas) decepcionan.

¿Para qué luchar?

Mas merece la pena dejarse ir en la deriva de los barbitúricos, la resaca de las bebidas de alta graduación y las terapias de grupo.

Todos los naufragios se consuman en los ojos de *PJ Harvey*, todo lo pasado, enfermo y enfermo, lo por venir.

Frente al hastío, las estrategias desesperadas de la hipérbole:

violencia intensa, acción acrobática, coches veloces, explosiones ciclópeas, mundos al borde de la destrucción en los que amarnos antes de sufrir la amputación de los dos brazos y con ojos desorbitados regar la habitación con sangre procedente de la carótida.

Morimos con intensidad taxidérmica.

Somos más muertos que vivos y diciendo. El silencio del cadáver cumple con milimétrica exactitud el mensaje del nihilismo.

La mesa de autopsias, el asesino en serie que almacena cabezas en formol y al que devuelve la propia policía a una de sus víctimas aún bajo el efecto de las drogas.

Esa quemazón,

la energía desnuda del dolor y la muerte como único combustible artístico.

Y eso encontramos en las galerías, mientras la armonía se deconstruye y los músicos tratan también de violentarnos y arrancarnos alguna brizna de desagrado.

Pero no. Hemos dicho basta. No volveremos a devorar esta idea manida,
tal vez se nos ocurra que la comedia, el melo o la novela rosa
tienen una complejidad mayor y requieren un talento más elevado
que enseñar a bocajarro un maniquí medio ardido,
que arder nosotros.

* * *

Los días saben como caramelos.
Las palmeras son medidas por el viento suave a unos 28°C.
La playa está cubierta de turistas y vamos a comprar el periódico a la tienda de los flotadores.
Me gusta acercarme al expositor de *Delial* (moreno ideal) y olfatear el balsámico perfume de las cremas de protección solar.
No dejo de sentir ese vago dolor en las mandíbulas ni la permanente cefalea, pero creo que hoy escribiré: elipsis simbolistas, los cuerpos en bikini como metonimia del mundo entero y el sol luciendo como una lujosa filigrana en este papel.

Vagamente se deshace el sonido de una motocicleta: la tocata del verano en que se posan las urgencias como leones que dormitan de forma provisional. Lo anuncian mis sueños: seré perseguido por una pantera en el edificio vacío de apartamentos y la mataré.

Muerte y paisaje: la normalidad, el amor, el placer de dormir la siesta frente al televisor asoman como tímidos ciervos. Justo al mirar tras el matorral no están. Dudo a veces de que hubieran estado allí verdaderamente.

ENFRENTADOS A UN CÚMULO DE POSIBILIDADES

Obligados a posarnos en algo,
somos engullidos y convertidos —automáticamente— en cliché.
Qué forma de echarte de menos (aun cuando estamos juntos).
Y es que es divertido disfrazarse y creer que el disfraz es algo como,
por ejemplo,
lo que el disfraz sugiere.
Tal vez uno puede ser.
Un rostro iracundo en las obras de la calle Leganitos,
uno de esos bujarras con piratas y chanclas que acaban pasando por delante de Chicote
como si fueran la hostia.
Uno puede ser el rey del *glam* tras el perchero donde están colgados los
abrigos de pelo sintético y azul.
O puede imaginarse ser un ensayista rompedor a lo *Sloterdijk* antes de que se convirtiera
en una especie de *David Bowie* de la filosofía.
Sloterdijk, sin darse cuenta, ha acabado por ser convertido en el colectivo de memos
que le leen boquiabiertos.
Esto puede decirse de casi todos los que tuvieron la posibilidad de ser
gloriosamente secretos, de dejar un solo libro en una estantería de Fuentetaja
que sea leído como un manual de equipo electrónico.
Y en esto nos preguntamos qué mierda?
Más arriba de este ahogo de calles y portales que exhalan humedad, el vago
aliento de bajante podrida, está el cielo.
Los ángeles pueblan ese espacio ancho en el que sólo hay dos estratocúmulos
(al menos en este momento a la vista).

* * *

Ese año ardieron 86.000 hectáreas como metáfora o consecuencia del propio calentamiento del país.

Eso ocurría en tierra.

El mar no arde por razones obvias, aunque puede arder casi cualquier cosa.

Incluidas las criaturas del aire o que pesan como el aire y los ánimos de esas criaturas (y de las terrestres) que en definitiva son de aire.

Todo arde por uno u otro motivo y desaparece.

Su esencia se actualiza en el fogonazo entrevisto y que tomamos por una eventualidad inexplicable y que ignoramos.

Lo exigen nuestras ocupaciones.

LOS NUEVOS ENAMORADOS CREEN
EN EL TEOREMA DE LOS DESCUBRIMIENTOS

El mes de agosto era como una galería de alimentación vacía,
el sol equivalía a un fluorescente y la noche a la oscuridad
de una cámara frigorífica.

Los pequeños seres corrían por el paseo marítimo como por los suelos
inundados del agua que se usa para lavar el pescado.

El hedor a sardina a punto de pudrirse
(y que quizá un buen rato al fuego)
equivalía a la mezcla de perfumes en el ascensor del hotel.

Se encontraron como postres de crema en el extremo del expositor
(esquilmado por los turistas).

Sus labios como guindas perfectas se unían y descorrían los velos, retiraron
el filtro verde que ensombrece el mar.

Las cosas comenzaron a codificarse-decodificarse en sus colores prístinos.
Había olas con diademas de espuma
y palmeras con dátiles a las que subirse y otear.

Se otea un otoño de bares tibios y tiendas de ropa,
de coches nuevos y olvido de los viejos inviernos.
Crédito ilimitado para concederse cualquier capricho.
Efectivamente, el amor.

TURBULENCIA

Caía el oro entre nuestros dedos, los rizos
del aire esculpían visillos semejantes a torsos
desnudos. Esa gema luce en su núcleo rojo.

Interminable llama.

Son los vórtices del tiempo que juegan con los cuerpos,
sumidero abajo. Los días
se suceden como estructuras helicoidales que
nos transforman.

Caía el oro entre nuestros dedos y reposaba
en nuestro regazo.
Increíblemente ricos.

EL DÍA COMO LP

Pleno de melancolía pop (ya desde el amanecer)
el día transcurre como un adiós con letras difusas:
reflejado en los eslóganes del panel publicitario junto a la autopista.

“Diga no”, reza en cursiva.

Y las apariciones no previstas de fragmentos de conversaciones telefónicas, cuajadas
del poderoso sonido de la nada imponen la fantasmagoría propia
de horas expuestas a determinada luz
(combinación de nubes y un sol que rehúsa imponer el blanco frente al oro
y al fin un mero fuego extinguido como un arco de violín que apenas roza la cuerda).

El aire posiblemente se acumule sin que hagamos ningún esfuerzo para verlo.
De esta planicie huyeron hace tiempo todas las cosas.
Aire y nada equivalen en la mezcla que pretende emplazar a los viandantes bajo las sombras.

ME IMPORTA UN BLEDO HABER ALCANZADO
DEFINITIVAMENTE EL LECTOR 0

Ah, las amapolas, ese cretino bien codiciado de la infancia en los campos del recuerdo, las ruinas de un compás cuatro por cuatro que lucha por construirse como una supuesta melodía, recordar como un hábito minuciosamente destructivo (porque el pasado es un cubo compacto de tristeza).

¿De qué sirvieron esas laderas estampadas de malva?
Postremas consideraciones: se pronuncian con el óxido propio de lo viejos raíles que conducían las mandíbulas de trituración. Quiero decir que ese montículo de polvo son mis recuerdos, limadura de hierro indigerible.

Más claro aún: todo parece ordenarse en una estúpida sinfonía de muerte. Electrónicamente.
Con esa determinación falsamente azarosa de los inocentes se compone este réquiem olvidable que adorna las macetas agostadas cubiertas de grisura.

Las ventanas por las que miramos el triunfo de la desolación, tierra baldía, esos lugares comunes de la devastación.
Olas de tierra cenagosa (ya sabéis, ese tipo de atormentadas referencias).

El grito se prolonga como una estela delgada que pierde su significación: puede llegar a confundirse con música creada por hombres o crujidos propios de la naturaleza, esa divinidad.
Cinta oscura que converge con un humillo según uno se aleja, algo poco digno de reseña y no digo de preocupación.

TROCEADO

Va abriéndose la niebla fatalista, el
anuncio de días difíciles, de los que este mismo —sima
de tedio y pánico— no es sino el primero.

Abajo, donde el alma convulsa por la brea
de lo pendiente de solución que causa dolor
pendiente de solución y que es el peso inalzable que equivale a la nada.

Esa es la disyuntiva: nada o dolor y
ni siquiera la niebla que se abre en paralelo
al alma que lucha por limpiarse de brea.

PADECIMIENTOS

Creo que es así:
una bala que entra por el canal auditivo y ni siquiera roza el tímpano.

Desde entonces los sonidos más comunes
y tranquilizadores
mutan a piezas informalistas que simulan túneles
o metales
o ecos difusos como lamentos de un ánima
el viento.

Lo creo:
pero no puedo tener más que vagas pruebas.

* * *

Pasado deshecho por el impacto neumático de la melancolía:
como un hamster psicótico, atrapados en la rueda,
para luego dormir junto a los barrotes. Tal vez
este ciclo se detenga y dé paso a acontecimientos más felices.

La luz ámbar del niño que despierta en la cama tibia,
la mente limpia de miedo y rencor.

Digo a todas horas que siempre te amaré,
que daré jirones de piel en el intento de estar sano,
los huesos destrozados por el impacto neumático de cada crisis.

Eso digo a todas horas.
Que sobreviviré.

LA CASA AZUL

Es posible que ya consumido, el último verano
sea como un pañuelo que ondea por fuera de la ventanilla abierta,
como un coche en el áureo orto junto a la costa blanca.

Fiestas se organizan en la propia playa
y sopla la brisa.

La brisa que hace ondear los pareos,
el sol que se ausenta tras la colina,
el olor a bronceador,
la refrescante bebida,
te amaré,
unas caricias.

Es posible que ya consumido celebremos noches,
ebrios contra la luna, mientras se escuchan canciones,
pop suave para hablar.

POR QUÉ INSISTIR EN EL HECHO DE HABERNOS RENDIDO

Hay días.

Un viento dentado azota cada noche en el interior

—para demostrar que siempre hay un grado mayor de gravedad.

Hay días sin asidero de luz en las zonas remotas del pecho.

Como si hubiera un tozudo empeño en que se vean las cosas.

Torcedura, no sé, un sentimiento de vaga preocupación, una niebla parecida a un estado emocional de grisura.

Pero los objetos metálicos se muestran como un cobijo:

líneas definidas, sin envés ni sorpresa, ortogonal

y sólido.

Hay días en que se produce ya siempre esa impresión última.

Tiempo cumplido y crepúsculo, disolución
del sentido.

Para qué?

DINERO

Y sí, todo este dinero es una fuente de satisfacción,
la posibilidad de subir a un nivel más alto,
desde el que se ve todo el planeta.
las columnas flamígeras, desiertos,
ciudades semidesiertas en día festivo.
Ciudades que hasta ahora eran un punto negro en el atlas,
nombres, secuencias en filmes en otra lengua,
casas de ladrillo cárdeno, bermellona ruina, puentes
de hierro, pasadas épocas frente a los ojos, no relato ni
pura literatura.

Es el dinero: dique y origen
de una prolongada calma.

COSMOLOGÍA

Tiembla el aire como mi pulso
y los haces de sol tienen un pestañeo mínimo de fluorescente,
duda del ser.

Las imágenes son cuánticos flujos que podrían quedar interrumpidos.

Por honda que sea la incertidumbre tiene continuidad el tiempo,
aliviado por el trivial paso de los días de diario,
los miércoles con Copa o *Champions*.

Los hechos se sujetan a uno por la noche como con abrazadera,
el poco sexo,
la lucidez del insomnio en que ensoñamos proyectos de gran calidad plástica,
honda expresividad (esa jerga)...

Y ahí se permanece:
entre el torrente de vida de la primera hora y el estado
crepuscular o previo a la sucedánea muerte de la última.

Y luego el sueño: persecución, escenas en edificios o lugares
extraños, la avenida por la que pasearé melancólicamente, sin tí, sin nadie, ya muerto.

AUTORRETRATO 3 DE ABRIL 2008

Supongo que esa es mi imagen habitual:
tendido en el tresillo del salón,
sobre el ordenador en una mala postura, mientras escucho en los auriculares
a *Marlena Shaw* o a *Bloc party*,
depende de la hora,
de la época del año...

Por debajo de la silla en la que estoy sentado
ahora circulan la culpa y el dolor como un río de goma ardida,
pero no lo miraré,
como no se mira el suelo cuando se asciende
una pared casi lisa.
Lo sucedido, lo que deja su lacre en cada sensación futura,
está sólo para poner límites al júbilo,
para finalmente destruirlo todo.

Tiene que quedar destruido todo.

En esta partida quedan, no obstante, aún muchas manos por dar,
la vaga posibilidad de conseguir un *repoker*.

Aunque lo pienso en ocasiones, tal vez,
ya haya dispuesto en alguna baza de buenas cartas.
Tuve energía que impulsó como motores algunos versos,
dije cosas dignas,
no las hice.

EN EL HABITUAL TONO DE S.O.S. PARA CREAR UN EFECTO LITERARIO

He tratado de modificar esto:
la costumbre por la que admito la mirada conmisericordiosa y censuradora
de los demás, los pocos demás que quedan en mi círculo.

Miento acerca de mi nivel de autodestrucción, con rutina,
para que esa circunstancia no sirva de pretexto para el inicio de una tormenta.

Estos días llueve en Castilla.
Las primeras gotas portaban ese inconfundible olor a ozono que
casi asfixia y que se evapora
con la verdadera lluvia.

Digo esto para dar pie a la metáfora que posibilita la creencia
radical en un restablecimiento.

Recuperar el cuerpo juvenil y las oleadas de inspirada
melancolía y deseo, el fuego plano que ardía en las emociones.
La llama que alimentaba interminablemente un “te quiero”,
los labios suaves en la noche veraniega, en la ciudad aromática
por la que paseaban dos recientes enamorados.

Entonces no era alérgico al polen
de gramíneas, ni al polvo
(en general a la vida).

OTRA MINIATURA

Cuando éramos jóvenes y leíamos novelas
de jóvenes en internados que sufren y conspiran,
vestíamos el viejo atuendo de la ignorancia y escuchábamos a David Bowie:
“*Ground control to Major Tom/commencing countdown, engines on*”.

Los grandes momentos se producían en parques:
la charla lánguida junto a un vaso de cerveza y una bolsa de *chips*.

Los cuerpos disfrutaban de una vibración próxima a la gloria.
Qué decir, era la vida tan grande como un océano, aspirante
a cielo y además ya en ese momento tan amena y llena de matices.

Nos besábamos largamente y en particular era grato
acariciar la espalda hasta la base, y deslizar las manos bajo los brazos
hasta ese lugar donde comienza el pecho.

Nada podría impedir nuestro triunfo sin saber
que el logro estaba en ese momento, mientras
recibía el olor hondo de tu pelo recién limpio y el roce
de tus piernas desnudas.

Pasábamos la tarde en los cines.
Nos abrazábamos mientras sonaba la música de *Movierecord*.

CANCIÓN DE AMOR
(PRIMERAS ANOTACIONES)

Golpean en la puerta contigua con fuerza
y luego un portazo como preámbulo de un momento feliz
—esa calidez a la altura del diafragma,
resuenan los truenos hacia la línea del horizonte,
bajo las nubes
la cortina turbia de una intensa lluvia, campos verdes,
tal vez este año sea el mejor de nuestras vidas.

Ni siquiera haría falta que escribiera una carta
al artífice de los sueños, dirigida al sitio donde
gira la rueda del destino, ese azar
letal o germen del posible hecho prodigioso,
tú.

RESUMEN DE MAYO DE 2008

Excepcionalmente
dos semanas de lluvia establecen la carga de éxito de esta nueva etapa.
Sonidos industriales en los edificios
sobre las llamas frías del ocaso, aves
diferentes sobre el círculo solar y pensamientos
idénticos a la primera brisa.

Pienso en los nuevos rostros —las frases que
pronuncian— con cierta obsesión, se repiten como envolventes o espectros
y marcan el escaso radio de esta esfera nueva en la que se traza
el nuevo encierro: noche. Es el largo túnel
por el que transito administrando el fino hilo de ansia.

Sigo luchando contra el deseo de despejar todas las incertidumbres.
La principal:
puedo llegar a un tiempo en el que no esté del todo dañado,
en el que pueda habitar las sensaciones de cuando era mi dueño.

Propiedad.
Al menos de mi psique.

UN LUGAR DONDE MORIR DE PIE
(ESTÁ EN DISPUTA)

Tormentas que estallan a kilómetros:
sabemos que está en disputa todo lo que gratuitamente malgastábamos. Es
el futuro. Se aproxima
como un espectro, compendio de nuestros temores, sombra
oculta en las zonas no visibles de las figuras a lo lejos.

El mundo del hombre es hostil al hombre. Estamos
en guerra con las producciones más característicamente humanas y la música
negra de los chelos, contra violas, sobre pianos habita en los lánguidos
hechos que se pierden en los bosques del septentrión.
Los gansos migratorios se cuentan por unidades en las lagunas mefíticas
próximas a la explotación de cobre.

Ni siquiera logramos flotar en un sueño reparador, escasean
las oportunidades para hallar un rincón en que ovillarse y libar
el famélico charco de bienestar del que administramos sus últimas gotas.

Eso sí, aviones siguen volando sobre nuestras cabezas.

Hay algún sitio donde las cosas siguen siendo como solían ser.

OIR AQUELLOS TEMAS COMPLEJOS Y LÁNGUIDOS NOS DABA LUZ

Qué remoto estado de flotación, ahora
sobre la ciudad mítica de Mesoamérica, serpiente
o zorro que avanza en la gruta, símbolo
del viaje interior en el que el sueño es como la melaza y la melaza
es como un beso tuyo. Denso
humo.

Es preciso respirar.

La pesadilla benéfica es como una imperfecta hélice.

Soy yo el zorro o serpiente o tal vez
la cueva donde todo se desarrolla:
aquella tarde invernal en que escuchaba a *Frank Zappa* y me sonreía.

(Un hombre como él no debería haber muerto).

A. W.

Era una mujer a la que hubieran arrastrado por el barro con paradójico aroma a cerezas en la zona más visible del local. El cuerpo de bronce, enturbiado por los tatuajes, menciones a adicciones a sustancias que la partirían como lo que en realidad era, un junco.

Era la mujer que besaba con furia de último beso y que alzaba las piernas flexibles. Siempre simulando irse en una actitud crepuscular en la última calle de una ciudad derruida.

En realidad las aceras estaban rotas y la luz de las farolas era anaranjada, dándonos a todos un aire de mesa de autopsia no muy esperanzador, pero gracias al tequila brillaba el sol de neón de la fugaz alegría. Mañana será martes y nadie nos espera.

LARGA ENFERMEDAD

Allí está el niño: todavía
tirando piedras al costado de las olas,
con los dedos por fuera de la ventanilla
del coche para sentir el viento.

Está en la calle, en medio de la nube de polvo
que se forma al jugar al fútbol tumultuosamente, veinte
contra veinte en el más bello mes de mayo desde
que el mundo existe.

El niño está aquella mañana negra en la cama
plegable, no queriendo despertarse, pero despierto
mientras escucha que algo terrible ha sucedido como
en realidad temía.

El niño ha quedado ahí despedazado por heridas
profundas, pero todavía con vida, productor
de signos, insomne, soñando con persecuciones
que nunca finalizarán.

RECUERDO Y METAFÍSICA PARA LECTORES HIPERACTIVADOS

Vuelve la esperanza con las trompetas.
Un calor artificial procedente del órgano,
el pulso de las horas, el bombo
y en ocasiones el impacto en la caja, como
un estómago que estalla
y del que salen sangre y flores,
falsos animales y un aire turbio.

La misma sensación del día en que me dieron a probar una barra de labios
con sabor a melocotón. Me dijeron: “Toma, prueba” y el resto
de la noche me sentí enfermo, con
una vaga náusea. A los otros, comprendí, les apasiona
lo que me causa dolor.
No encontré excesiva la transición de una sensación desagradable a un
rechazo total.

Pero escribía, os contaba, que vuelve la fuerza
a mis ideas con la irrupción de los teclados,
volcado sobre el ordenador, esta experiencia,
llamas que imprimen versos que ya quemaron con el calor del sentido.

SIENTO ASCO DE HABER SIDO ASÍ TANTO TIEMPO

Pienso con verdadera ternura en mí mismo.

Qué jodido imbécil escuchando esas canciones rosas y a la deriva

por los días. Por las noches

soñando qué glorias de poeta laureado, flor natural, poesía mística, lírica

degenerada y malversando lirios

como el perfume briago de un vaso de ginebra.

Digo los lirios

y un abrazo vacío, voy tropezando en cada deseo

como en sillas fuera de sitio en la casa a oscuras.

¿Adónde voy?

Voy al nicho autoconmiserativo en forma de guión cinematográfico, un corto

subvencionado para hablar sobre una cuenta pendiente, la úlcera

en el centro del hígado por la que se cuelan estas ganas de amar.

Pienso en mí como en una basura sin moral que incluso

los servicios de recogida ignoran.

UN RETRATO FICTICIO

Se enamora maniicodepresivamente de la maniicodepresiva a la que una
arteria le cruza la delicada frente, los labios delicados
y esa expresión casi sorprendida ante la cháchara casi culta.

Los pechos pequeños en el pliegue de la vaporosa blusa.
Las manos pequeñas y los dedos algo rojos en el extremo toman
las cosas como un imposible.

Ella es el imposible.
Sorprendente y bella.
Quebradiza en el baño
cerrado por dentro. De luz halógena,
los ojos.

VUELTA A LA SÍNTESIS

Ni en espejos
situados en el final de la tienda, ni en el metal
de la taquilla vacía del Metro
se consigue un reflejo exacto, ni luz.

No, luz para alumbrar la síntesis del fracaso y la máscara de la muerte.

Sí, un poderoso medio para viajar en el fondo de un bar, combustible
para el verso que arde en el joyero de marfil y plata. La llama azul
que surge del canal auditivo.

Con cada nota.

DE ABRUPTA NARRATIVA

El anciano que sabe que debe actuar de prisa, la mujer
que sabe que debe huir de prisa, el hombre que sabe que debe ser ya.

A velocidad de bala, con igual estallido, para sobrevivir.

Nada de flores ni ventanas abiertas al mar, sino
puertas abiertas al portal que hiede a humedad, en que
bajo la ventana esa mancha negra.

MIRO A LA MÁSCARA DE LA MUERTE

Miro ahora a la máscara de la muerte.

Sin creer nada de lo que trae como regalo ni intuir nada de lo que trae como castigo.

Aunque la mancha se extiende a la trayectoria del surfista que contemplo
en la pantalla *LCD* y al refresco que bebo de un trago y a la conjetura
del futuro inmediato, incluso a la certeza de ser grande y rico
(y feliz)

miro a la máscara de la muerte.

Me sitúo mirando al sur.

NOVIEMBRE

Glorioso mundo:

Me he quedado quieto en la ventana mientras el niño juega detrás de mí.
Pasa una extraña nube baja cuyos flecos,
suena un sordo pitido en mis oídos cuyo tono,
siento una presión en el pecho cuyo daño
busca tener efectos premonitorios.

No me niego a tener.

Qué presuntuoso vectorcillo frente al espectáculo de la Naturaleza y
al hecho de la paternidad.

FUTURO VIAJE

Espacio abierto en la clausura de túneles, hay
soluciones al problema del tiempo, o al miedo
que anida en el filo de los programas de televisión más tediosos:

Y en realidad tenemos un caudal de luz, metáfora
de unas cifras elevadas en la cuenta bancaria y un sueño
apacible y uniforme.

Por la mañana, en el salón del hotel desayunamos con pausa
antes de recorrer Roma.

Las calles son de oro
y la perspectiva de oro en las calles
hace oro el gozo en el pecho.

Plata en la mirada y en el marco de los escaparates
de las tiendas de moda que nos reflejan.

NYC

Qué lejos los días de la tristeza infinita. Pájaros
de gran suerte se han posado en tu hombro y
junto a la bahía del *Hudson* nos abrazamos.

Llevas en la muñeca el reloj de *Bulgari* —como excepción—
y hasta las canciones tristes —sobre alcoba gris— tienen
ese poder euforizante con el que catalizan el dolor las personas felices.

La ciudad brilla sin ser de verdadero metal.
Es luz.
Coincidencia entre el intelecto y la cosa.

MÉXICO-YUCATÁN

Y en efecto el mundo es un lugar de absoluta riqueza. Calor que hace elevarse a los vapores sobre la presencia increíble de *Chichen Itza*.

Mujer,
qué contraluz revelador en lo alto de la escalinata, con el marco de selva extendida en torno nuestro como un verde ponto. Luz, más luz sobre los cráneos cubiertos con gorras.

Nada turba el sueño: tampoco las viejas lesiones cervicales ni nada de los viejos temores que alimentaban falsos acechos.

Más tarde, la noche tiene magia de obsidiana y filo de cuarzo, habitada por los cuerpos. Tal tibieza.

Llegan cartas con mejores noticias.

INMENSAMENTE RICOS

Te imagino con una sonrisa en los lujosos salones.

Esos ojos tienen una pincelada de luz, el arabesco
de las pestañas al extremo del párpado sin maquillar y te

imagino con calma en las tiendas de ropa.

Sólo te pido un rato para ir a la librería a hojear libros
de arte y tal vez a comprar. Eso
te recuerda el cuadro de la azotea más allá
de cuya barandilla se ve Madrid.

La galería que olvidamos tal vez ya ni lo exponga.

Pero lo buscaré.

HOY

El sueño nos empuja como un almohadón de plumas sobre
la nuca. Esta
mañana está tintada de esperanzas crecientes y viernes prometedor.

Tú tienes ese aspecto de los últimos meses, entre el agotamiento
y el orgullo por soportarlo. Será
justo hoy cuando recibamos una alta suma de dinero no esperado, pero
no es eso lo que hace crecer las expectativas.

Ignoraremos los aspectos más desagradables del paso
del tiempo. Estaremos hechos de nubes. Flotantes
sobre la ciudad. Desde los áticos
de tu belleza.

RETIRADA MOMENTÁNEA DE LAS TROPAS EN TANNENBERG
COMO METÁFORA DE UNA SITUACIÓN EMOCIONAL DIFÍCIL

Tras las líneas, rodeado por los ejércitos en franca retirada, el desorden de carros, las piezas de artillería abandonadas y mal saboteadas, los cadáveres en las cunetas, has decidido permanecer de pie apoyar la culata en los pies y genuflexo esperar a su llegada.

Estás quieto.

PUDO SER TRILCE

Prometo ser feliz.

Combato el cristal o hielo en los quicios de las ventanas de la muerte,
el metal que reside en la zona más sensible de la herida.

No debe evidenciarse este dolor,
no, las larvas en la memoria de hechos que fueron definitivos.

Prometo ser feliz con la energía de la miel
que extiende en cada alcoba el primer sol, prematura primavera,
prometo.

Extiendo pagarés sin respaldo
aun cuando no hay noche en que no tenga una pesadilla
o que pese mi ánimo como unos jeans húmedos, río
no vadeado el de mi salto a ser feliz
(como he prometido).

Prometo centrarme en tu cuerpo.

Puedo ser capaz de tener luz en tus labios por un tiempo indefinido.

* * *

En la llanura del tiempo
en que se pierden todas las referencias
se observa lo lejano como si estuviera demasiado próximo.

Ese es el discurso de los viejos: centrado en
la infancia sin reparar en que se han sucedido las décadas.

Circularemos por ella como caballos en la estepa.
Nada por ganar, pero sin añoranza de todo lo ido.

Eventualmente surgen ciudades.

Y esta estancia apresurada es la esencia de nuestras vidas.
Puedo llamarte para decir que sí, que
estoy aquí y que pronto volveremos a vernos.
A pesar del tiempo y la fugacidad y de que revise
mis bolsillos como si alguna vez hubiera
tenido algo en ellos.

* * *

Siempre el tema del recuerdo, la larga
cinta en que se representan escenas sin ligazón.

Espío mi vida a través de una ventana abierta.
Me observo con esa escasa calidad de mi conducta, poco
interesante, empeñado en logros que no superan la esfera secreta.

Y al mismo tiempo dispongo de riquezas de incalculable valor:
tú, mi familia, estar intacto
aun a pesar de la encarnizada tormenta de granizo, mi espíritu.

La sangre que casi me nubla la vista basta
con retirarla con una gasa en cuanto disponga de un momento.

En el pasado brillan los objetos con una luz negra, aproximan
sus formas a la esencia mortal de lo por siempre ido, cuya
razón es esta melancolía nuclear, cilindro de mi mirada,
prisma de un corazón de ónice.

Turbio.

A veces está todo turbio.

Se despeja la niebla para mostrar un pecado abominable,
alimentado por un caliente hedor de venganza.

* * *

Siento calor.

Entra por la ventana abierta una esfera cálida que refleja
la tierra incendiada, las piedras ígneas,
la llanura bajo el sol de julio.

Siento calor y la inspiración
falsa de quien escribe demasiado rápido poemas escuchando
temas pop y rock progresivo.

Toda esa fiebre, el deseo
de ser inmortal bajo cualquier condición, tener
visión panorámica de cada detalle y su ubicación
precisa. Toda esa fiebre
por saberlo todo y poder sentir
la irradiación de las cosas, sus conceptos, las palabras
como píldoras cuyo excipiente contiene el mundo.

* * *

Finalmente todo es cuestión de fuerza.
Colocado en decúbito prono, soportando la lluvia ininterrumpida
de piedras y el desprecio sorprendido en una conversación que debería no ser oída.
Apelo nostálgico a aquellos días dispersos.

También sueñan los animales que agonizan.

Piedras, animales y nostalgia son bóveda de crucero del día presente.

No coches o tiendas de ropa, centros comerciales por los que vagar
en época de rebajas. Con el peso insoslayable de la segura ruina o el
fracaso estrepitoso o el alimento de charlas conspirativas.

Finalmente es eso: mera resistencia
hasta el extremo de la fisiología. Tan sólo
eso, ni símbolos, ni plegarias, ni siquiera suerte.

¿Muerte?

La muerte no es más que una versión extrema de esta soledad.

* * *

Sorprendido de estar todavía aquí, no vaporizado, algo mutilado en partes no evidentes escribo mi décimo epitafio: vivió con atribulación años de inopinados giros.

Ese tono como de posguerra guarda sintonía con incómodas certezas: hay celadas que aguardan en cada hora, acosos más tenaces que cualquier plan de fuga. Los que cazan, los que se deleitan con la caza han elegido el lado correcto del dolor (el de quien lo inflige).

Puede que ahora mismo en esta ciudad libre y feliz pasee como por aquel Madrid bombardeado y en situación de práctico derribo. Eso ven mis ojos y eso siento en profundidad.

Pero hay algo más terrible: debo aguantar.
Contra todo pronóstico.
En combates de desenlace contrario a lo predicho.

* * *

A esta hora de la madrugada tengo energía para una mínima luz:
mañana es festivo y seremos libres.

Disponemos de unas horas sin apremiantes juicios y, ¿quién sabe?, al final
del día puede que seamos ricos y ya no importe.

Mueran las cadenas.

Escucharemos a *Speak Low*. Seremos FELICES.
FELICES.

Correremos a la par que los minutos, fluido
similar a las horas, despreocupados como días.

Se traza una línea mañana. La que da paso a la genuina libertad.

* * *

Sé que no habrá más amor ni gloria
y establezco rutinas que tienen que ver con el deseo
O con su ausencia.

Vago por las estancias de mi interior
("yo") donde habitan la salvación y la muerte.
Se componen las imágenes que mis ojos ven
y las superficies que mis manos tocan,
colores, la cualidad del día,
el dulzor extenuante de la noche.

Ingiero distintos tipos de líquidos oscuros.

Pasarán años.
Estoy seguro de que todo este combate brutal
desemboca en un espacio yermo.
A punto de morir miraré hacia atrás con la báscula
exacta del pecho
y sabré que no pesan ni valen nada
ni el pasado,
ni el presente,
tal vez ni siquiera el porvenir.
Vale lo que vale una larga cadena genealógica,
ADN lanzado a la inmensa bóveda de la eternidad.

* * *

La energía que se desprende de las láminas de nubes, un arma,
esa electrónica de ansia, la proximidad del rayo,
parte el cielo como se parten sin piedad los bellos deseos.

La derrota, tiene un olor previo igual al ozono,
que se confunde con el de la tierra húmeda.
No es un perfume, es un veneno.

¿Pero qué cabe hacer?

Metáforas que conectan la tormenta y el sufrimiento,
el sol y el triunfo.

Rueda del porvenir, tiene en su lomo afiladas hojas.

Turbulencia

* * *

Dejó pequeñas piezas que demuestran su habilidad innata:
gritos de loro en el barrio vacío de la cima del estío,
sólo el tránsito de un coche aislado roza las fachadas con su lengua silícea.

Eran archivos que se encontraron en al menos tres ordenadores.

Funcionan como resortes en el ingenio de la árida posibilidad.
Lo posible: la máquina que genera poemas y rosas
sin vida. Lo posible como germen de la imposibilidad.
El deseo como germen de lo baldío.

* * *

Imagina azul,
toda la familia sentada alrededor de la mesa.
Imagina azul,
con una de aquellas viejas canciones de *The Beatles*
encontradas en una versión pirata del *Rubber Soul*.
Imagina azul,
sobre un enorme mar no ficticio
en un verdadero planeo.
Imagina azul,
bajo el cielo,
sobre las puertas de madera de las casas blancas.
Imagina azul,
la isla,
la posición que ocupa tu alma en el ponto de lo vivo,
mapa esencial.

* * *

Pisamos un terreno no demasiado firme en nuestra visita a la Luna.
En trayectoria parabólica nos acercamos a los espacios desiertos de la cara oculta,
las planicies intercráter por las que discurre la nostalgia gris.
Polvo de cemento —o como polvo de cemento o yeso— son nuestros recuerdos,
obturando alvéolos, dificultan la respiración y casi la impiden. Estamos
lejos.

Lejos cuando nos miramos a través de la escafandra, cuando
emitimos las lacónicas frases. Son sencillas,
breves, describen la situación con eficacia en un plazo corto.
¿Quién se atreve a hablar de los próximos meses?
Una simple brisa nos separaría definitivamente,
mas en el espacio vacío no hay aire y por lo tanto no hay viento.
No hay tréboles de la suerte que flotan contra el sol.
No hay luz difusa.
Las estrellas lejanas son apenas la cabeza de un alfiler, la oscuridad
mínima por la que debemos introducirnos para garantizar lo próximo.

* * *

Ser uno las propias cenizas.
Ya consumido, tener todavía voz, creencia sin pruebas
en algo próximo más feliz y redondo.
Qué sé yo, en una bonita casa,
rodeado de gente alegre y satisfecha por verse y pasar tiempo juntos.
Tener noches como aquellas de perfume de celinda y jazmín
cuando la brisa toma turno al día incendiado.

Volver a entonces, para ser posterior.
La esperanza incombustible que retoña en un instante de tregua.

* * *

Será la remembranza como si alguien pasare hojas de un viejo álbum de fotos.
“Así éramos” y dicho esto con un tinte de amargura,
azul de metileno en los portaobjetos desechados con nuestra propia sangre.
Ese dolor sin utilidad y las frases para contarlos a un
auditorio demasiado frío. Descúdate
un poco, sin pintar me pareces más atractiva, delicada
como un pétalo seco, los finos vasos leñosos, casi como si cualquiera
pudiera hacerte daño.
Tal vez pienso eso porque cualquiera puede hacerme daño; en mi pecho
tengo una diana muy visible que dice “clave aquí”.
Los recuerdos tienen filo y los días tienen filo, es fácil
desangrarse con el filo de la noche, llevando la divisa del
atardecer. Si vienes a mí, ven
con extremo cuidado. Recuerdo
cada foto como algo más real que mi vida. Suplanta
a la realidad, cuya afta arde al pronunciar las palabras que refieren a esa época.
La real, la que aró surcos indelebles en el terreno de esta vida.

* * *

Observo imágenes de familiares sonrientes en un velatorio. Cierto
es que esto ocurre muy lejos de aquí, pero
me esperanza observar que no hay virados al negro, no sólo
estelas de insectos que se insertan en la piel para crear mayor negrura.
Por mi sangre sólo corre un haz azul de luz que se traduce en palabras.
Que podría tornarse una composición de “*oil on canvas*”, la filmación
que en bucle muestra el choque de un coche en la copa *Nascar*.
Sólo eso.
El sorprendente hecho de un choque múltiple y la tormenta
posterior de llamas.
Sin tiempo ni localización.
Tal vez lejos.
Aquí mismo.

* * *

Felizmente,
coro animal,
adornos florales, música
de aquella que escuchábamos por la tarde, incapaces
de dormir una siesta.
Insistir azul, verde, brillo, destello de un segundo
cuya perfección pudiera ser ficticia.

Qué alimento tiene un corazón más que simulacros?
Y un cerebro no se corona en mentiras?
Felizmente,
como las estelas de los reactores sobre el plástico añil del mesetario cielo.
Niños, es decir,
promesas.

(No es necesario reflexionar que jamás se cumplen o no
en el grado requerido).

* * *

Creí que necesitaba ir a Praga, isla de Kampa,
allí Holan esculpía en el muro imperecedero que podría derribarse
ya, de un modo definitivo, como para
que no se conservara ni un rastro, el pasado
—ya se sabe— es sarmiento para la hoguera anónima del iconoclasta. El pasado
es una fría ceniza, lapilli metamórfico de algo otro
cuya forma fue lo realmente ardido.

Creí que necesitaba ir a Praga atraído por los espectros.
El espectro gótico cuyo hielo alienta bajo los adoquines, supura
en versos.

* * *

Si algún color me define es el rojo.
Rojo de la sangre derramada en mi centro para
formar la esfera negra de mi hígado. En
el que se alojan actos
deleznables. Me avergüenza
el rojo en las sábanas de la terraza, el rojo
por las paredes que atestiguan los crímenes en mi haber.
El rojo en el paladar me hace ansiar los objetos verdes.

Globo ocular sobre praderas raramente bermejas. Allá
veo los jirones del nervio óptico, la falta
de conexión, el devorado sentido, la mera
estancia.
Preferí el rojo para nadar en los mares hemófilos
junto a una mujer.
Carne o vegetal en el fractal marchito,
su sexo.

* * *

Esperanzas y temores, sobre el telón de fondo de una tormenta
en preparación. Sucias
brochas han pintado este cielo. Noviembre
es el mes de los suicidios y las conversiones,
poblado ocasionalmente de epifanías.
Sucede que la muerte, el nacimiento, la progresiva
evolución parecen quedar en suspenso. Instante de silencio
en el que puede detonarse una caricia,
puede sonar la música de una viola que se tuerce,
que endereza el tono sobre los hilos de agua que recorren las cunetas.
Llueve.
Esperanzas y temores que se lavan en el tiempo agónico del sueño.

* * *

Su nombre era antinomia. Sobre
las colinas flamígeras corrían los fugitivos de la suerte:
era real, al menos como lo son las evidencias videográficas.

Chorro de deseo, pasión tronzada, brazo
en alto, se cumplían las condiciones de la dominación absoluta:
conquista, dictadura, represión, poder policial.

Paralogismos del cielo, el dúo finito-infinito, causa-efecto, el torbellino
que lleva al *topos hiper uranos*, tal vez sean
inmutables el oro y plata de los que están chapadas las estrellas.

* * *

Hablemos de la muerte.

Brisas submarinas que rozan en la parte inferior
de los yermos de la eternidad.
Por fin libre de la quemadura de la carne,
único infierno.

(El estéril ejemplo para las generaciones futuras, fronda
de la historia, cultivo del proyecto y necesario mecano de una lógica eyectada).

* * *

Parece no haber espacio a veces para lo distinto. Nocturnos
jardines son engarce de los cristales o agua posteriores
a la breve lluvia. Se escuchan
risas y el roce de las sedas, metáfora de la piel de mujer.

Al fondo los zócalos junto a los que se confiesan picardías los amantes
nuevos. Cárdenas, las mejillas y la respiración, algo más rauda.
La cortina aparente es un vuelo de gorriones que comían en el suelo.
Y las voces, a lo lejos.
Las voces remotas que especifican la caducidad,
los ocres,
el lastimero duelo del día que se acaba, final de agosto,
las primeras brisas, el fin del cénit, la luz de lámparas bajo
la cual se comprende que la juventud, el vigor,
hasta el tiempo mismo puede acabar.

* * *

La habitación está llena de cintas de vídeo.
Fuera de las carcacas, como una falsa melena, un petróleo de pega
sobre las baldosas blancas.
Son los hilachos del pasado que ya no significan nada.
Inertes reminiscencias.
Proyección en 2D de aquellas circunstancias enormes
que envenenan la percepción de estas cosas sencillas.
Son de la época en que nos deleitábamos capturando lo que suponíamos imperecedero.
Amor, labios contra el poniente en vinilo de la sala de espera.

(Salas de espera.
Disciplinadamente aguardando para encontrar una solución a lo que
no la tiene:
Vivir exige esfuerzo, no hay posibilidad
de suavemente deslizarse por los días).

Nadie lo va a consentir.

SÍNDROME POSTRAUMÁTICO

Si soy la sencilla imagen de un hombre encogido bajo
varias capas de ropa y luce mi esperanza con un *led* tenue —testigo
de lo que fui y ahora soy en *standby*— o si
en cambio soy la brasa de un fuego extraído de la llamarada
de silencio —y pasión— o si soy el conato, así dicho, sin adjetivos ni subordinadas,
no pronombres relativos que agranden, eso
lo decide alguien que está en una posición que no comprendo.

Todo esfuerzo de comprensión es un paso doliente por el desolladero.

¿Para qué elevarse?

Un prado que es una extensión de manos unidas.
Luz sobre los ojos que no permite ver. La verdad
no proyecta luz sino que es resultado de la luz proyectada.
Nostalgia de la *rickenbaker*, punteos
frente al mar rizado en el que los niños juegan.
Melancolía que pesa como un gran bloque de bronce con
forma de vagina o de raro vegetal.
El pasado siempre parece rotar con mecánica más sencilla y el futuro
es una amenaza.
Tiempo de los acechos. Bosque
cuyos senderos fueron borrados con determinación homicida, me asomo al puente
bajo el que pasa la riada poderosa del dolor.

Pero no tan sólo dolor, ni melancolía,
ni nada que devora la energía muscular, soy
un diagrama oscilante. Amo.
Amo, amaré con poder físico, me arrojó
contra la desesperación para que me despedace el viento.
Me mueve en las oquedades de mi propia razón perdida.
Reboto contra mis propias aristas, piel de escualo
que hace brotar la sangre con el simple roce.

Quiero decir.
Busco un nombre como una revelación que directamente impacte.
(Logro retórica). Ortología del grito,
entre los hombres que simplemente aúllan.
Cuyo aullido escucho cuando callados cruzan de acera.

ANEXO

POEMAS DEL
CUADERNO DE LONDRES

* * *

Próximos a ese otro estado,
gas prodigioso,
sólido trémulo,
líquido que se derrama,
apretamos las bocas,
jugamos con detalles intrascendentes.

La tensión es extrema:
porque la carne de la noche,
negra, sutil pero no inexistente,
está cerca de quebrarse.
La Luna aúlla.
El hombre aúlla.
La plata encontrada de la luz por la ventana
no será encontrada jamás.

* * *

Hechos que no tienen un significado específico:
lámparas de pie que miran con su ojo de cíclope,
lluvia ocasional,
una mujer que rebusca en su bolso,
la tarjeta de acceso (que siempre
funciona) hoy no funciona,
el ordenador parece más lento,
el tema de moda que no es más que un plagio de los *Rolling* suena a todas horas en los televisores
y en las radios,
que no la pueda recordar
(esa otra vida)
ni lo desee.

* * *

Rememorar

o cómo las agujas de lo vivido se clavan en la piel
como equívocas melodías (dulces).

La dulzura de un gas,
la atracción de las colas tóxicas,
la inhalación del pasado.

Por muy gozoso que fuera el pasado se convierte en esa pasta almíbar y demoledora.

Los aviones de la mañana vuelan hacia el sol
(como silentes hechos),
las grúas giran como espantosas grullas
sobre el horizonte de edificios en construcción.
El cielo estratificado de nubes,
falso *patchwork*, falsas premoniciones,
tristeza postiza,
rememorar.

* * *

Piensa:

en el lugar del otro qué marea de orbes sobre los campos de cereal,
qué vómito de estrellas sobre el arco superciliar,
donde el pensamiento.

Piensa:

qué arrolladores vehículos sobre el estómago del ánimo,
y qué ahogo producto de los rítmicos latidos de dolor,
ahí dentro.

* * *

Pero los ecos lejanos de la discoteca, cuando
en la playa, gotas de agua en tu
mano, fraudulentas perlas,
conscientes de que hay fugacidad
y otros hechos,
otros ámbitos,
viajes distintos
y años difíciles
o la constancia de que éste sería el mejor.

* * *

Los días bellísimos como gárgolas
se estrechan a eso de las 11 en punto.
Carne rancia,
¿cómo podré extraerte de mi cuarto trastero?
Los ojos que miran hacia arriba
accionan la lámpara,
participan de la luz,
dan a lugares que están aquí mismo
(exóticos desvaríos,
los días bellísimos como órganos recónditos,
la noche como estrechos túneles
y el reloj).
Si pudiera,
me alzaría sobre mis piernas con mis piernas
(para ver).

* * *

Sufres apariciones:
días de la primera infancia
cuando el invierno era acogedor como un chaleco de guata,
las estufas catalíticas permanecían azules junto al mueble de la máquina de coser
y se escucha la voz en el pasillo, desde la cocina, que llama a comer.

PRIMEROS OCHENTA

Esos secretos.
Evocan al hombre de la cara quemada
que siempre se indigna,
al ciego barítono que vendía lotería por los comercios de la zona:
“¿Quién es la flor?”, gritaba.
Satélite orbitado de bombonas de butano,
persianas tendidas a la hora de la siesta.
Una vecina suele echar agua antes de barrer la acera,
con las manos espolvorea unas gotas.
Y los niños del síndrome tóxico,
compañeros cercanos,
han perdido la lozanía,
lucen bultos,
la piel ha acabado por serles un plástico traslúcido
a través del que las arterias,
los labios finos.
Y aquel loco que sacaba a los niños por la ventana
y amenazaba con tirarlos.
Entonces cambiamos de vida.
Como el impacto de un obús en la cola del pan,
todo lo bello pasó a ser siniestro,
confidencia a la luz de bombillas de 60,
reflexión tirante en el silencio obligatorio de la noche,
pesadilla de la convivencia.
Ni siquiera, el sol.
No, el verano.
Nada de diversión o juego sin fondo de amargura.

* * *

Pide vez para dar el desesperado grito,
guarda orden para afilar las agujas del dolor
y para que el sarcasmo sea veneno infiltrado en la inocencia.
¿Qué has creído?
Hasta las mayores injusticias se administran gracias a un émbolo lento,
la tinta azul del que prueba en el iris de un niño
y se muestran como de obligado cumplimiento.
¿Qué has creído?
Ya hay aves detestables que orbitan en la invisibilidad,
políticos.

* * *

Si te vas, amor,

¿qué hecho amorfo ocupará tu puesto?

¿Serán noches de conducción por las calles mojadas por la lluvia?

¿Otra voz?

Hay mujeres extrañas que ocupan el mismo asiento giratorio de la barra,
compañeras de trabajo que se muestran decididas.

Si te vas, amor,

¿qué días iguales iniciarán la serie de la despedida?

y ¿en qué desiertos semejantes a la muerte?

Por eso, amor,

tenme, amor, alimentado de tu licor áureo,

receptivo a la luz.

* * *

El mundo, con su consistencia de pan ácimo,
resistente a la premura más intensa,
no duda.
No se producen guiños sospechosos.
Un óxido interior puede que deteste su material pureza.
O que esa canción épica,
síntesis de saudade de lo lejano propio,
socave más que las arrebatadas lágrimas,
el llanto rabioso,
los golpes intempestivos en la mesa de roble con el puño cerrado,
para cerrar la discusión.
O tal vez sean esas pequeñas delicadezas
que las niñas guardan en cajas.

* * *

No voy a aceptar un “no” como derrota definitiva,
ni la desazón de estar a la intemperie del pánico, como signo de una vida ya muerta.
Estoy aquí, bestia,
para hacer, dolor, al menos,
la felicidad ajena.
No lo voy a aceptar
(palabra).
¿No tienes ni idea de cuánto lucharé?

* * *

Desde aquí abajo,
obligado a terribles digestiones de oscuridad,
sobre una puesta de sol en Marte.
Fascinado ante ti,
me prolongo como un voluntario mártir del descrédito,
amante,
casi epifenómeno.
Tengo una bolsa de estrellas en este espacio intercostal.
Si se me abre,
color negro,
luce una luz como el último diamante de la Tierra.
Ese segundo
tiene dureza de baquelita,
una vibración de vidrio al chocar.
Qué fe ante los fenómenos meteorológicos,
valentía ante la lluvia,
solidez ante este campo seco.
Será el año que viene cuando germine.

* * *

Escribir un mensaje en el papel de membrete rojo,
esperando a que fructifique como las pausas en otoño:
sombras surgen de las manzanas verdes
(que reposan sobre la tabla surcada de marcas de corte).

Extraño bodegón,
desprende el calor propio de las piezas de caza algo añejas.

Pronunciar las palabras secretas que lo desvelan todo.
Decepciones y pena,
el deseo reprimido de una felicidad sólida
(o tan sólo de descanso).

Cerrar los ojos
y moviendo los hombros circularmente, atlas cesante del peso del mundo.
Dispuesto a permanecer
(dadle tan sólo un minuto).
No más.

* * *

Consiste en eso:
estar en la disposición idéntica durante días,
recorrer el mismo camino que lleva al pueblo más próximo,
pedir la carne en el mismo mostrador
cubierto de un gran cristal rayado.
Y en el crepúsculo,
frente al mostaza imposible de algunas nubes,
ese fucsia que casi se sospecha falso,
un repentino decaimiento.
En esas horas todavía se juega a algo,
a las cartas, al parchís,
cosas semejantes
y por fin todos a la cama,
porque cae la fresca y los aspersores
del riego automático han saltado.
La habitación está tibia.

* * *

Visión borrosa.

Los alimentos adulterados que causan visión borrosa y detestas.

Las nubes intempestivas que causan visión borrosa y adoras.

Las bebidas aromáticas que libas

y la visión borrosa camino del aparcamiento.

Con tu visión borrosa observas hechos.

Realizas matizaciones gracias a tu visión borrosa.

A pesar de tu visión borrosa y las dudas,
propias de perfilar poco, demuestras más juicio.

Con tu visión borrosa la viste;

ni la música más alta de los locales

nocturnos puede acallar el grito:

ATRÁPALA.

* * *

Aprecio un déficit de afirmación en el azul del cielo,
por lo que más azul en las salas oscuras
ilumina las butacas en las que me siento.
No dispongo de líquido.
No estoy como para pagar rondas de entusiasmo
a ciegas por lo que depare el futuro.
Ni la adherencia glucosa de los adjetivos
consigue endulzar las duras facetas del nombre.
Tal es la razón de estas frases cortas.
Electricidad, dame el arco
voltaico que penetre cualquier tiniebla,
linterna mágica para las oquedades del ánimo.
dame olvido.
Pasaré como las sirenas lejanas de los vehículos de urgencias:
suceso ajeno
(anécdota referida).

* * *

No debe quedar un solo espacio vacío.
El campo visual, sometido a un estricto milimetrado.
Cada habitáculo ocupado por un fragmento.
La escena lunar de los bosques de lava.
Otro: la ceniza que rellena los viejos sentidos vivos,
Predominio del verde en la vega en trance.
Una mano.
Los árboles de arterias como sarmientos terribles.
Aquel suspiro.
Y el avión atrapado en su *fatum* de hierro ardido,
piernas que fueron y aún conservan anudadas las zapatillas.

* * *

Metáforas que han perdido su referente.
Rayos como ardor propio del pensamiento.
madera a la temperatura de la infancia lejana.
Cerámica como los cuartos vacíos de la memoria.
Basta referirlo como un ensalmo
y casi perplejos,
los viandantes son conscientes de un primordial desamparo.
Como si por una galería,
rodeados de salas o videoinstalaciones,
agresiva percusión,
contemplan los dioramas de la derrota:
hombres entre cartones,
el intenso hedor a orín.
Paso subterráneo.

FESTIVO NACIONAL

Cuando la luz entra hasta los lugares
más secretos de la casa,
las cortinas descorridas
y las ventanas abiertas,
se ventila cada rincón viciado.
Se oyen las voces de los vecinos en el patio
de luces, retumba el rítmico ladrido
de las mascotas encerradas,
los vencejos describen espirales sobre las antenas terrestres,
es domingo.
Pueden verse los tenderos vestidos de calle,
con ropa nueva,
antes de subirse al coche y marcharse
a visitar a la familia.

* * *

Todo, demasiado deprisa
y escrito en letra demasiado pequeña.
Pasan desapercibidas las advertencias
y el mal estado físico,
tomados como transitorios
no se asumen como signo y premonición.
Los pájaros del orto describen ese círculo ya familiar.
La acumulación de facturas
y la pérdida casi definitiva de las bellas costumbres de los años de oro.
Pero esta dinámica aterradora,
de noches aterradoras con temblores en el baño vacío,
cuando la gente sana duerme en total placidez
—y que así sea—
puede ser rota
—y que así sea—.
Volverán las fértiles tardes en los parques del centro,
tan apropiadas para realizar compras.
La felicidad, ya lo sabemos, tiene un único mecanismo.

* * *

Pasé el día con la chica de los pequeños pechos color rosa
y piel de porcelana
a pesar de los coches
(que pasan veloces junto a nosotros)
y de la inseguridad.
Nada garantiza que llegue a vivir una de mis cimas,
entre su pelo rizado,
al descubrir su vientre plano,
al escuchar sus elogios.
Sobre ese balcón que da
a una zona ajardinada la beso,
pruebo el jugo juvenil, sus labios,
palpo los suaves codos,
el fin de la espalda
(desnudo por los pantalones de talle corto)
y expreso dudas.
No pienso realizar malos canjes por mi soledad.
No más.
Nada de darme por famélicas incertidumbres.

* * *

Simbólicos pájaros,
camiones de reparto en la sinécdoque del alba,
y es en la otra habitación donde están durmiendo,
la estructura impecable y estratificada de la paz,
rítmica
(como un corazón de león
en letargo).

Se escriben cartas a una lejana tierra.

Di, día,
¿en qué baricentro goza el hombre de éxtasis sin tasa?
Porque casi se descifra el símbolo premonitorio de los pájaros del alba
mientras duermen,
pañuelos de gasas o inocentes al compás o péndulo de una hora.
Estructura oscilante.
Reloj.

* * *

Es un mensaje privado,
en una privada codificación:
metal que incide en las estructuras vivas,
tal vez, lanzas.
En la calle grita una voz: “¡Vete!”.
Corre el hombre a la voz de “vete”
y el tiempo está sucio de metal,
óxido, lanzas que atraviesan las cosas vivas,
y esa mucosa.

* * *

En un rápido coche
sobre el filo del poniente
pones los pies en el salpicadero.
El campo visual está lleno de simetrías,
líneas de parras hasta el horizonte,
brisa alveolar riza las hojas verdes.

Y suena el teléfono:
es la información de unas cotizaciones
al alza y de la casa en orden.
Ese viaje por el *Midi* para
comprar una sola botella de vino,
metonimia del arsenal ilimitado de tiempo.

En las manos una caricia casi eléctrica,
vapor en los retrovisores que saben
a la menta de una frase similar a “te quiero”.

VERSO LIBRE

Comienzo a olvidar los títulos de los libros de Jaime Gil de Biedma,
ese conocimiento inútil, la enciclopédica
manía de generaciones, fechas, años cruciales para la poesía española.
Las canciones pop ocupan el lugar del perfume a polvo de la colección de clásicos
—ya— de la poesía de los años 50 y 60.
Hemos paseado en el *Chrysler* amarillo y negro
por la costa catalana, en la avenida de los tilos
y hacia un sol magnífico a lo largo de todo el poema.
Recuerdo
que es posible ser de ese modo magnífico feliz,
como con sueters y *dry martinis*
en la mano, aun en un país de segunda.
Aunque puede ser esta la razón:
no hay alimento más adecuado al alma que el futuro
y eso se desayuna el hombre que estima que merece un destino mejor.

Ahora miro la dedicatoria de su puño
y letra en la antología modestísima de Alianza.
Aún conservo la sensación de su voz
modulada y redonda leyendo
los mejores poemas del siglo, su aspecto
de noble en ruinas. No en vano
se moría y estaba obligado a tomar
tragos de *Bisolvon* cada poco rato
para limpiar las vías respiratorias.
Lucía la Residencia como el centro
de mi corazón, para
confirmar mi vocación frustrada.
Nunca
llegaría a ser ni la mitad que él.
Ahora comienza el olvido y poco
a poco, de forma invisible, voy
transformándome en otro (quizás

más apto para los otros).

* * *

Viajero de la noche,
fotografía mojones,
conservo escenas sorprendidas en el claro de luna.

Estimo que,
viajero de la noche,
no hay jirones de cielo estampados en las zonas depiladas
de tu piel
—que aún conservan esa sombra.

Viajero de la noche,
evito correr ciertos riesgos:
nunca disponerse a profundizar en las decepciones,
ni explorar el futuro.

* * *

Añoraremos las tardes en la piscina
de la urbanización, bronce
en los cuerpos.

Sentiremos nostalgia genuina de noches
frescas como un martini, plata
en los párpados.

Pediremos prórrogas para volver, el licor
en los labios, oro
en los ojos.

Bracearemos locos por la fresa o fruta
de la boca entreabierta, diamante
en la ropa.

Llovía.

* * *

Ese oscuro mar de sombras, tus labios,
en el que sumerjo mis deseos altos, esa antena
récord, para ahondar.
Me busco brasa en el lento roce,
acrecentada en cada aliento, tus brazos.
Aspiro a más.
Las horas, zonas anchas de desierto
para recorrer, los ojos
girados y como mirando a otro lado, o precisamente
caídos por una ladera de deleite, agua
que se derrama,
cascada mínima.

Turbulencia

* * *

Si miro hacia atrás, siento la tensión del cuello.
Esas ráfagas de ardor hacia mi vientre.
Garganta arriba, como palabras,
los sonidos que describen la ira.

* * *

Búscame,
estoy bajo la manta donde transpiran a la espera dos cuerpos.

* * *

Corro,
como el niño del viernes por la tarde,
en los domingos señalados en los que en el cine,
al descorrerse el telón y los primeros
títulos,
con la potente música. (Corro así de libre).

ÍNDICE

ALGUNAS CONSIDERACIONES	3
VÓRTICE	7
EGOMAQUIA	11
MEMORIA	31
DESEO	51
VIAJE A UNA PROVINCIA DEL INTERIOR	69
I	71
II	93
COMO HOMBRE NO PUEDO ESPERAR	109
RAZÓN DEL HOMBRE	111
ERÓTICA	129
APUNTES ADICIONALES	143
MUESTRA CREACIONISTA DOS	157
TURBULENCIA	209
ANEXO. POEMAS DEL CUADERNO DE LONDRES	295

Fin de
PRIMEROS LIBROS
(1989-2008)